

La Esfera

En este número



1^{plà}

B O S C H

DIBUJO DE BOSCH

Pensar es Triunfar



UNA idea? Una idea es el tornillo que duplica el rendimiento de una máquina, el principio moral que abre nuevos horizontes...

Una idea es la campaña de publicidad que crea la demanda de un artículo, el cartel que concentra la atención de las muchedumbres. La marca que populariza un producto...

Cuando vea un anuncio que destaque entre los demás, fijese: debe ir firmado así:

PUBLICITAS

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es un organismo vivo, lleno de modernidad, fecundo en ideas. Pensaremos por usted y trazaremos el plan de campaña que usted necesita.

La Sección Técnica de PUBLICITAS crea y desarrolla la publicidad que da en el blanco.

PUBLICITAS, S. A.

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTRESUELO. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PLAZA DE CATALUÑA, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

J. RUIZ VERNACCI

(ANTIGUA CASA LAURENT)

Carrera de San Jerónimo, 53

TEL. 54645

— MADRID —

MÁS DE 60.000 CLICHÉS DE
ARTE ESPAÑOL ANTIGUO
Y MODERNO

Pintura + Escultura + Ar-
quitectura + Vistas + Cos-
tumbres + Tipos + Tapices
Muebles + Armaduras de la
Real Casa + Ampliaciones
+ + Diapositivas, etc. + +

GRABADOS EN NEGRO Y COLOR
MARCOS
TRICROMÍAS Y LIBRERÍA DE ARTE

Nuevos teléfonos
de Prensa Gráfica

50009 * 51017

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.—*Quiénes
somos, de dónde venimos
y adónde vamos.*—Un to-
mo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable
obra de las 30 ya publicadas
por este polígrafo, está he-
cho con sólo reproducir su
índice, a saber:

Prefacio.—El Edipo hu-
mano, eterno peregrino.—
Los epícticos de Hiparco y los
«ciclos» religiosos.—Las hi-
póstasis.—Kaos-Theos-Cos-
mos.—Complejidad de la hu-
mana psiquis.—Más sobre los
siete principios humanos.—
El cuerpo mental.—El cuer-
po causal.—La superviven-
cia.—La muerte y el más allá
de la muerte.—Realidades
«post mortem»: la Huestia-
Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor
(calle del Buen Suceso, nú-
mero 18 dupl.º) y en las prin-
cipales librerías.

Viajar

Cuando viaja a Caballo, en Vapor, Automóvil o Fe-
rrocarril, al hacer largos paseos a pie, cuando se dé una
asoleada o una mojada, siempre que se le mojen los
pies, o que tome baños demasiado largos, todas las veces
que tenga grandes sustos o contrariedades repentinas,
la Mujer debe tomar una cucharadita de *Regulador
Gesteira* y en seguida Medio Vaso de Agua!

Cuando haga Ud. algún viaje, lleve siempre en su
maleta algunos Frascos de *Regulador Gesteira*.

Con los movimientos del barco o del Ferrocarril, con
el sol o la lluvia, mojándose los pies, tomando baños
demasiado largos, llevándose un gran susto o teniendo
una cólera repentina o un fuerte pesar, ciertos Organos
internos pueden sufrir un desarreglo, que fácilmente
podrá ser el principio de una Enfermedad Grave!

Por lo tanto es de gran prudencia y de mucha utilidad
tomar en estos casos una cucharadita de *Regulador
Gesteira*.

Cualquier perturbación en los delicados Organos
internos de las Mujeres puede dar comienzo a Enferme-
dades peligrosas y Males terribles!

Bailar

Después de los bailes, cuando vuelva de las Fiestas o
de los Teatros, después de pasear en Automóvil, al llegar
a la casa tome siempre una cucharadita de *Regulador
Gesteira*

Lea usted
los
domingos

crónica

REVISTA GRÁFICA DE LA SEMANA

20 céntimos el ejemplar en toda España

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

MARSELLA
HOTEL MARIETTE-PACHA
CONFORT 5, PLACE DU 4 SEPTEMBRE PRECIOS
MODERNO — SE HABLA ESPAÑOL — MODERADOS

— LOS MEJORES —
RETRATOS Y AMPLIACIONES

DÍAZ CASARIEGO

FERNANDO, VI, 5 (planta baja)

— MADRID —

Lea Ud. MUNDO GRÁFICO

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto a la venta las
correspondientes a los tri-
mestres tercero y cuarto
de 1930

De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57
MADRID

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse a Hermosilla, número 57.

ROLDÁN

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS
PARA NOVIA

Fuencarral, 85 MADRID
Teléfono 13443

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos
blancos a su color primitivo
a los quince días de dar-
se una loción diaria. Su ac-
ción es debida al oxígeno
del aire. No mancha ni la
piel ni la ropa. Se aplica
con la mano como una lo-
ción cualquiera. La caspa
desaparece rápidamente.
Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ.

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

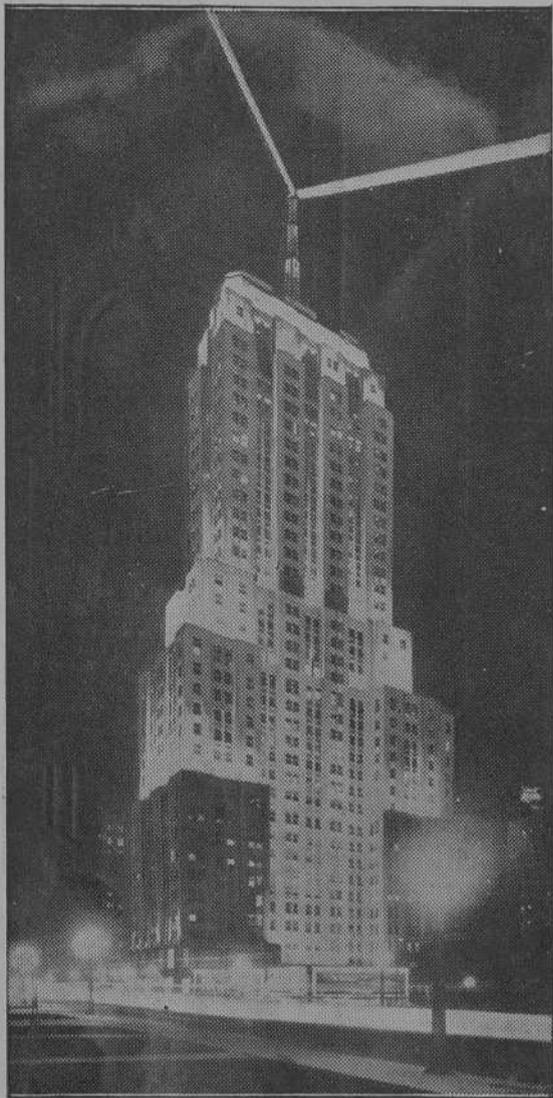
A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA DE SAN MARTIN

6, Puerta del Sol, 6

Cuando el Presidente Hoover encendió el faro aéreo más grande del mundo



ESTE GIGANTESCO FARO DE LA AVIACIÓN ARROJA SUS RAYOS DESDE LA CUMBRE DEL CAPITOLIO DE LA BELLEZA, EN CHICAGO

El Presidente de los Estados Unidos norteamericanos, Mr. Herbert Hoover, oprimió el botón que encendió por primera vez este gigantesco faro aéreo que se alza en la cumbre del Capitolio de la Belleza: el edificio Palmolive, en Chicago. En la fotografía puede apreciarse la magnitud de este faro, el más poderoso del mundo.

La ceremonia de la inauguración la presidieron las más notables figuras de la aviación, contándose entre la distinguida reunión jefes del servicio aéreo del Gobierno norteamericano, miembros del Departamento de Comercio, oficiales navales y otros personajes.

La torre plateada del faro alcanza una altitud de 602 pies sobre el nivel de la avenida Michigán. Su luz, producida por dos billones de bujías de fuerza, tiene una visibilidad teórica de 500 millas.

Esta hermosa luz, que cada noche envía sus rayos para guiar a los aviadores, es ya uno de los mayores atractivos de la gran urbe chicaguense, y su posición sobre el hermoso edificio de la Compañía Colgate-Palmolive-Peet es una de las maravillas de Chicago. Así, pues, que el hogar del Jabón Palmolive, el magnífico monumento de piedra dedicado a la «conservación del cutis de colegiala», ha cobrado importancia en otra ciencia, la más nueva de todas: la ciencia de la aviación.

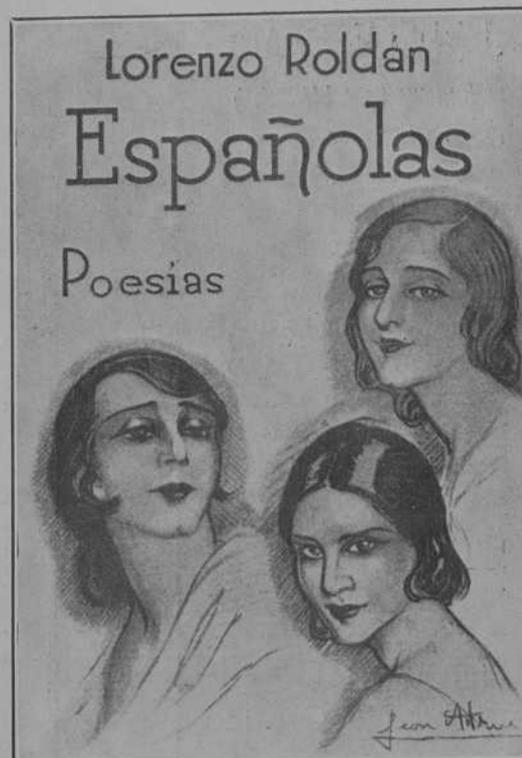
EL LIBRO DE VERSOS DE LORENZO ROLDAN

En nuestro número anterior reproducíamos una de las poesías del libro de Lorenzo Roldán, *Españolas*. Apenas puesto a la venta, el volumen del eximio poeta ha obtenido el gran éxito que era de esperar. Éxito doble: de público y de crítica. Los versos de *Españolas* están mereciendo una larga serie de comentarios elogiosos. La venta del libro crece día por día. El público femenino, sobre todo, adquiere rápidamente este volumen, tan adecuado para las mujeres, porque son ellas las que inspiran todas sus estrofas. «Poesía... ¡eres tú!», podría repetir este poeta de hoy ante esa galería de figuras femeninas que son alma del libro. Rostros, corazones, ternuras y amores de mujer desfilan por las páginas de *Españolas*, que es uno de los grandes éxitos literarios del momento.

Platería D. García (Fábrica)

ORFEBRE DE LA CASA REAL

Príncipe, 10.-Sal, 2 al 8.-Espanteros, 16 y 18



Portada del libro de versos publicado recientemente por el ilust. e poeta Lorenzo Roldán, que está obteniendo un gran éxito de crítica

El centenario de los fósforos



Dentro de poco se cumplirán cien años de la invención de los fósforos, sucesores victoriosos de la pajueta. Sin duda sonreirá algún lector de tan poco interesante acontecimiento. Y, sin embargo, ese humilde trocito de madera o de cerilla encaperuzado de azufre y fósforo, que acaso desdeñamos, merece bien la conmemoración que se le prepara. Su utilidad perdura a través de un siglo, a despecho del hada Electricidad, del mechero de gas y del encendedor auto-

mático. Cuando falla uno de esos modernos sucedáneos, el humilde fósforo recobra todos sus viejos prestigios, prestando un servicio que circunstancialmente nos niega el invento perfeccionado.

Recordemos ahora que el del encendedor químico tuvo efecto en 1831. Se atribuye el descubrimiento a varios ingenios prácticos. Según unos autores, fué el inventor un wurtemburgués; según otros, un húngaro. Pero las mayores probabilidades parecen estar en favor de un francés: el estudiante de Química y Medicina Carlos Marcos Saurie. He aquí cómo realizó el hallazgo: Una noche se le ocurrió extender sobre la pared de su dormitorio una leve capa de fósforo blanco. Cuando estuvo seca, frotó sobre la misma una pequeña astilla de madera, que se inflamó inmediatamente. Desde entonces el estudiante Saurie no usaba para procurarse luz o para los menesteres culinarios sino las astillitas de madera, impregnadas en uno de sus extremos de fósforo blanco. Cuando los primeros fósforos manufacturados hicieron su aparición en Francia, procedentes de Alemania, Carlos Saurie, ya doctor en Medicina, quiso patentar su invento. Pero fracasó en su solicitud. Porque ya había registrado su marca y la invención el wurtemburgués Jacobo Kapmerer. En nuestra fotografía aparecen algunas variedades de fósforos de madera, que son los más baratos de producción.

**PARA ADELGAZAR
DELGADOSE**

**NO PERJUDICA A LA SALUD. SIN YODO NI DERIVADOS
DEL YODO, NI TIRYROIDINA. Precio 8'50
LABORATORIO PESQUI -Alameda 17- SAN SEBASTIAN(España)**

AÑO XVIII

NÚM. 889

La Esfera

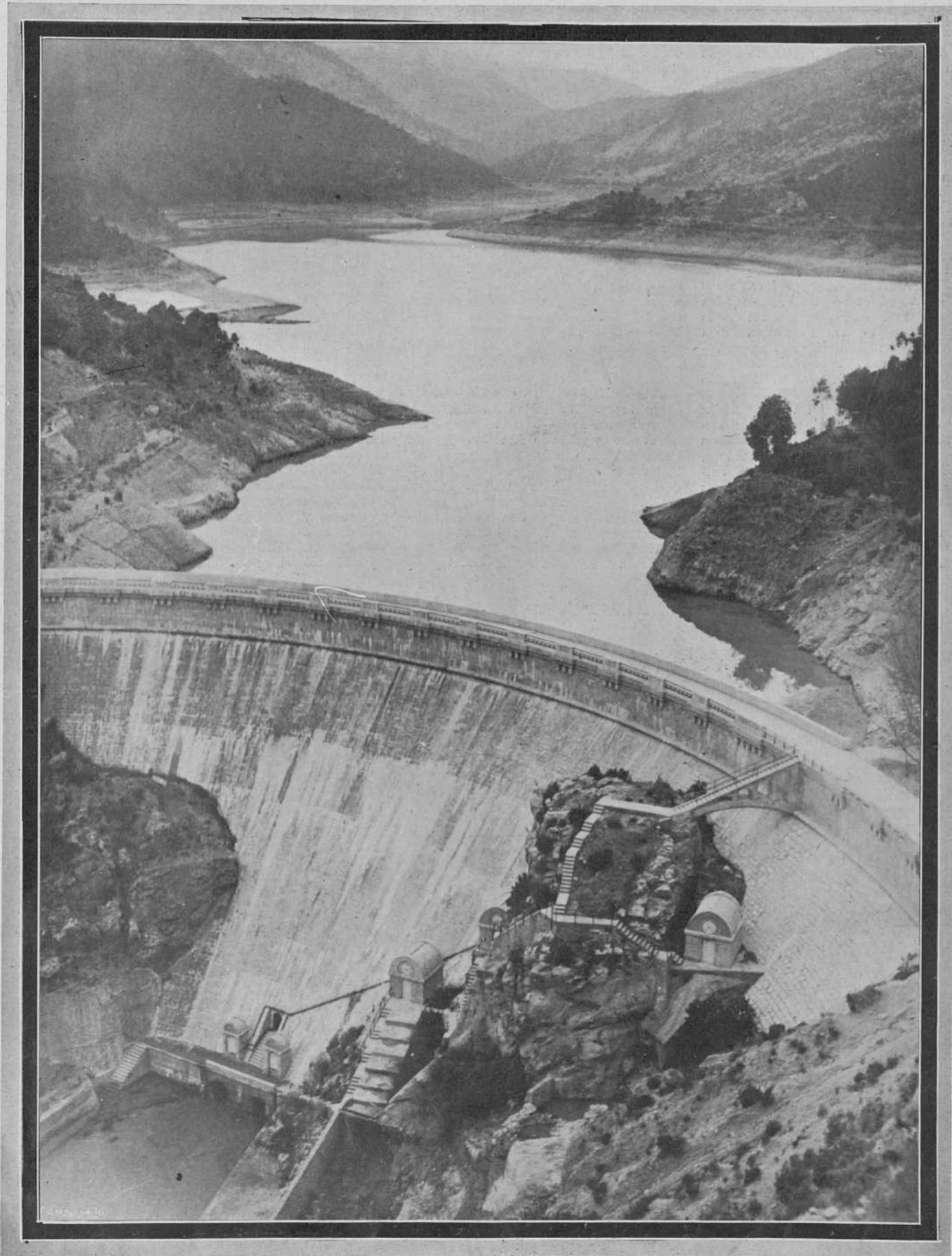


17 ENERO 1931

MADRID

ILUSTRACION MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



Admirable perspectiva la de este pantano de Buseo, que hace muy poco se entregó oficialmente a los regantes de la vega valenciana. El acto tuvo la máxima solemnidad, como lo requería la gran importancia de esta magnífica obra hidráulica, que será un factor de enorme interés en la resolución de los problemas de la huerta levantina

(Fot. Vidal)

DE LA VIDA QUE PASA LECCIONES DEL MECENISMO YANQUI

NUESTRA VISIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

DESDE España, por deficiencias de información, y, sobre todo, por carecer de informaciones directas y propias, no contemplamos bien el espectáculo curioso de la vida en los Estados Unidos, ni podemos deducir y aprender las lecciones que se derivan de aquellos vigorosos contrastes de inocencia y corrupción, de abundancia y miseria, de liberalidad generosa y egoísmo brutal, de cultura e ignorancia, de democracia liberalísima y absolutismo personalista, de ingenuidad e hipocresía, de progreso, en fin, y barbarie juntamente.

De aquella vida compleja y aleccionadora no llegan a nuestra Prensa, a través de interesadas Agencias informadoras yanquis o de cronistas franceses, que viajan por aquellos Estados, como antes viajaban por España, buscando lo pintoresco, cuando no deformándolo o inventándolo, más que los sucesos extravagantes o monstruosos. De los procesos por causas de corrupción de la justicia y de la policía; de las intimidaciones financieras que explican las reiteradas crisis bursátiles y bancarias que han hecho quebrar en 1930 cerca de mil establecimientos de crédito; del establecimiento de la «sopa boba» en los cuarteles y en los asilos y en las iglesias, como en la España de los Austrias; del fracaso de todo el sistema económico que se quiso imponer a Europa como fórmula suprema, a raíz de la guerra; de la desmoralización de una sociedad que lleva a sus leyes todos los fariseísmos; de la desvaloración efectiva de sus dólares de oro, desdoblados en avalanchas de billetes que se imponen como moneda circulante en todo Centroamérica y las Antillas, y que intentan venir a Europa, a España cuando menos, apenas se nos dice palabra, ni se nos muestra fotografía, ni se nos exhibe película.

Es preciso que un Sinclair Lewis, irritado por las inculpaciones de los pastores protestantes y por el desdén de los industriales y los profesores, cree sus tipos representativos: Gantry, clínico, y Babbitt, majadero, o desate sus iras contra sus conciudadanos en la conferencia reciente de Estocolmo, para que nos sintamos tentados de imaginar que tras el estruendo del maquinismo que aturde al mundo no existe un anhelo de cultura verdaderamente humana, ni un pensamiento cristiano, sino esas simulaciones que sellaman puritanismo, conformismo, cuaquerismo, etc., ni siquiera originales, sino inventadas en las decadencias de la vieja Europa.

EL NUEVO CONCEPTO DE LA FILANTROPIA

En esta ignorancia en que vivimos casi enteramente Europa, y singularmente España, de las condiciones y calidades de la vida yanqui, nos sorprende frecuentemente la noticia de las donaciones que hacen sus millonarios para impulso y servicio de la cultura nacional. Sin duda esto tiene el carácter de una purificación. Cuando se ve que ante este pueblo no ha y entronizados otros dioses que el Dólar, la Máquina y el Éxito, representaciones de un paganismo moderno, admira ver practicado el mecenismo, más que como una fe religiosa, como un inexcusable deber social. Así, nunca será bastante ejemplar reproducir ante los ricos españoles el cuento de los donativos con que los ricos yanquis alientan las obras culturales.

Sería hipocresía no advertir que en el mecenismo, como en el fundacionismo, fiebre espiritual que se desata en la Europa de la Edad Media hasta nuestros días, hay un móvil egoísta de perpetuación del nombre o del aseguramiento de la otra vida, y aún muchas veces, de acallamiento del roer de la conciencia atribulada. No ha sido raro, sino frecuente, ver negreros, que reunieron caudales traficando con carne viva o explotándola cruelmente, crear fundaciones para redención de cautivos u hospitales para doloridos. El fundacionismo yanqui se separó de esta orientación misericordiosa y espiritualista del fundacionismo europeo, y creó con sus liberalidades esta plutocracia universitaria yanqui, que, indudablemente, ha contribuido esforzadamente al progreso de las ciencias y a la elevación del nivel general de cultura. Una purificación, como he dicho.

Ved estos casos recientes: Mister Edwar Hunley, financiero y político que figuró en la Comisión americana encargada de estudiar los modos de posible reembolso de las deudas de la guerra, ha donado a la Universidad de Indiana doscientos millones de dólares, destinados a la creación de un Colegio de comercio americano y extranjero. Mister Harvey G. Woodward, al morir, ha asegurado a su viuda una pensión modesta, dejando el resto de su fortuna, unos diez millones de dólares, al Instituto de Tecnología de Massachusetts, para que realice durante setenta y cinco años un ensayo de educación laica, con la curiosa limitación de que los alumnos del nuevo Colegio se han de comprometer a no practicar ningún deporte, no aprender ninguna lengua extranjera, ni someterse a ningún examen escolar. Las fundaciones que llevan los nombres de Rockefeller y de Carnegie han sido enriquecidas con nuevas donaciones de sus fundadores. Los síndicos de la John Simon Guggenheim Foundation han destinado un millón de dólares para establecer un sistema de intercambio de becas escolares entre América hispana y los Estados Unidos. Y ya el afán de perpetuación de sus nombres incita a estos fundadores a ejercer su liberalidad fuera de los Estados Unidos y fuera de América. Sabido es que la Institución Carnegie mantiene en París un centro de acción, donde publica una importante Revista, y que Rockefeller ha hecho cuantiosos donativos a la Universidad de París y a la Sociedad de Naciones. Ved esta Asociación de dentistas yanquis que ofreció

días pasados veinticinco millones de francos al Ayuntamiento de París para la creación de un Dispensario odontológico destinado a los niños de las escuelas.

LOS DEBERES QUE NO CUMPLE EL ESTADO

¡Ah!—exclamará el lector medianamente informado—, ahora los Rockefeller, Mellon, Weyerhauser, Ford, Morgan, Crocker, Curtis, Guggenheim, Sweringen y demás grandes capitanes de la actividad yanqui tienen hermosa ocasión para reintegrar los millones que les sobran a los cinco millones de obreros sin trabajo que mendigan en los Estados Unidos y que acuden en largas filas a la puerta de los cuarteles y los asilos a esperar el reparto de la «sopa boba»... El lector se engaña. Esa inclinación a la dádiva misericordiosa o limosnera la tiene allí sólo el bandido o contrabandista Capone, a quien las Agencias yanquis han dado fama mundial. Los grandes industriales y financieros, los profesores y los políticos creen que eso de dar de comer al que tiene hambre y dar de beber al sediento es función del Estado. El Estado debe organizar la sociedad y dirigir su economía de tal modo que no sea posible que haya un solo ciudadano, por torcido o desmembrado o inhábil que sea su condición nativa, sin nutrición, sin abrigo, sin hogar. Dentro del Estado esta función corresponde característicamente al Municipio. Los particulares no tienen necesidad de seguir profesando la vieja concepción doctrinaria de las obras de caridad que se concibiera en el comunismo cristiano de los primeros siglos de la Era, cuando se derrumbaba el Estado romano. Lo que se hacía entonces por misericordia es hoy, sencillamente, un deber social que puede regularse con una ley y pagarse con los enormes recursos económicos de que dispone el Estado, y prevenirse con una acertada política financiera.

En cambio, la reintegración a la colectividad del dinero que le captó el individuo con hábiles negocios, no tiene arbitrio más fecundo y purificador que ponerlo al servicio de la cultura. Es el ciento por uno providencial de que hablan las Escrituras. Así se ve a Andrew Carnegie, que mientras dejó en herencia una decena de millones a su viuda y un poco más a su hijo, había entregado a la fundación que perpetúa su nombre cuatrocientos veinticinco millones. John W. Sterling cedió la casi totalidad de su fortuna a la Universidad de Yale. Otro tanto hizo C. F. Rugles, el rey de la madera, en Michigan. La lista de los millonarios que descargaron su conciencia reintegrando a la sociedad los signos de cambio y las propiedades que le habían detentado sería interminable.

¿Ejemplaridad de este estado social en España? Ya en Cataluña el señor Cambó incita a los millonarios a profesar esta nueva fe. En Asturias y Galicia algunos indios han invertido sus fortunas en este fundacionismo; pero todavía, y sabe Dios para cuánto tiempo, los adinerados españoles creen que logran mayor merecimiento para sus almas fundando hospitales, asilos y templos, mientras el Estado y las Provincias y los Municipios gastan sus dineros en las más divertidas y afanosas fantasías burocráticas...

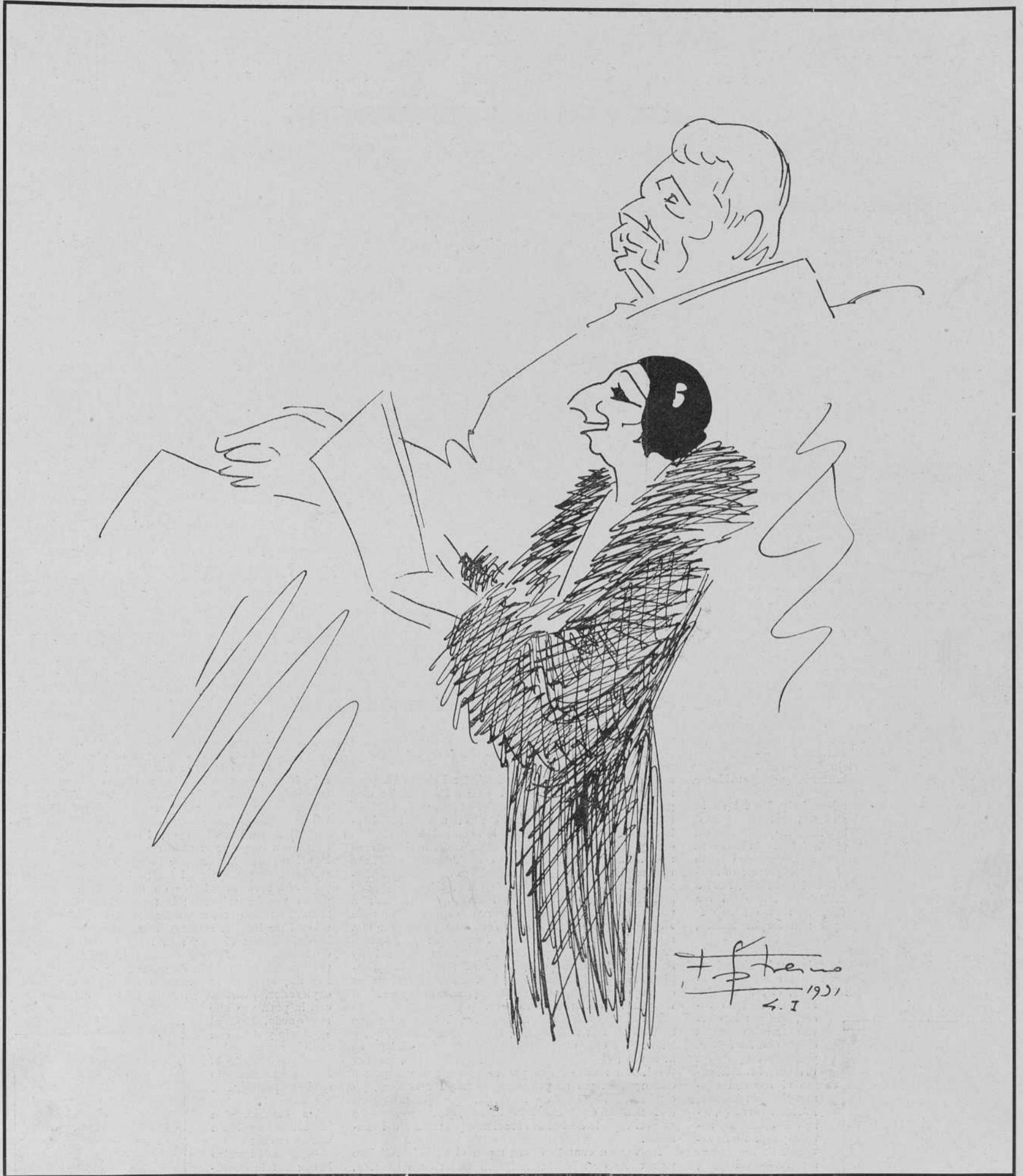
DIONISIO

PEREZ



Los «sin trabajo» neoyorquinos piden pan y trabajo en esos carteles que van al frente de todas sus manifestaciones

(Fot. Vidal)



LA OFRENDA DE ESTE AÑO ANTE EL MONUMENTO A GALDÓS

SE ha cumplido en este año el undécimo aniversario de la muerte de don Benito. El culto al escritor glorioso tiene cada vez lámparas más fervientes y devociones más hondas y más amplias. Así, eco de esa devoción hacia el escritor insigne, la ofrenda anual ante el monumento del Retiro cuenta cada nuevo año con un público más nutrido y más entusiástico. Escritores, artistas, pueblo, en noble comunión ante la estatua simbólica, fraternizan en el culto al maestro. El acto de este año en el Retiro tuvo el vivo acento emocionado de siempre. Lola Membrives, que acababa de regresar de América, y que se disponía a presentarse en Fontalba con la reposición de *Realidad*, leyó unas bellísimas cuartillas de José Francés. Después, flores, muchas flores sobre el mármol blanco, en la mañana gris de Enero...

(Caricatura de Fresno)

SEMANA TEATRAL

"Realidad", estrenada en 1892, triunfa viva y "nueva" en 1931

15 de Marzo de 1892. Noche histórica; la noche de *Realidad*. Galdós, «buscando mayor espacio para sus hazafías», ha llevado al teatro una novela dialogada. Es toda una revolución, que, como todas, nos llega un poco tarde; muchos años antes los iconoclastas se habían lanzado, allende el Pirineo, contra el viejo mito de la antítesis entre la novela y el teatro; pero en Madrid el dogma es aún intangible, y la crítica, que se relame de gusto ante un teatro ético, por falaz y artificioso, y apela a los más concretos diti-rambos ante un teatro romántico que goza de las máximas licencias, ha fruncido el ceño ante el anuncio de que Galdós, novelista, quiere convertirse en Galdós dramaturgo, y ha leído *Realidad*, novela, para convencerse de que *Realidad*, drama, es imposible. No es la noche de *Hernani*; es algo menos, porque nuestras gentes, bien educadas, no toman las cosas con tanto calor, y es algo más por la magnitud del empeño del coloso, que se ha lanzado contra el muro impenetrable de la hostilidad cerril, irrazonante.

La alegre estudiantina, que aún tiene el cuerpo tundido por los sablazos de la Santa Isabel, es revolucionaria y conspiradora, y juega a la masonería en la logia de la calle de San Mateo, siempre belicosa en el anfiteatro de la Comedia; son los galdosianos de primera hora y de primera mano, por lectura directa que busca a veces al maestro en la página de *La Guirnalda*, un periódico de modas y labores que abrigó en su seno al germen de nuestra literatura moderna.

Aún no hay F. U. E., y los novecentistas están todavía en el Instituto o llamando a su puerta; pero hay *Comité ejecutivo escolar madrileño*, que agrupa a los universitarios que no son luises. ¡Qué pocos quedamos! Luis de Hoyos, Pedro González Quijano, Juan Manuel Herrera Sotolongo, Rafaelito Escosura, Manuel Tolosa, Luis de la Peña, Manuel Gómez Román..., muy pocos más. Aquella noche del 15 de Marzo de 1902 llenábamos, o pocos menos, los anfiteatros de la Comedia; con nosotros, algunos asiduos de la casa, media docena de alabarderos innecesarios y un pintor famoso, viejo y adinerado, ya que está allí con una muchacha muy guapa: «Hamedado en la nariz...»

Yo fui con Benito Gómez Román y Daniel de la Escosura, dos amados de los dioses, grandes esperanzas de la Arquitectura y de la Minería, que la muerte truncó muy pronto. Al pasar por la Cervecería Escocesa vimos a *Clarín*, que ha venido expresamente de Oviedo para ver *Realidad* y juzgarla (*a tout seigneur tout honneur*) en *La Correspondencia*. En el vestíbulo, Benito Gómez Román saluda a Luis Taboada, que tal vez fué aquella noche cuando, señalando a un crítico que llevaba la cabeza manchada por una caspilla blanca, dijo a unos amigos:

—Mirad: se le sale el serrín.

Desde el anfiteatro vemos la sala, espléndida; buscamos en ella a los «hombres representativos». Un grupo de críticos: Fernández Villegas, el más revolucionario de los críticos,

que por la eterna paradoja española escribe en *La Época*, y siendo muy de los primeros firma Z, como si fuese el último; Joaquín Arimón, *El Abate Pirracas*, terror de cómicos y autores y espanto de actrices, de las que se adueña —oralmente, claro está— diciendo en sus crónicas: «Mi tiple...» «Mi actriz...»; coronel de la Guardia Civil, tiene una idea extraña de la propiedad y abusa exageradamente del posesivo; Luis López Ballesteros, muchos más.

«¡Don Marcelino!», dice con unción mística un estudiante de Letras que está junto



MARIA GUERRERO

Mariquita Guerrero (como se decía entonces), en la que no creían los críticos vulgares, y que en la Augusta de «Realidad» fué elogiadísima por «Clarín»

a nosotros, viendo entrar a Menéndez Pelayo. Un poco más lejos, don Juan Valera, Federico Balart... En otro grupo, Núñez de Arce, con Daniel López, su maestro de inglés, y otros amigos de don Benito, su tertulia del salón de Conferencias y los que le acompañan en sus buceos por los barrios bajos cuando estudia tipos, husmea almas y con una mirada escrutadora se adueña a un tiempo de la vida de un interior y de una vida interior... Todo lo que Madrid, España, tiene de grande aguarda impaciente ante aquel telón, que se levantaba pocas noches antes ante *O locura o santidad* y aun ante *Roger Laroque o el mártir del honor*, adaptación de una novela folletinesca, que, como *La panadera*, *El hombre de las figuras de cera* y otros melodramas que del folletín siempre montepinesco de *La Correspondencia* habían saltado al escenario de Novedades, olvidaban los que aquella noche, más que nunca, sostenían que el teatro y la novela eran antitéticos.

Por fin, el telón sube. Siseos acuciadores a los que aún no se han acomodado; luego, silencio absoluto, y los actores comienzan a decir; es el mismo diálogo de la novela, el diálogo galdosiano inconfundible, tan natural, tan realista, que parece diálogo vulgar y, sin embargo, es, por su plétera de ideas y sensaciones, inconfundible, diálogo de fondo más que de forma; pero de forma tan servidora fiel del fondo, que tiene su estilo en una especie de huída consciente y buscada del estilismo.

De vez en cuando interrumpen el silencio religioso murmullos de admiración incontenible: los de arriba, admirados también, no queremos perder una sílaba, y... siseamos para acallar a los que son demasiado expresivos. Cada frase feliz suscita un nuevo murmullo de aprobación; a la atención primitiva ha sucedido la complacencia, y los teorizantes de la antítesis fruncen el ceño y se miran asombrados. ¿Será posible que el público, aquel público que se acaloraba dos días antes con *O locura o santidad*, tolere aquellas insulseces?

Cae el telón; aplausos a que nosotros damos todo el calor de nuestro férvido entusiasmo. El viejo pintor nos mira, adusto, y dice a su moza:

—¡Pues no me divierte!

Es un motivo para arreciar los aplausos.

Acto segundo: el acto pecaminoso; la casa de la Peri y la casa de Federico Viera. ¿Es esto tolerable? Al pin-

tor de la barragana le molesta, sobre todo, que en un escenario como aquél—siempre decente—se exhiba un templecillo de Venus. Lo toma como ofensa personal y se encrespa, creyendo llegado su momento.

La moza está un poco asustada ante las miradas hostiles con que algunos irascibles miran al viejo. Daniel Escosura la tranquiliza con un mirar más humano, y luego, en el intermedio, aún me descubre el secreto; la conoce, es una modelo amiga suya, a la que suele encontrarse por la mañana en la plaza de Santa Bárbara, y que le ha hecho tener unos cuantos cuartos de falta en la Escuela de Minas.

Miro al viejo y me parece que le han nacido de pronto las barbas con que Cepillo ha caracterizado a Orozco.

A nosotros, aquel acto y, sobre todo, aquel atrevimiento nos han enardecido; las Peri son también materia literaria, tienen corazón y le lucen cuando hace falta; lo que Federico Viera toma sin repugnancia no son los reales, sino el corazón de la moza, a la que todos hemos conocido en Fornos cuando hemos pedido «la lista pequeña» después de la cuarta de Apolo.

Un explorador que bajó al vestíbulo sube con noticias; los críticos tienen mala cara y el del serrín dice con tristeza que ha pasado el peligro; aquel acto era el hueso de la obra; pero otro que viene del escenario los tranquiliza: Mariquita Guerrero ha dicho que aún está el hueso por roer...

Acto tercero. Volvemos al ambiente del primero; pero es el acto de Joaquín Viera, el padre de Federico, otra figura galdosiana de las de sello incontundible. Mario, director y empresario, se ha reservado ese papel episódico. ¡Qué vista de hombre!

Los murmullos de aprobación y de entusiasmo son ya constantes, no hay modo de contenerlo, y nosotros mismos los acentuamos con nuestra admiración. El acto que los cómicos habían juzgado largo pasa rapidísimo; nadie siente fatiga, y al final, cuando cae el telón, la sala entera aplaude, como nosotros, con fervor de creyente. Llamamos al autor; alzan la cortina y, al fin, sale

a la fuerza, porque Mariquita Guerrero y Julia Martínez—la espléndida Peri—le sacan en volandas. Las señoras se ponen en pie y agitan sus pañuelos. Los hombres palmotean hasta echar chispas. Valera, Núñez de Arce, Daniel López, Balart, Paquito Acebal, de pie en la platea, agitan sus sombreros en el aire. Don Marcelino Menéndez y Pelayo da también amplios sombrerazos y vocifera. Nosotros hemos enronquecido, pero aún sacamos vitores de nuestro entusiasmo; el pintor parece resignado; la muchacha y Daniel sonríen... Aquello dura, la cortina no baja y el entusiasmo sube. Don Benito, modesto como siempre y un poco hurón, parece molesto y mira a cajas como implorando de los tramoyistas que echen la cortina. La echan; pero tienen que subirla de nuevo..., y otra y otra vez. Por fin, empieza nuevamente el entreacto. Nuestro explorador, mientras nosotros comentamos a gritos, con la poca voz que nos queda, baja al vestíbulo y sube con noticias:

—El crítico de *El País* está vociferando que aquel acto sobra.

¡Bárbaro!

En cambio, don Marcelino ha dicho a voz en cuello:

—¡Este es nuestro Ibsen; así le queremos!

Don Marcelino, galdosiano, y *El País*, contra Galdós; noche de *Realidad*, ¿por qué me haces recordar contigo las noches de *Electra*?

Luego, ¡los actos más sin que el entusiasmo decaiga; pero los hombres de la antítesis, los defensores del teatro castellano (¡), rasgan sus



JUAN BALAGUER

Que todavía no era el gran actor de más tarde, y que animó la tertulia de los Orozcos



JOSE CALLE

Otro mozo de 1892, que hizo un Manolo Infante con todo el brío necesario



EMILIO MARIO

Director de la Compañía que estrenó «Realidad», que interpretó insuperablemente el Joaquín Viera



EMILIO THUILLER

Muy mozo entonces, que dió toda la realidad imaginable al Federico de «Realidad»



MIGUEL CEPILLO

Creador del Orozco, mucho más difícil en su época que hoy, y que le dejó marcado para siempre

vestiduras. ¿Puede darse nada más absurdo que aquel Orozco que perdona? ¿Qué diría Calderón si levantara la cabeza!

Yo, con la imaginación, he afeitado al viejo pintor —que exulta en imprecaciones, a su juicio calderonianas— las barbas que le imaginé al final del acto segundo. Su semejanza con Orozco ha desaparecido.

El público, tras de otras ovaciones calurosas, va saliendo de la sala; nosotros seguimos gritando aún, como si alguien pudiera oírnos. Bajamos, atisbamos al maestro y le seguimos hasta el Café Inglés, donde se refugia, modesto y humilde; luego seguimos nuestro camino por la calle de Sevilla, tortuosa aún; pasamos por Fornos, pero no entramos. Aquella es noche mística, y el bullicio nos molesta. Además—¿por qué no decirlo todo?—, han comenzado ya los bailes en la Zarzuela, y nuestra bolsa está aun más ética que de costumbre. En la calle de los Leones nos aguardan un cuartucho interior, muy nuestro, en una buñolería acogedora, y unos chocolates—¡Oh optimismo juvenil!—con buñuelos: a treinta céntimos por cabeza.

Tres o cuatro horas de comentarios calurosos ante un mozo, lleno de pringue, que nos mira asombrado por nuestra afonía, que le parece, ignorante de pompas y vanidades literarias, de un origen patológico que hasta entonces no había sido ni epidémico ni súbitamente eficaz.

Al día siguiente, lectura de periódicos. En *La Epoca*, Zeda canta a Galdós; en los periódicos de la izquierda (*El Liberal* y *El País*) arremeten contra el maestro... ¡Siempre la paradoja como expresión del alma nacional! *El País* dice nada menos: «Un fracaso para el autor de tantas y tantas bellas obras.»

El Abate Pirracas, despectivo, «despacha» el acontecimiento con una docena de líneas, y él, coronel de la Guardia civil, de *son métier* las pone un estrambote encarándose con don Benito y diciéndole: «¡Zapatero, a tus zapatos!»

Dos días después, *Clarín* escribe en *La Correspondencia de España* un magno artículo, que llena una plana y comienza así:

«Cultivemos nuestro jardín. Hay en él pocas flores; rodéale un erial; la indiferencia del público...»

Y desde aquella noche el erial ha ido creciendo y las flores son cada vez menos y han perdido fragancia, y a fuerza de atenuar sus matices, se han hecho desvaídas, casi incolores.

Noche de *Realidad*, noche histórica de una historia que no hemos sabido continuar.



Han pasado treinta y nueve años. Murió Galdós y murieron también casi todos los actores que estrenaron *Realidad*: María Guerrero, Cepillo, Mario, Julia Martínez... La muerte se llevó también a muchos, a muchísimos de los mozos que en la noche memorable del 15 de Marzo de 1892 aclamábamos a don Benito, llamándole «¡el precursor!» Los de entonces que no hemos muerto somos viejos ya; sólo la obra admirable per-

dura aún viva, lozana y florida, con una admirable juventud, nuncio de que su vida será secular.

Por desgracia para nuestro teatro, *Realidad* sigue siendo en él una obra nueva. Dos generaciones de autores han pasado, sin aprender la lección de dramaturgia que la obra encerraba. Sólo Benavente puede volar por las altitudes galdosianas, y, sin embargo, tampoco es Galdós. Todos somos galdosianos; pero Galdós no aparece por ninguna parte.

Oyendo ahora *Realidad*, treinta y nueve años después de su estreno, los que la oímos entonces y hemos seguidos después, aticionados y curiosos, toda la marcha del teatro castellano, vacilante y sin norte, buscador afanoso de caminos nuevos en los mapas de la drama-

turgia extranjera, sentimos la misma sensación de novedad profética y orientadora. Todavía podemos llamar a don Benito precursor... Demos gracias, ante todo, a Lola Membrives, por habernos hecho oír otra vez la buena nueva.

Antes de ella y después del 15 de Marzo de 1892, dos Compañías intentaron igual aventura; fueron también las suyas voces clamando en el desierto, y los autores españoles siguieron siendo, ante todo y sobre todo, hombres de *metier*. ¿Qué mucho si el mismo don Benito sesteó a veces—Homero en muchas cosas—en los campos agostados y estériles de la dramaturgia vieja? Deseemos mejor fortuna al esfuerzo de ahora; pero, ¿la tendrá?

El erial de que habló *Clarín* cuando enjuició *Realidad* en la época del estreno—la indiferencia del público—, perdura acrecentado. Ahora, justo es decirlo, el Teatro Fontalba ha estado lleno, como en noche de estreno importante, en la noche de *Realidad*; pero faltaba en los espíritus y en la expresión de las emociones producidas por la magnífica obra el calor entusiástico que en pro o en contra de la creación galdosiana sentían aquellos espectadores; no bajaban de las alturas las enardecidas ovaciones de antaño, ni las señoras aclamaban a Galdós, de pie en la platea; ni agitaban sus sombreros en alto los primates de la literatura y de la crítica: de la crítica verdadera, seria, sólida y razonada, a lo *Clarín*, por lo menos, ya que no sería oportuno hablar ahora de Menéndez y Pelayo.

Cierto que ahora el calor creció a medida que los actos fueron sucediéndose; pareció como si primeramente, durante el acto primero, dominara al público la sorpresa ante aquellas escenas que «pasaban» como en la vida, sin ajustarse a los cánones de la construcción teatral, desdeñándolos, como si el autor hubiese querido decir a las gentes, un poco modificada, la frase famosa de Daudet: «La vida no es una comedia.» Aquella era la vida misma. Seres que hablaban naturalmente aun para decir cosas transcendentales. Detrás de mí, una señora joven que, naturalmente, veía por primera vez *Realidad*, puso al acto este hermoso comentario: «Es que piensan y dicen lo que piensan.» Hombres y mujeres que vivían su vida sin pensar que tenían enfrente unos cuantos centenares de curiosos.

En el acto segundo, la sensación dominadora de vida real la impusieron fuertemente las figuras tan hondamente humanas, y por eso tan psicológicamente literarias allí, de Federico, apenas entrevisto antes; de la Peri y de Augusta. Tres recias figuras galdosianas de espíritu multiforme y versátil, como suele serlo el de los seres reales, contrarios, antitéticos a los personajes de teatro, que ahora, como entonces, aunque pretendamos disimularlos, han de ser, como los pedía tenazmente un crítico famoso, «caracteres sostenidos».

En el fondo, lo son enormemente los de Augusta, la Peri y Federico; y sin serlo, no serían caracteres. Lo que hay es que no lo son a la manera de los creados por la vieja dramaturgia: manera sintética y aun simbolista, que extraía una nota del carácter, le hacía uniforme y monótono y construía así un autómatas teatral.



JULIA MARTINEZ

Bellísima actriz, que impuso «la Peri», papel peligrosísimo en 1892

La fórmula dramática que hasta entonces había imperado, y contra la cual venía denodado Galdós, era la de personajes entera y sólidamente buenos o malos, sin mezcla ni matiz alguno de maldad ni de bondad, distribuidos en bandos, a un lado los malos y a otro, los buenos, y con final de antemano conocido, en que, mediante fórmulas de una menguada moral casera, los buenos triunfaban de los que no lo eran.

Las personas de *Realidad* no eran así. Eran, como los seres vivos, mezclas complejas de bondad y de maldad; pero de tal modo sorprendía y sorprende aún que fuesen así, que críticos tan expertos como Ixart, entonces, y otros ahora, hablan de la doble personalidad de Federico Viera, o de la doble personalidad de Augusta, creyendo aún creaciones dramáticas a la manera antigua con un tinte modernista de análisis psiquiátrico que hacía pensar en el caso inicial de Félida.

No había para qué buscar esas explicaciones sutiles. Se trataba sólo, y nada menos, de un escritor naturalista, que llevaba el naturalismo al teatro y construía sus obras dramáticas como había construido sus novelas: con documentos palpantes de la realidad viva.

Por eso—y en esto estuvo el triunfo mayor de *Realidad*—el público, a pesar del llamado atrevimiento de los dos cuadros, el acto segundo fué ya aplaudido.

Después, en el acto tercero, la vida—la vida con toda su realidad—sigue su curso; pero mansamente, en lo externo al menos, sin la violencia dramática del segundo. La realidad de *Realidad*, y con ella el teatro naturalista, venció cuando la obra fué estrenada con ese acto que ahora ha convencido nuevamente al público de la posibilidad de ese teatro.

Hay en ese acto tercero, con evidente transgresión de otra ley tácita de la dramaturgia, que era necesario derrumbar, dos figuras nuevas, y ambas muy netamente galdosianas: una, episódica, muy huida, Clotilde, y otra que puede parecerlo, pero tiene allí el valor de clave del espíritu de Federico, la de Joaquín Viera. Los que comentan la doble personalidad del galán podrían comprender la realidad de esa figura con reparar en Joaquín Viera y en aquel libro de oraciones que tanto juega en el cuarto acto; es un fruto de la herencia, al que no sería difícil encontrar acomodo—lo mismo que a Clotilde, con ser tan diferente de él—en el que podríamos denominar simbolismo algorítmico de las leyes de Mendel. Y es que Galdós, como el monje austriaco, había mirado al mundo exterior y había sacado de él, tácita o expresamente, una ley natural.

El acto cuarto—el que más ha gustado ahora—vuelve la acción a la acrecentada intensidad dramática; pero sin salir de los cauces de

verdad. Aquellas escenas son sobrias, no por una concesión al sintetismo dramático de la escuela vieja, sino porque así lo pide su misma intensidad. De las grandes emociones podría decirse, como de los grandes dolores, que son muchas. También son reales las alucinaciones de Federico; es la obsesión que se hace imagen, con toda la tremenda fuerza de la obsesión misma, acrecentada en aquellas escenas por el cinismo de la Peri, por la generosidad de Orozco, por la hidalguía de Manolo Infante y por la misma insistencia de Augusta. Desde mucho antes hemos visto surgir, en el espíritu más que en las palabras de Federico, la idea del suicidio; y cuando éste llega, nos parece un hecho trágico, pero también real y necesario.

El acto quinto es, desde todos los puntos de vista, el más atrevido de la obra. En el fondo, la grandiosidad de la figura de Orozco parece contradecir el mezquino de la naturaleza humana. Su final elevación sobre las pasiones y los convencionalismos sociales pareció a muchos que trajeron a cuento a Calderón una ofensa a la tradición hidalga del teatro castellano. En la técnica, aquella escena estupenda en que oímos expresar a Orozco y Augusta, que es a la vez un diálogo breve y dos monólogos profundos, iba contra el gusto im-



RICARDO PUGA
Orozco afortunado en la «Realidad»
de Fontalba

gustó aun más que ahora, y, sobre todo—y por eso creo que es hoy mayor que entonces el erial de que habló *Clarín*—, apasionó. Ahora, el público, más frío o menos expansivo, no ha sentido, o cuando menos no ha demostrado, aquella pasión.

Y ahora, *Realidad*, obra iniciadora del teatro realista en nuestro país, llega cuando los *sno-bistas* habían declarado que ese teatro era cosa de ayer y demuestra que casi no ha nacido. Volviendo a la fuente, podríamos lograr el teatro fuerte que anhelamos.

—O—

No cabe hablar ahora de la interpretación, y sería necesario hacerlo. Lola Membrives, Ricardo Puga, Roses, Esperanza Ortiz y Fernando Fresno han hecho cuanto

individualmente podían hacer, y merecen por ello aplausos y alientos. No hay para qué señalar defectos que no son de los actores, sino del medio ambiente. Los actores de 1892 tenían por su repertorio una preparación más sólida y más amplia. Realmente sorprende ahora que Lola Membrives y Ricardo Puga puedan hacer tanto como hacen, y es enorme lo que hubiesen hecho en condiciones más favorables.—ALEJANDRO MIQUIS



LOLA MEMBRIVES

Que tiene momentos de completo acierto en la Augusta de Fontalba

perante que anatematizaba los monólogos y los apartes, francamente inadmisibles. Ahora ya, después de haber visto materializados los pensamientos por medios más artificiosos aún, esos monólogos-aportes no podían ni sorprender ni disgustar. Han adquirido su verdadera significación psicológica, como pueden tenerla más clara, en una sociedad más ampliamente comprensiva y menos calderoniana, la elevación de Orozco.

La aparición de Federico a Orozco, en esa escena final, pareció a muchos, hace treinta y nueve años, recurso de melodrama; después, otras semejantes han sido tomadas como manifestaciones de un teatro novísimo. Ni lo uno ni lo otro. En el pensamiento de Galdós, la imagen fué subjetiva, igual y determinada por motivos análogos que la de Orozco en el acto cuarto. Sin duda, alguien pensó que aquella aparición pudiera ser un recurso de fuerte dramatismo o quiso materializar el abrazo de perdón, y la imagen subjetiva en el texto se hizo objetiva en la representación. Eso y el detalle de que ahora se ha prescindido, de que se iluminase misteriosamente el salón de billar cuando la aparición va a surgir, que si es de Galdós, podría ser tomada como otra anticipación.

Se ha dicho, tomando como artículos de fe palabras de la crítica ignara de aquel tiempo, que *Realidad* fracasó en su estreno. No fué tal. Frente a los críticos incomprensivos, estuvieron entonces los de mayor cultura y mayor talla intelectual: *Clarín* y *Zeda*. De la impresión en el público, de las ovaciones clamorosas, podemos hablar los que no hemos olvidado aquella noche memorable. Aquella noche, *Realidad*



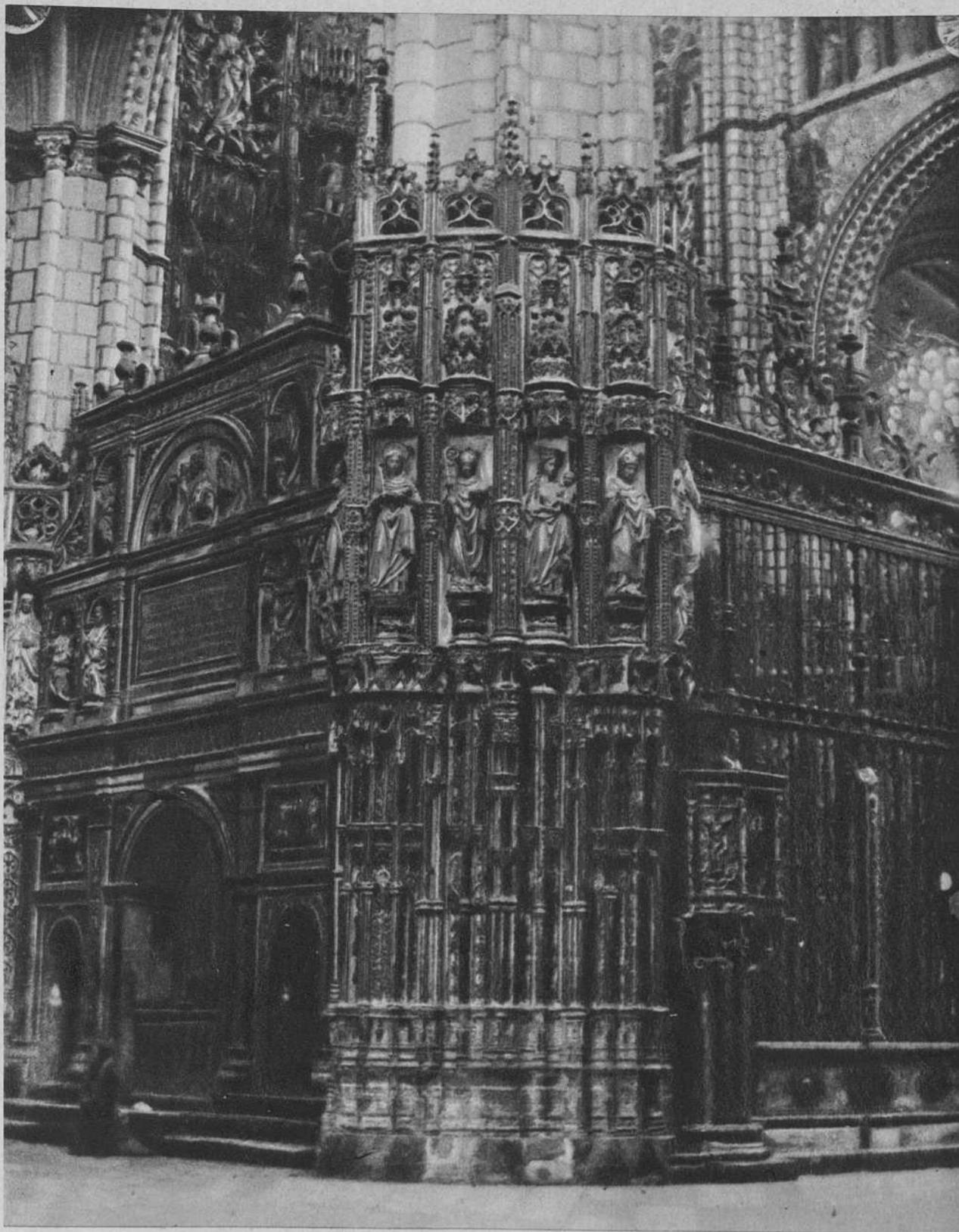
ESPERANZA ORTIZ

Actriz bella, como pide el papel de la Peri, pero quizá demasiado fina... (ot. Walken)



FERNANDO FRESNO

Que convence al público haciendo en Fontalba el Joaquín Viera, que estrenó Mario en la Comedia (For. Alfonso)



T E M P L O S

*Igual que el alarife que a golpes en la piedra
concreta sus ensueños, así haz tú con tus rimas;
poeta: que tu pluma sea un cincel que labre
para que no se borren las cosas que tú digas.*

*Más que escribir, esculpe: que todo lo que sientas
y pienses, que el concepto que tengas de la vida,
lo dejes, como en mármol, grabado a firmes trazos,
para que nunca pierda su resonancia lírica.*

*Cada frase, una idea; sé profundo; que nada
sea vano; que en todo lo que tu mano escriba
vibre siempre una ráfaga de verdad tan ardiente,
que el viento de los siglos jamás pueda extinguirla.*

*Perennidad; a eso debe aspirar tu numen.
Perennidad; la meta suprema adonde aspira
llegar el hombre en todo aquello que labora,
y más si entre sus manos lo que hay es una lira.*

*Poeta: si los dioses son eternos, tu obra
¿por qué—no desesperes—no ha de llegar un día*

*en que, como los dioses del viejo paganismo,
no habrá de ser eterna siendo, como es, divina?*

*¿Homero no es tan grande como Júpiter? ¿Baco
supera a Anacreonte en fecunda alegría?
¿Y Venus es acaso más bella que las diosas
que en mármoles de Creta labró el cincel de Fidias?*

*No, no; no desesperes... Poeta: si lo eres
de verdad, si haces versos con savia de la vida,
tú serás tan eterno como un dios del Olimpo:
que si él lo es por su esencia, tú lo eres por tu lira.*

*Crea; el secreto es ese, crear: que lo que sientas
y pienses sea tuyo; que en todo cuanto digas
ponga tu alma su sello, como en un huerto tiene
cada flor el aroma de su fragancia íntima.*

*Más que escribir, esculpe; que tu obra sea un templo,
en cuyas piedras todas tus ansias infinitas
se vean concretadas; un templo en el que, eterna,
arda de tus ensueños la lámpara votiva.*

Un varón de altas prendas espirituales
La fe encendida y la voluntad
férrea del Padre Juan, levantan un
templo a la Virgen del Carmen

LOS ESFUERZOS DE LOS MÚSCULOS Y EL FERVOR
DEL ESPÍRITU

PORTEABA las férreas viguetas, iba de acá para allá con las esportillas llenas de tierra, vaciaba los camiones llenos de ladrillos, hincaba la pesada espiocha en la miga de los cimientos o trepaba por los andamios, a pique de caerse... Llamaba la atención de las gentes transeúntes aquel obiero vestido de obscura estameña que trajinaba con ardoroso afán entregado al trabajo rudo de la descarga de piedras o la colocación de ladrillos. Y cuando acababa la cotidiana tarea, el trailecito tendía hacia el cielo sus manos encallecidas, ofreciendo con humildad y lágrimas a Dios los esfuerzos de sus músculos y el fervor de su espíritu.

Cundía la tarea. Crecían como una bendición las paredes del templo, y el Padre Juan sonreía dichoso de ver el pequeño grano convertido en magnífica espiga.

Se hermanaban en el fraile calzado las dos virtudes sin las cuales, según Prudencio, todas las demás son viudas: la paciencia y la fortaleza. Guiado por el amor a Dios, su trabajo era para él una fiesta, y cada día empezaba con más brío su esfuerzo ardiente y denodado, sin notar el cansancio y desa-



Interior de la Iglesia de la Virgen del Carmen, reconstruída recientemente.

brimiento que nos ataca a nosotros en los comedios de cualquier obra humana que emprendemos, acedia espiritual que tantas veces frustra nuestros propósitos, haciéndolos estériles, recordándonos las palabras de fray Alonso de Cabrera: *Venerunt filii usque ad partum et vires non habet parturiens.* («¡Cuántas veces han llegado los hijos a punto de nacer, y por no tener fuerzas la madre para ayudarse se han quedado y mal logrado!»)

LA CAPILLA ERA PEQUEÑA PARA EL NÚMERO DE FIELES

La fe y la voluntad del fraile calzado culminó en esta espléndida iglesia que se alza hoy en la calle de Ayala, y que el Padre Juan ha puesto bajo la advocación de la Virgen del Carmen. Y el reportero, más dado a los triviales menesteres humanos que a las profundas meditaciones religiosas, ha visitado en su iglesia a este varón de tan altas prendas espirituales.

En tanto le pasan recado, otro fraile de la comunidad, joven y de trato llano y simpático, me cuenta, a requerimientos míos, algo de la vida de su hermano de religión. Y su boca se llena de alabanzas para el ausente.

—El Padre Juan—me dice—vino a Madrid el año de 1924, instalándose, a su llegada, en un piso de la calle de Serrano. El hermano traía la misión de restaurar los conventos de los Carmelitas Calzados en Castilla. A los dos meses de estar en Madrid compró este hotel de la calle de Ayala, y poco tiempo después se inauguró la capilla...

La llegada del Padre Juan corta la charla. Es alto, enjuto, vivaz... Se resiste a hablar de su obra, y sus palabras comedidas y tímidas dejan entre unas y otras un ligerísimo bache.

El Padre Juan trabajando en las obras de la capilla



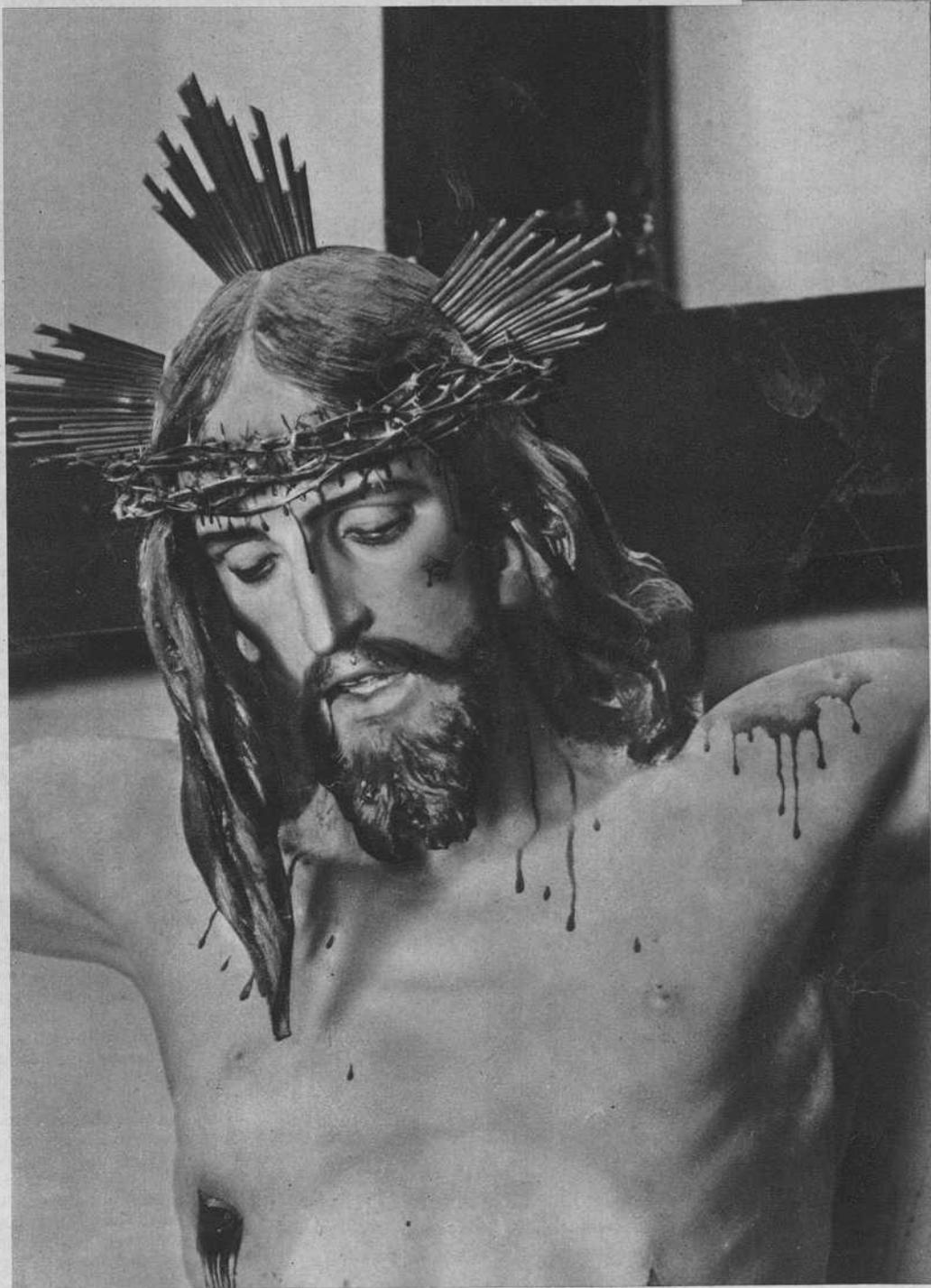
—¿Cómo se inició en usted, padre, el propósito de levantar este magnífico templo?
 —La capilla era pequeña para contener el gran número de fieles. Todo el mundo me hablaba de la necesidad de ensancharla, y yo rumiaba día y noche la idea de levantar un templo en celo de Dios, y para gloria de la Virgen Santísima. Y pedí permiso a los Superiores para levantar la capilla en esta forma. Cuando me dieron la autorización, encargué al arquitecto señor Ripollés que me presentara un proyecto de templo de estilo bizantino. Yo he dirigido las obras...
 —¿Sabe usted Arquitectura?
 —El fraile—me dice sonriente—sabe de todo...

EL OBRERO Y SU OBRA

—Usted ha trabajado en las obras...
 —Sí—dice con modestia—, desde los cimientos a la cumbre. He hecho de todo. He descargado camiones, he subido los soportes, he formado los andamios. Esta es obra de elaboración y obra milagrosa de la Virgen y San Rafael, a quienes tengo una devoción ciega—añade el Padre Juan con voz cálida y emocionada, nacida toda ella del amor al Santísimo Sacramento—. En las lágrimas, los sudores y fatigas yo siempre he encontrado consuelo y refrigerio en el Santísimo.
 —¿Cuándo se comenzó la obra?
 —El 14 de Agosto del año pasado se puso el primer ladrillo, y el día de la Purísima del mismo año ya estaba hecho lo que se llama el «cascarón» del edificio. Costó tres meses. Descansé tres meses (Diciembre, Enero y Febrero), y en Marzo empecé la decoración del templo. La primera misa se ha celebrado el día de la Purísima de este año.
 —¿Cuánto ha costado?
 —Yo lo calculo en cerca de un millón.
 —¿Y quién ha dado ese dinero?
 —Parte de él han sido donativos de fieles, y el resto, de personas de mi intimidad.—Y añade:—Aún nos faltan algunos detalles. La decoración de la iglesia la han hecho discípulos de Benlliure.
 —¿Cómo empezó usted, Padre Juan, a relacionarse con los fieles o familias de Madrid?
 —Por la organización de la peregrinación carmelitana a Roma el 1925, con motivo del año jubilar. Por cierto que fué una de las más solemnes y concurridas que se presentaron en la Ciudad Santa. ¡Fué admirable, créalo!—me dice entusiasmado.



El Padre Juan, con un obrero, trabajando en la cúpula de la capilla



LA INAUGURACIÓN DEL TEMPLO

—La inauguración del templo ha constituido un acontecimiento—añade con fervor el Padre Juan, sin poder disimular su alegría ingenua—. Para darle esplendor a las fiestas religiosas celebradas, han venido el Padre General de la Orden y el Padre Procurador General. Se ha celebrado un triduo solemne, y las funciones matutinas han resultado magníficas, oficiando de pontifical, el primer día, el Nuncio de Su Santidad; el segundo, la Parroquia de la Concepción, y el tercero, el reverendo Padre Procurador de la Orden Carmelitana, predicando los tres días el Padre Salvador Mollá, de la misma Orden. A las ocho y media de la mañana hubo misa de comunión general, celebrada por el Revmo. P. General y el Provincial de los Carmelitas de Andalucía. Por la tarde las funciones religiosas consistieron en trisagios marianos, motetes, plegarias a la Virgen y sermón, predicando los reverendos Padres Luis María Llop, Juan Fernández y el referido Padre Mollá. La última noche ha dado la bendición el excelentísimo señor Obispo de Sión, dándose enseguida a los fieles la bendición papal, concedida principalmente por Su Santidad el Papa Pío XI, con motivo de tan extraordinarias fiestas. Los cantos han estado a cargo de la reputada Capilla Carmelitana, *Schola Cantorum Carmelitana*, de Jerez de la Frontera, reforzada por valiosos elementos de esta corte. Con motivo de tan solemnes fiestas se han reunido en esta residencia de Carmelitas religiosos de varias provincias.

Visitamos la iglesia.
 La luz penetra en este bello templo a través de las hermosas vidrieras de colores, las cuales muestran las altas cualidades artísticas de las obras de Mauméjean.
 El cupúlín está decorado por doce vidrieras con figuras venerables de la Orden del Carmelo. En el coro hay cinco ventanales con figuras, y en la nave, tres ventanales y dos grandes rosetones que representan escenas culminantes, hechos piadosos o gloriosos, también de la Orden.
 Los ojos del frailecito brillan de contento. El Padre Juan, humilde y tímido, ve hoy rematada su tarea. Ha levantado un templo con fatigas, sudores y trabajos, y hoy llegan á su iglesia, en jubilosa romería, los príncipes y jefes de la Iglesia para bendecir a su hijo bien amado, a este fraile que ha convertido en fábrica de ladrillo y piedra sus ardientes plegarias.

Cristo del Consuelo, magnífica imagen que se conserva en la capilla (Fots. Cortés)

ALONSO DE CONTRERAS



«San Francisco de Asís», cuadro de Francisco Villodas

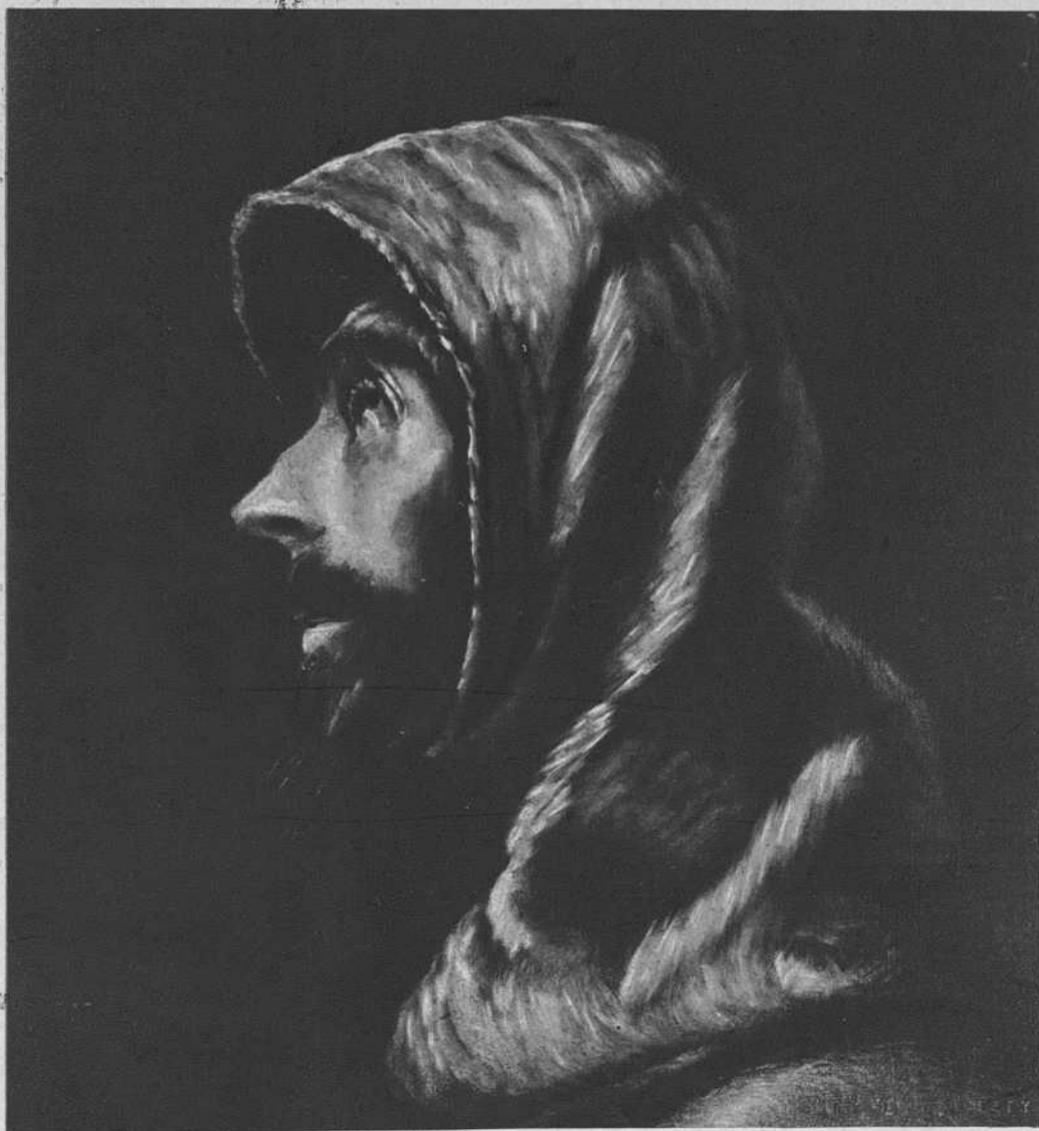
ANTES DE QUE SE OLVIDE...

La visión española del «Poverello»

No se enfaden conmigo los ortodoxos que creen que no se debe hablar de las cosas santas. Imaginen que la Iglesia no ha santificado al *Poverello*. El *Poverello*, aparte su fe ardiente, visionaria, luminosa como la de un Murillo manco, sin manos para dibujar ni para pintar, es un poeta; un poeta panteísta enamorado, más que de Dios, de la obra que Dios realizó sobre la tierra.

Acaso antes de que la banalidad de nuestra Edad haga olvidar al santo de Asís, importe mucho señalar a nuestros pintores y a nuestros escultores esta visión nueva de nuestro hermano Francisco, del amigo de nuestros hermanos inferiores en la escala zoológica. El arte español no vió en el *Poverello* más que al asceta, al tético contemplador de la Muerte, al soñador de otra vida donde no es necesaria la misericordia, porque es el reinado absoluto de la justicia.

Así lo esculpe Pedro de Mena en su prodigiosa escultura de la Catedral de Toledo: encuadrado el rostro en la capucha, escondidas las manos en las mangas del sayal frailer, los ojos fijos en el cielo, todo Francisco está en su mirada puesta en el más allá. La figura enhiesta y rígida, rígidas las arrugas de la estameña, Alonso Cano ha condensado el alma entera del Santo en los ojos. Nada menos humano, menos fraternal, menos sencillo y terreno que esta efigie de iluminado. No es éste, no, el santo que hablaba con las avecillas y con los peces,



«Cabeza de San Francisco de Asís», cuadro de «el Greco», que se conserva en el Museo Hispánico de Nueva York

con los corderos y los lobos, con los asnos y con los hombres. La efigie de Alonso Cano es la de un místico español, la de un contemplativo. Acaso así fuera Francisco de Asís cuando se acercaba la hora de su agonía; pero antes, ¿no conocéis cómo le ha evocado Chartran empujando sobre la tierra la reja del arado, que arrastran dos poderosos bueyes, é improvisando al paso las hermosas estrofas de su famoso *Cántico de los creadores*?

El *Poverello* es todo voluntad, todo desbordamiento de corazón; en su vida las palabras misericordia y trabajo representan una misma cosa; en él el amor es un sentimiento tan intenso que abarca desde la Providencia creadora hasta el más pequeño y desvalido de los seres; su amor no sólo cura y salva y hace milagros, sino que vivifica á los árboles y á las flores y á las piedras y á la tierra fecunda. Mas que un sentido cristiano de la vida, es un sentido poético el que ilumina la poderosa inteligencia del Santo. ¿Cómo los pintores españoles no la conciben sino en éxtasis, en lúgubres contemplaciones de la Muerte, en la exaltación religiosa que le lleva al trato material con las divinidades? El Arte español no nos ha dado la visión del poeta, que como un trovador arrastrara las muchedumbres con la sugestión de su fe bella y cautivadora como la palabra de Cristo. Las gentes le seguían y cortaban las hilachas de su hábito, que conservaban como reliquias. El siglo en-

tero, con sus señores y su clerecía, con sus costumbres galantes y su corrupción, con su pueblo envilecido, se estremeció ante aquella resurrección del pensamiento de Cristo. Durante una hora en que el Santo estaba absorto en oración, un pintor griego, llamado Melormus, trazó su retrato; el primer retrato que se pintó en la Edad Media.

No es una mera casualidad esta influencia del *Poverello* en el Arte; es que era el primer hombre que merecía ser retratado; el primero que santificaba a la Naturaleza y a la realidad de la vida, fuente de todo arte. Subsiste uno de estos retratos, pintados del natural; es un fresco sobre un muro de Subiaco, la antigua Tebaida, donde el Santo se retiró a orar. Allí aparece tal como era: «un campesino, con el rostro moreno sin belleza, la apariencia despreciable, las ropas sucias, los pies desnudos y groseros...», según nos lo pinta un clérigo que lo oyó predicar en Bolonia. Debajo del retrato de Subiaco se dice en latín: «Hermano Francisco...»

En el arte español el hermano Francisco, el hermano *Poverello*, no tiene realidad. A través de nuestros pintores no podríamos conocer la enorme influencia que este nuevo Cristo ejerce en su época. Nuestros pintores toman a Francisco de Asís en la época de su exaltación, dos años antes de su muerte, cuando ha pasado la escena misteriosa del monte Alverno, donde se había retirado durante cuarenta días, en una paráfrasis del retiro de Jesús. Los pintores españoles no quisieron conocer sino al Santo privilegiado que había recibido en su propio cuerpo los estigmas de la crucifixión.

En la iglesia de los Capuchinos de Roma hay un San Francisco de Claudio Coello. Se advierte en este cuadro la influencia del fresco de Subiaco. El rostro carece de belleza; es rudo como el de un labriego; el hábito muestra un desgarrón en el hombro; pero no es el hermano de los animales quien ora allí, sino el contemplativo que quiere arrancar a una calavera, hurtada al descanso de la tierra irreverentemente, el secreto de la otra vida...

Esta misma concepción de San Francisco tiene el Greco. En el Museo del Prado hay dos cuadros; uno de ellos es, según el testimonio de Cossío, una copia de escaso mérito; en el otro se nos ofrece al *Poverello* dialogando con un traile ó meditando sobre la deleznablez de la vida humana, simbolizada en el viejo mito de la calavera.

Mirando al cielo, pensando en sí mismo, alucinándose con la visión anticipada de la morada celestial, lo encontramos también en el Museo del Prado, interpretado por Ribalta *el Viejo*. San Francisco enfermo, agonizante, escucha en éxtasis la música que tañe un ángel. Heo aquí entre los cuadros de Ribera. Otro ángel interrumpe su éxtasis y le ofrece un don del cielo: agua cristalina, símbolo de la pureza. Eran, sin embargo, estos pintores de la escuela valenciana, levantinos que recibían su inspiración y su técnica de Italia.

Mas he aquí al fraile Juan Rizí, pintor de la

escuela madrileña. El *Poverello* está en su cuadro arrodillado ante el serafín que desciende del cielo y pone sobre él las marcas gloriosas de la Crucifixión.

Zarbarán, austero, nos le ofrece muerto; la noble cabeza descansa sobre una teja. La calavera simbólica es su única compañía; dos cirios le alumbran, en lugar del sol, que el Hermano Francisco amó tanto.

No queda en el Museo del Prado otro cuadro español dedicado al *Poverello* que uno de Murillo. Sin duda este pintor fué el único artista nuestro que tuvo de San Francisco la idea de que su santidad era un desbordamiento inagotable de amor humano; no un delirio espiritual, ni un cobarde temor de Dios y del misterio de la otra vida. El cuadro del Prado, hecho, sin duda, para servir un encargo, no expresa completamente esta idea.

El pintor tenía que representar el símbolo de la Porciúncula. Aun así, el San Francisco que cae arrodillado en los escalones del altar ante la aparición de Cristo y de la Virgen no es un místico de soliloquios encavadores, sino un hombre de acción, un recio tempera-

mento capaz de mirar frente a frente la aparición celestial.

En la Pinacoteca antigua de Munich tiene Murillo el único *Poverello* humano y real que ha producido el arte español. Allí está el Hermano Francisco, tal como él era, rodeado de la muchedumbre que le seguía.

Un parálítico ha caído ante él sollozante, y el taumaturgo le ha curado. Aun en este momento de realizar un milagro, de ser como Cristo, el pincel de Murillo trazó ante todo un hombre que inflamado de amor a sus semejantes realizaba en sí mismo el mayor de los milagros: el de poder acercarse a la divinidad sin dejar de ser humano. Y esta concepción tan humana del *Poverello* en el pintor idealista es tan intensa que llega en el cuadro de Munich a perfecciones de técnica que acaso superen al mismo San Antonio de Sevilla. Otra representación, llena de originalidad y de majestad, nos dió Murillo de Francisco de Asís en el cuadro que conserva el Museo Provincial de Sevilla. Cristo se desclava de la Cruz para abrazar fraternalmente, humanamente,

al que resucita sobre la Tierra, en plena Edad Media, su amor a los humildes, a los caídos, a los miserables. En el Museo del Estudio de Nápoles ha y otro San Francisco en que Murillo, rendido forzosamente al convencionalismo místico de su época, nos da también esta sensación humana del *Poverello*.

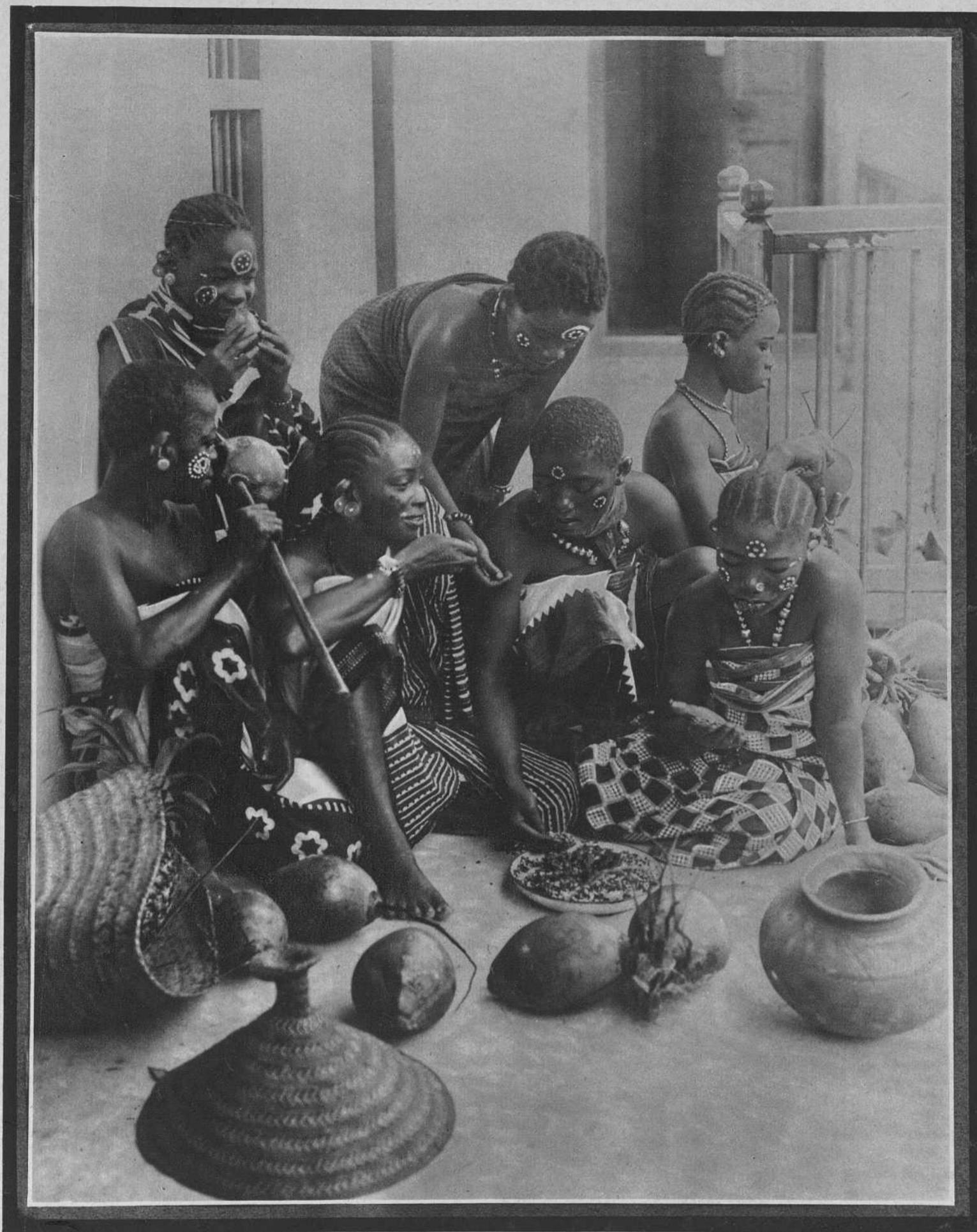
A mediados del siglo pasado Luis Viardot habla de un San Francisco de Asís que estaba en el Museo del Rey, que es el Museo del Prado, pintado por Mateo Cerezo, «tan noble y tan bello como hubiera podido pintarlo el propio Van-Dyck»; pero no hemos podido dar con este cuadro.

Los pintores españoles no vieron que este Santo era el poeta creador del sentimiento y de la comprensión de la Naturaleza... Oid sus divinas palabras: «Nuestra hermana la alondra tiene una capucha como nosotros y es un avecilla humilde que va siempre por el borde del sendero buscando un grano de trigo. Y cuando la hermana alondra se eleva en los aires, su cántico es tan delicioso, que aquí abajo los hombres se detienen para oírlo y alzan los ojos para seguir su vuelo...»

¡Hermano lobo, que cumplirás tu palabra de no hacer daño a las hermanas ovejas; hermanas golondrinas, que dejaréis de gorjear para que se oiga la predicación del hermano Francisco; hermana cigarra, que le acompañarás chirriando en su camino; hermano ruiseñor, que le despertarás en la hora de maitines; hermanos todos vosotros, aves y peces, cuadrúpedos, reptiles é insectos, puesto que tanto os amó el *Poverello*, haced que en el Arte español surja la figura del hombre más humano que han conocido los siglos y del más grande amante de la Naturaleza, que supo encontrar a la Divinidad, como un panteísta primitivo, en el portentoso espectáculo del Universo!



«San Francisco de Asís», talla policromada de Francisco Asorey



LAS VIEJAS COSTUMBRES EN ZANZÍBAR

MODAS FEMENINAS QUE PERDURAN

QUIEN busque en un anuario geográfico y estadístico noticias de Zanzibar, podrá suponer, leyéndolas, que el Sultanado es un país en pleno progreso, definitivamente entrado en la civilización. Teléfonos, estaciones de *radio*, escuelas primarias, es-

cuelas Normal y de Comercio, líneas regulares de vapores... Todo el aparato de la civilización, indispensable para la vida moderna.

Es la obra de los ingleses, que atraídos por la enorme riqueza de las plantaciones de clavo y el intenso co-

mercio que de ellas pudiera deducirse, han llevado á los Estados que forman el Sultanado (Zanzibar y Pemba) todos los elementos que para su labor comercial han considerado indispensables.

Es también, como en todas partes, obra principal de



las Misiones católica y protestante, que para mejor evangelizar al país han llevado a él, con táctica muy conocida, todos los elementos de instrucción que les ha sido posible acumular.

Pero, eso no obstante, y aunque los esfuerzos perseverantes de los ingleses no son de ahora, sino que llevan ya más de un siglo de fecha, Zanzibar no ha podido ser totalmente transformado, y junto a tales elementos de civilización y vida moderna continúan perdurando, con todo su interés étnico y social y con todo su aspecto pintoresco, las viejas costumbres de las razas y de las tribus africanas, que en su mayoría, en aquellas islas, están formadas aún por musulmanes.

Una de nuestras fotografías representa un grupo de

mujeres de Zanzibar reunidas para comer, y que lo hacen alegremente. Rizadas sus cabelleras con una «permanente» muy característica, vestidas poco más sumariamente que las europeas antes de la hora de cenar y con los rostros pintarrajeados de la manera más caprichosa y arbitraria, con una policromía detonante, más aún que el hambre, parece haberlas reunido un afán parlero de «comadrear», y realizándole parecen felices y satisfechas, y exhiben con sus gestos y actitudes propiamente musulmanes sus gustos femeninos de un luminoso orientalismo en su atavío.

Cuando el rito musulmán las ordena cubrir el rostro, lo hacen; pero no con velos semejantes a los que en territorios más de Occidente usan las mujeres maho-

metanas, sino con unos extraños antifaces hechos de cortezas arbóreas y muy singularmente decorados, que las cubren, si no el rostro totalmente, la frente y la nariz, en que, sin duda, ven lo más característico y personal del rostro femenino.

Tan característicos como esos antifaces son los calzados—que recuerdan el coturno de los trágicos griegos—y la enorme cantidad de joyas y amuletos que las mujeres de Zanzibar gustan de poseer.

Mostrarlos a las amigas es el placer, muy femenino por lo demás, en que el fotógrafo ha sorprendido a una de las bellas de Zanzibar, retratada en estas páginas.

(Fots. Vidal)



LA SOMBRA DE LUIS XVI

(Fot. Vernacci)

Todos los años aparece, ante los franceses, ante los franceses católicos y monárquicos y legitimistas, la sombra de Luis XVI, el Capeto, camino del cadalso, con su aureola de santidad y de martirio. En la capilla de Saint-Denis, iluminadas por dos vitrales góticos, aparecen las dos estatuas de Luis y de María Antonieta, con el medallón del pobre Delfín en el fondo. Unas misas en la capilla solitaria, una exhibición de unos aristócratas enlutados... y la ceremonia que concluye hasta el año venidero. Sobre el pavimento de la capilla, unas cruces—recuerdos de guillotinos ilustres—, unas flores, unas coronas y unos paños negros recuerdan la terrible escena de la Revolución. Y los Reyes aparecen en actitud orante; ella, candorosa y rubia, preguntando, acaso, por qué no daban galletas y bizcochos á los pecheros hambrientos;

él, Luis XVI, solemne y galo, con su corona y su espada y su manto real...

Luis XVI ha ido pasando, poco a poco, del mismo modo que la doncella de Orleans, que Santa Juana de Arco, a la categoría de símbolo... Luis XVI va siendo, para los buenos franceses de la tradición, nada menos y nada más que la Gran Monarquía de las maneras corteses, de los madrigales bonitos, de los jardines de Versalles, de las cacerías, de Racine y de Corneille. Luis XVI es el último retoño de la magnífica raza que va de Enrique IV, tan amado de los franceses, a Luis XIV. Luis XVI ya no puede decir, como su abuelo, que el Estado es él, porque el Estado empieza a ser en Francia y en Europa el juego de pelota, y la Bastilla y el cadalso, entre cantos de la *Carmañola*, al final. Pero Luis XVI es el último *roi* de casta, y Francia le recuerda todos

los años en la silenciosa capilla de Saint Denis. Coincidiendo con la entrada de la primavera, estos funerales por los dos pobres Reyes decapitados tienen un aire bien triste, a pesar de su tono de rigidez y de protocolo. Son algo desaparecido inevitable y fatalmente ante las inquietudes de la Enciclopedia y las afirmaciones del Derecho Nuevo. Los Reyes que vienen después de Luis no son sucesores suyos: son sus enemigos. Ya son hombres como los demás, y la Providencia comienza a no intervenir en sus determinaciones. Y esta pareja trágica, orante en la silenciosa capilla de Saint Denis, es algo que ha pasado con el rodar de los siglos que se fueron, y que no despertará ya más, porque dejó de ser carne para trocarse en mármol...

José SANCHEZ ROJAS

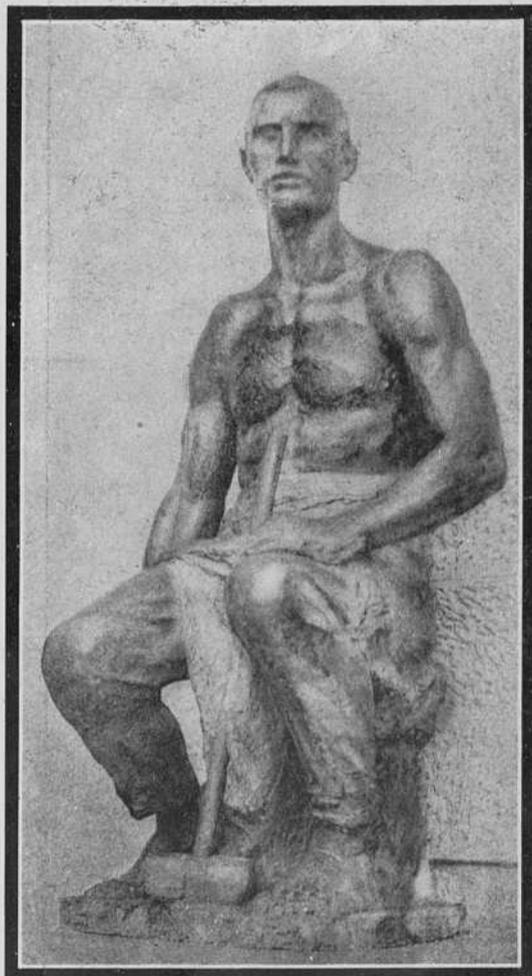
Constantino Meunier y el monumento al Trabajo

YA se ha inaugurado el monumento que el gran escultor belga, y uno de los más grandes escultores del siglo XIX, hubo de modelar y esculpir en piedra y bronce, en trozos diversos, y que ha tardado más de un cuarto de centuria en salir de los museos para ver la luz y ser colocado al aire libre como lo imaginara el maestro, que quiso magnificar el Trabajo.

El escultor tardío—pues sólo a la edad de cincuenta y un años alternó el modelado con la paleta—fué en Andalucía, en Sevilla, donde había sido enviado por el Gobierno belga para copiar el lienzo de la Catedral del flamenco malinés Van Kempen o Pedro de Campana,



El monumento al Trabajo, de Meunier, erigido en Bruselas



Motivo en bronce, del monumento

donde por vez primera ensayó el barro. Su pintura, que por desconocimiento de la totalidad de la obra algunos críticos han pasado por alto, no dándole importancia o, lo que es peor, denigrándola, es digna de sus antepasados flamencos y en nada desdice de sus contemporáneos de fines del siglo XIX; ya nos indica el enorme estatuario que con Carpeaux y Rodín ha dejado trazas de una labor de conjunto y aislada, que cada siglo adquirirá mayor fama y relieve. En sus dibujos al carbón *La muerta* y en sus pinturas de Sevilla *El arrastradero*, y *Los picadores*, y *El monaguillo*, y otros que hace años contemplamos en Gante, se adivinaba el escultor. De Sevilla vuelve a su patria, en plena posesión del talento que había de darle más fama que dibujos, acuarelas y óleos, que, sin embargo, no desdican al lado de sus contemporáneos y amigos de fines del Segundo Imperio, Ch. De Groux y Rops, y Boulenger, pasando por el francés Millet, quien contribuyera a revelar al pintor-escultor las direcciones de su destino artístico. Su maestría tardía, pero segura, la aplica a las gentes y a los paisajes industriales, cuya belleza heroica le había venido a la mente en *nuestra España*. La pintura le parecía insuficiente para sintetizar debidamente sus impresiones. Y Meunier introduce el obrero en el arte universal, en este Borinaje y en este país de Charleroi, cuya visión ya había cantado Verlaine: visión de alucinado, entre aceros y fundiciones de vidrio y de metales, minas de carbón y fábricas diversas.

Cuando Meunier ideó su monumento, su Himno al Trabajo, no pensó en la reunión de los trozos que habían de formar el gran bloque que hoy se alza a orillas del puerto interior de Bruselas. Una vez terminados los diferentes motivos, relieves en piedra y estatuas en bronce, quiso hallar un *cucho*; otros escultores y algunos arquitectos ya han empleado cerca de treinta años en *armar* el gran bloque; los unos ideaban un *hemiciclo*; otros, el *cucho*; otros, alguna colocación de las figuras de una forma disparatada; hasta que un concurso público entre arquitectos ha dado vida a los trozos sueltos, ¡y ya se puede admirar a plena luz!

En las viejas catedrales, los escultores debían adaptarse a los arquitectos; aquí, el arquitecto ha debido amoldarse al escultor, y resolver. Y ha resuelto, según Meunier había imaginado, en *cucho*. Pronto podremos ver la diferencia de colocación, puesto que en Charleroi, en el Henau, en el gran país del trabajo, no lejos de la Universidad del idem, se alzará en *hemiciclo* el mismo monumento; es decir, el conjunto de las figuras que lo componen y de los cuatro altorrelieves que son el motivo de la grandiosa concepción. Además, aquí, en el país de los *tertiles* y de las minas, lo saborearemos más á nuestro placer; estará en *su ambiente*, allí donde fuera concebido, si recordamos que una mañana el «mariscal de las letras belgas», aquel Camilo Lemonnier, autor del *Macho*, salió a recorrer el país negro en compañía de Meunier, el ilustrador de su libro, y ambos pasaron por los lugares en que Verlaine habitara el «mejor de los castillos», la prisión de Mons y los pueblos en que el gran pintor Vicente Van Gogh, misionario protestante, se dedicara, antes de pintar a evangelizar las masas de mineros, y donde Verhaeren cantara un día en su casa de poeta en Caillou-qui-Bique, y donde el célebre Eugenio Carrière, minado por un mal implacable, viniera a refugiarse y a descubrir una vez más la belleza grave y dolorosa de la vida.

Aquí fué, en efecto, donde Meunier diseñó sus grandes e imponentes figuras, que luego cincelara; aquí donde una noche, tras una catástrofe del mortífero gas grisú, lápiz en mano, immortalizaba el dolor de una madre que, cual Dolorosa, encorvada por una gran pena, trata de reconocer el cadáver mutilado de su hijo, que yace completamente carbonizado en los corredores de la mina. Por ello esperamos la otra réplica del monumento al Trabajo, en *hemiciclo*, para poder juzgar en estos parajes de visiones apocalípticas, de torsos desnudos, de facies negras, de brazos nervudos y gestos nobles de aquellos que fueran un día *sus modelos*.

RICARDO AZNAR CASANOVA

Belgica.



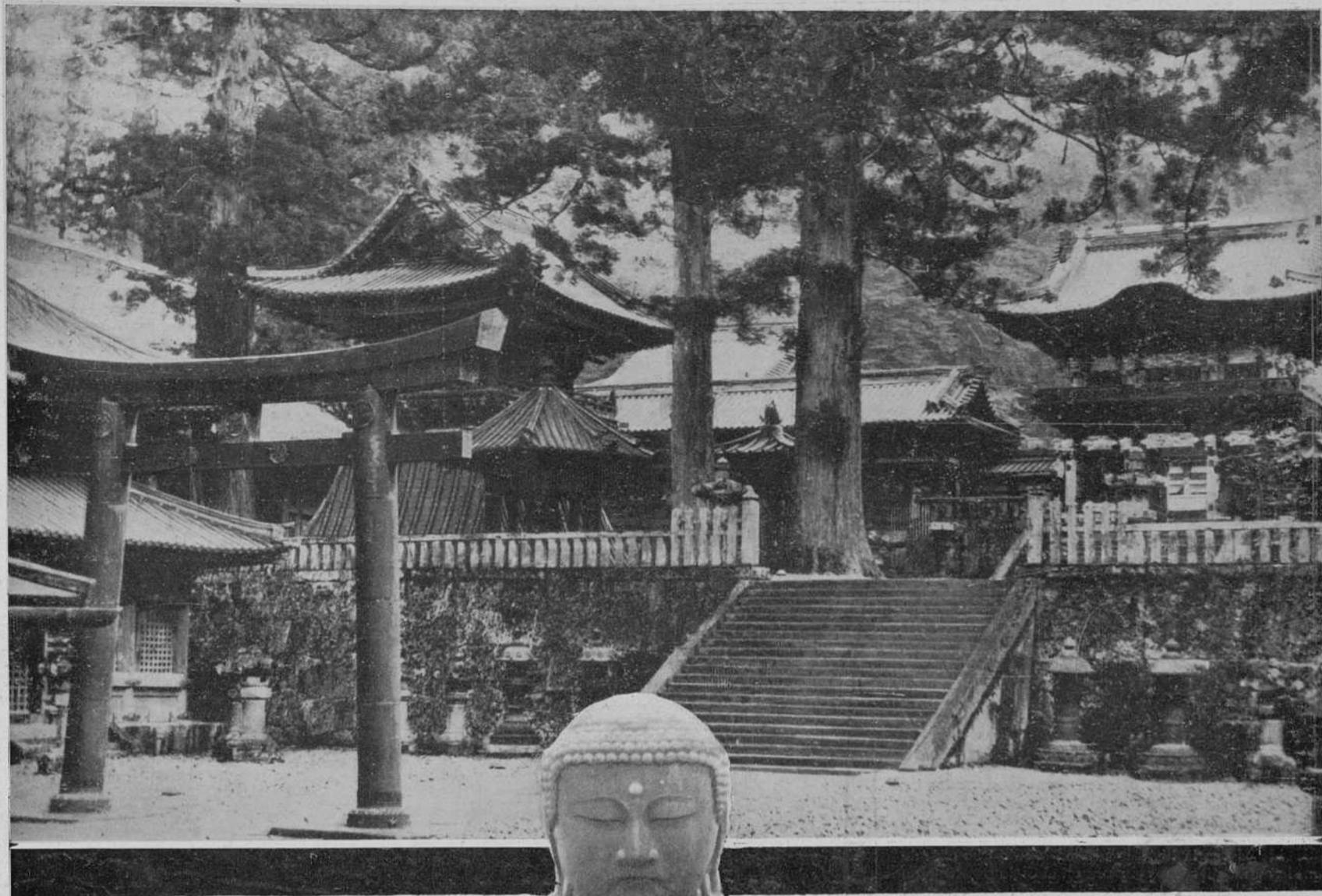
Altorreieve en piedra, labrado por el mismo Meunier, que forma parte del monumento



Otro altorreieve del monumento que ya abandonó en el Real Museo de Bruselas para constituir el bloque



«Cabeza de muchacho», cuadro de Rosales/
propiedad de don José Luis Gómez-Narro



Portal de bronce del gran

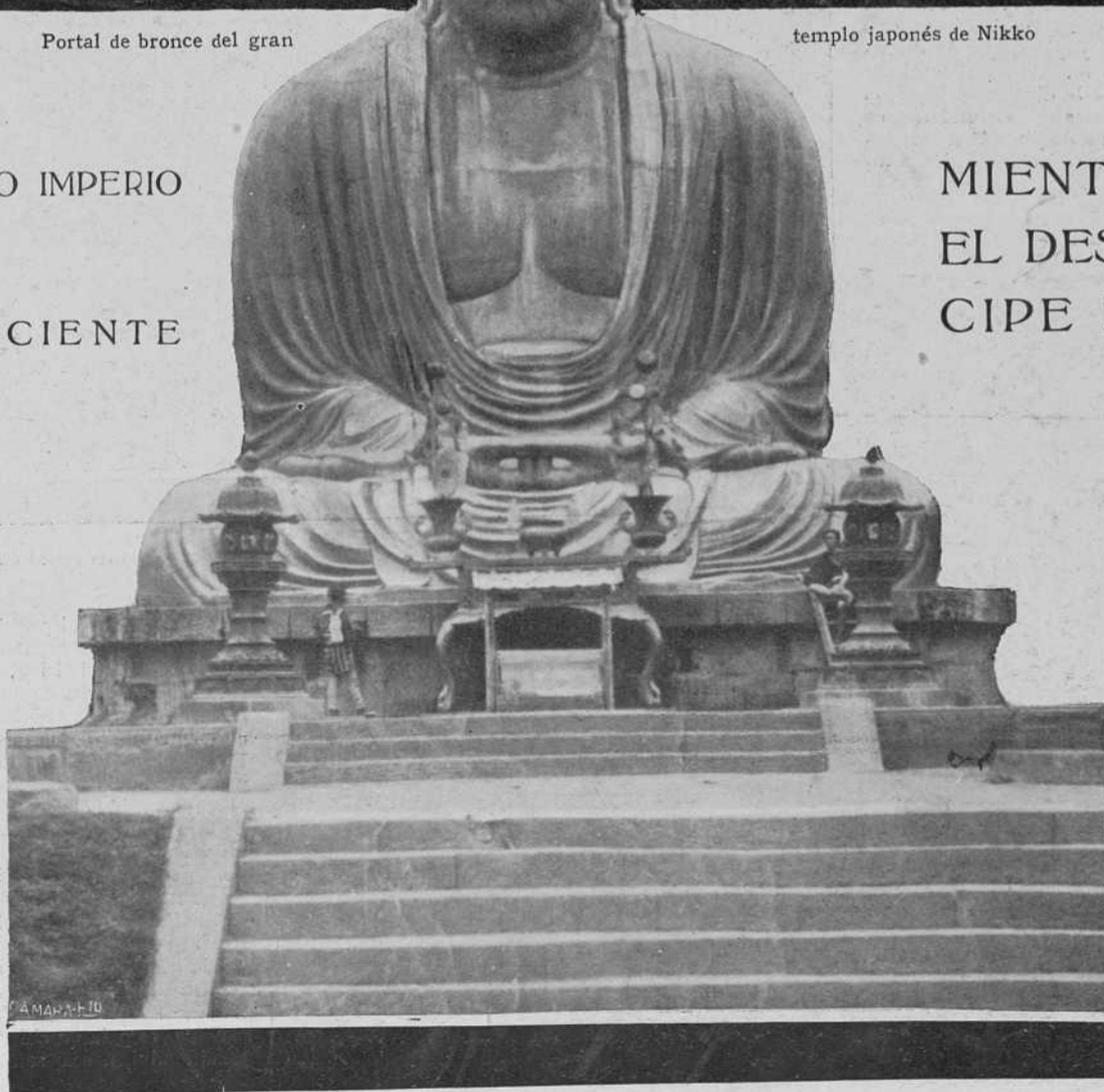
templo japonés de Nikko

DEL ENIGMÁTICO IMPERIO
DEL SOL NACIENTE

MIENTRAS NACE
EL DESEADO PRIN-
CIPE HEREDERO

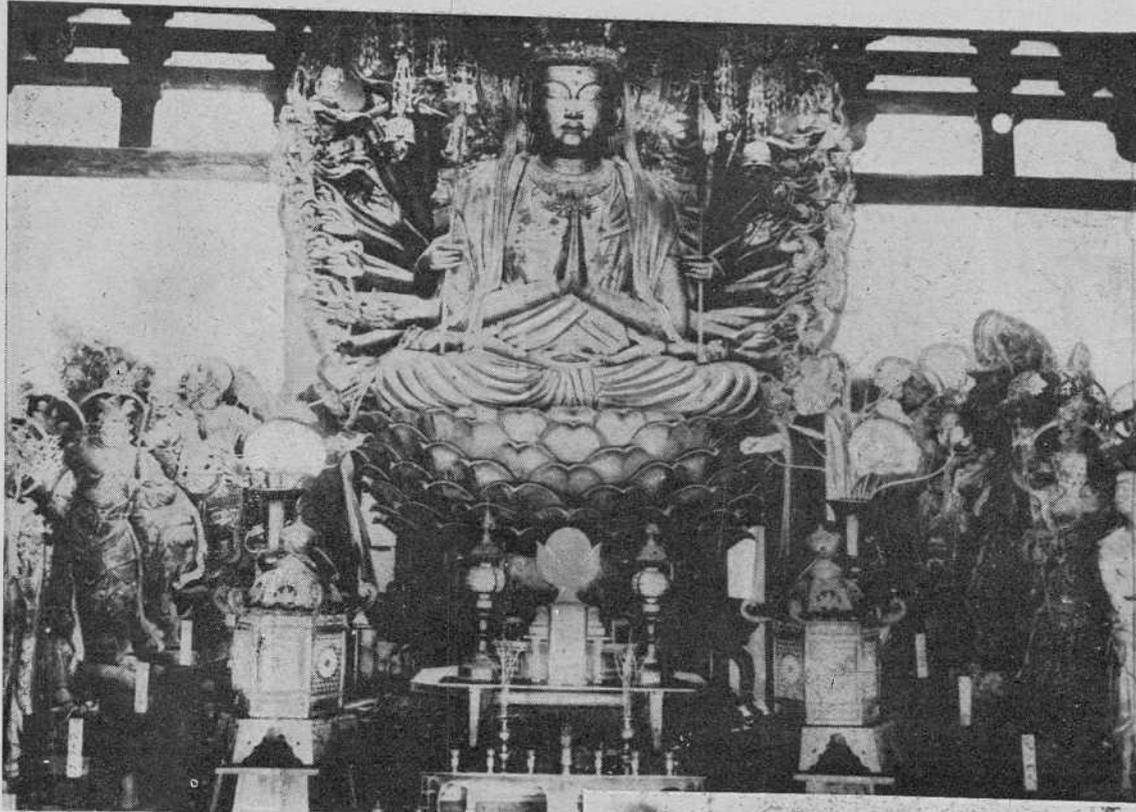
No ha debido chocarnos a nosotros, españoles, la referencia, publicada por la Prensa, de la ceremonia, celebrada en la residencia imperial de Tokio, de la imposición del *cinturón del embarazo* a la emperatriz Nagako, consistente en una ancha banda de seda que la ciñe el cuerpo, y á la cual se atribuye virtud para conseguir un feliz alumbramiento, y que las augustas personas que constituyen hoy el Mikado tengan, por fin, un heredero varón.

En España hay creencias parecidas, sobre todo en lo que se refiere a recursos milagrosos para lograr «una hora cortita y feliz» la mujer encinta. En Tortosa hay la de que poniéndole a una parturienta una cinta



Monumental imagen, en bronce, del Gran Buda, en Kamakura

pasada por la imagen de la Virgen patrona de la ciudad —llamada por eso de la Cinta del Buen Parto—, si no la propia cinta de la imagen, que, por cierto, también se trajo para la Reina Victoria Eugenia, sale pronto y dichosamente del doloroso trance, por laborioso que sea. Y análoga es la creencia alto-aragonesa en *la sábana de San Ramón*, del cual cuenta la tradición o la leyenda—no estoy muy seguro—que habiendo recibido cordial posada en una casa del pueblo de Troncedo—si no me es infiel la memoria—dejó el don de que a toda mujer a quien se aplicase la sábana en que él había descansado saldría pronto y bien del temible paso.

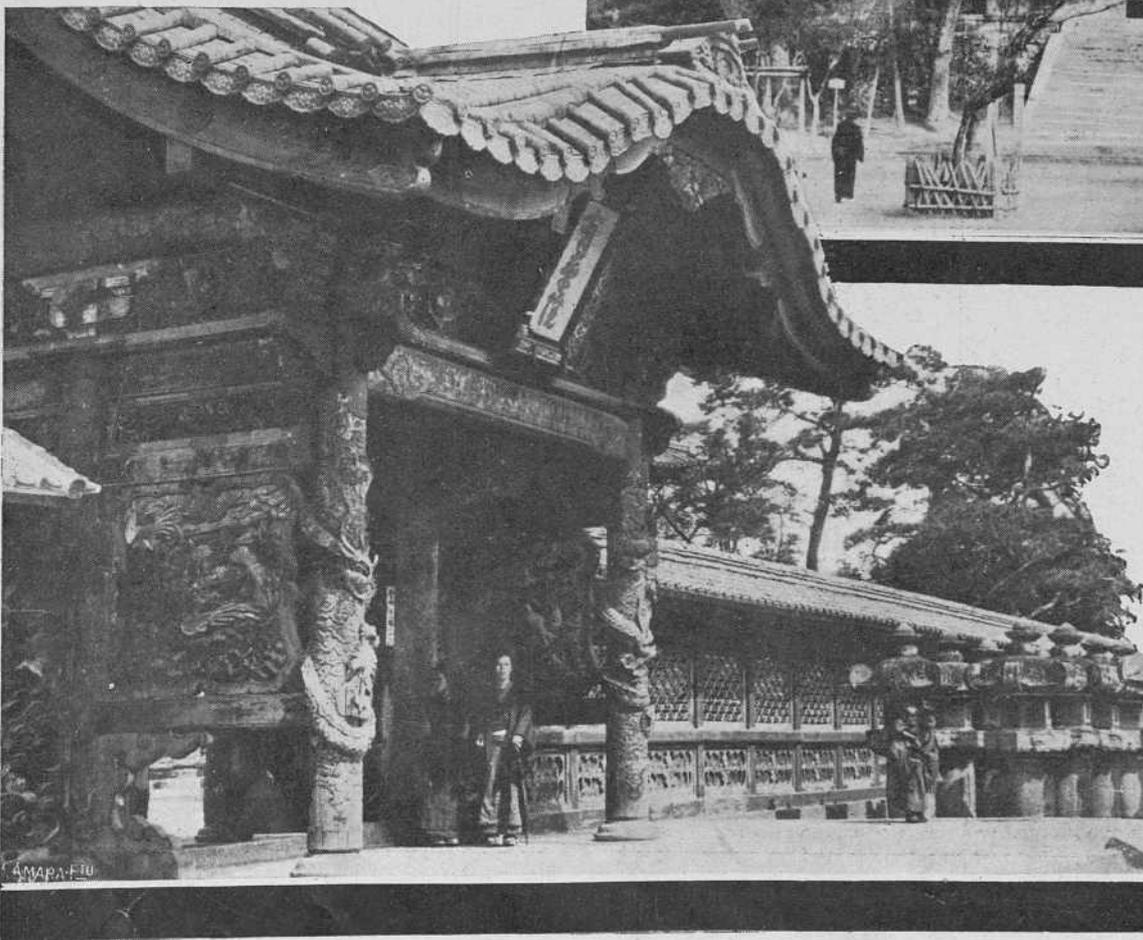


El famoso ídolo de Buda, de Kioto

En la mezcla de religiones que priva en el Japón se hallará muchas semejanzas—algunas de las cuales destacaré—con la católica.

No es extraño que la religión se mezcle en todos los actos importantes de la vida del Mikado. El propio Mikado tiene un origen, según su tradición, puramente divino.

Sabido es que la historia nipona cuenta que cuando las siete dinastías que reinaron en el Cielo concluyeron de crear el mundo, los dioses Izanagui é Izanazami enviaron a este planeta cinco dinastías de dioses, que se repartieron el mundo. Como Júpiter, que no desdafiaba el amor de las mortales, uno de aquellos dioses sedujo a la princesa Liajín, que le dió cuatro hijos, el menor y más ilustre de los cuales fué el fundador de la actual dinastía japonesa, llamado Jimu Ten (guerreiro divino), cuyo 122 ó 123 sucesor es el actual Emperador Hirohito.



Y el Mikado ha sido hasta hace poco una de las dos soberanías del Japón, la virtual y sagrada, como la temporal y efectiva era el Taikun.

No es extraño, pues, que los sacerdotes sintoístas intervengan en toda ceremonia relacionada con el nacimiento de un vástago imperial. Han intervenido ahora, para fijar las fechas de la imposición de aquel cinturón, la palatina, privada y la pública, que se celebra más tarde, e intervendrán desde ahora en la recomendación pública de plegarias para que sea varón el retoño que se espera de la Emperatriz, y en la celebración de plegarias con igual fin, y al ceñirse la soberana el manto blanco, símbolo sintoísta de la pureza, antes de enclaustrarse en el palacete del Kubiás ó Jardín de las Fuentes, de la imperial mansión. Y llegado el momento, sacerdotes sintoístas, ante el altar de los antepasados de la misma, el *koveiden*, y ante el gran altar de Is, anunciarán, con arreglo á su rito tradicional, el nacimiento, e intervendrán igualmente en sinnúmero de ceremonias ante la imperial cuna, para ahuyentar a los espíritus maléficos y convencerlos de que está muy bien defendida.

Aunque de este enigmático país que Marco Polo bautizara con el nombre de Cipango, que significa Sol Naciente, y que los exploradores portugueses de Méndez Pinto dieron el que hoy lleva, dijera Camoens en *Os Lusíadas*:

*El Japón, donde nace plata fina,
que ilustrado, será con fe divina...*

y aunque no dijo cuándo, hasta ahora la realidad desmiente su poder de vate o adivino. No sé lo que tendrá



Aspecto exterior del templo de Buda, en Kioto

de divina la fe del pueblo japonés: pero no cabe duda de que está muy repartida entre numerosas religiones y sectas. La primitiva, la castiza, desde luego, es el sintoísmo. Pero ha de advertirse que casi no es una religión. «Si es una religión—ha dicho el vizconde Kencho Sematu—, desde luego es indígena esencialmente.» Pero lo es a la manera de las antiguas religiones griega y romana. No tiene fundador ninguno, ni dogmas, en el recto sentido de la palabra. Se ha formado con la vida de la nación, con las costumbres y tradiciones, y es la misma nación. Reconoce la inmortalidad del alma, un poder sobrenatural, y rinde culto a los antepasados. Su doctrina consiste más en actos materiales que espirituales. La limpieza de la conciencia trae como corolario la limpieza del cuerpo. Sus ideales de conducta son la honradez y la fortaleza. De las sencillas nociones resulta una vida magnífica del súbdito y del ciudadano.»

Sinto es palabra china, cuya traducción japonesa es kaminomiki, o sea senda de los espíritus. Estos espíritus son las causas creadoras ocultas y las almas de los antepasados que con ellas van a vivir y gobernar el

Templo de la divinidad Siva, en Tokio

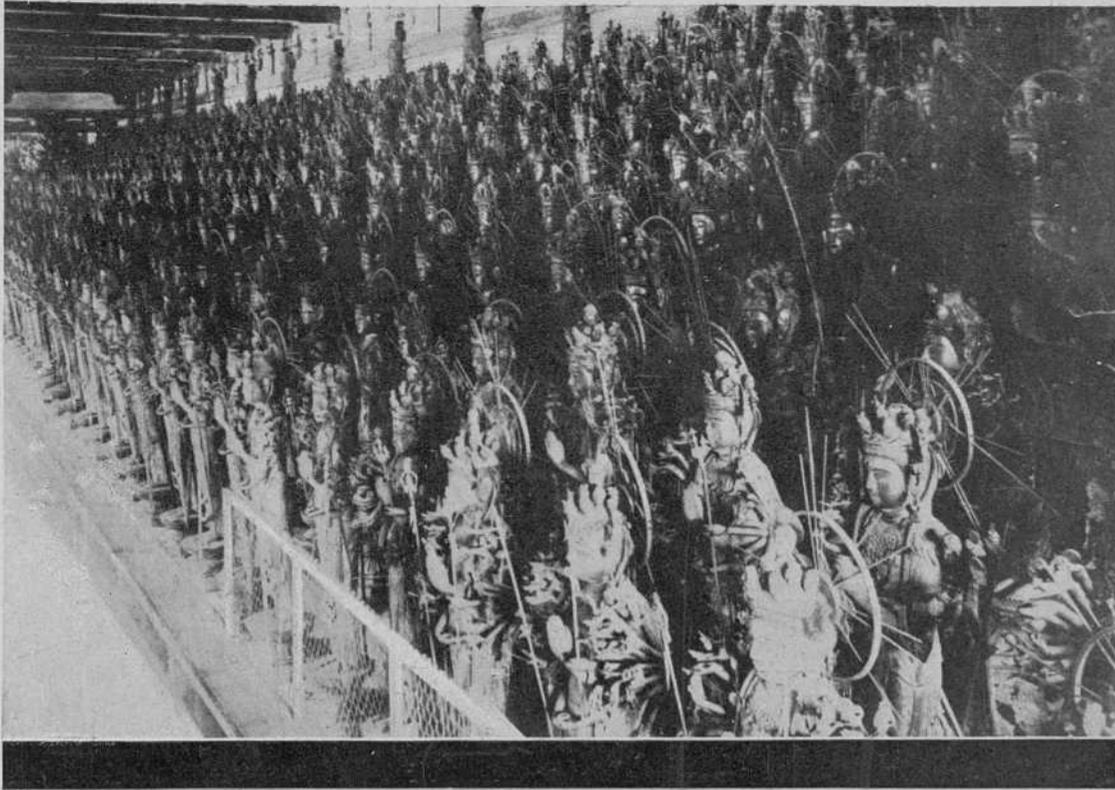
Universo. En su primitiva forma fué una especie de panteísmo. Así, tiene erigidos altares a los astros, los elementos y hasta los ríos y los lagos, que eran considerados como divinidades. Es muy exacta la observación, hecha por un ilustre escritor, de que el Japón puede ser llamado la Italia de Oriente, por su origen volcánico, por la frecuencia de sus imponentes temblores de tierra, por sus métodos de cultivo y por la riqueza de sus tradiciones y de sus mitos, sobre todo. La deificación de su Emperador tiene mucho de las apoteosis de los Césares.

Aunque las fábulas se han apoderado de las tradiciones del sintoísmo, el Gobierno del Mikado las ha recogido y se ha hecho cargo de los mil monumentos religiosos que considera nacionales y dedicados a tres mil setecientos kami o espíritus, cada uno de los cuales tiene erigido un altar con una urna, un espejo para significar la constante observación de sí mismo, una espada y una joya, dones de la princesa Liajin, la enamorada del Sol, a su hijo Jimmu Ten, y un retrato de la divinidad chica, como si dijéramos.

El templo de Kioto es famoso por las 33.333 imágenes, que para el pueblo representan todavía divinidades a las cuales ha de pedirse buenas cosechas, salud, felicidad, tranquilidad, fortaleza, etc., etc.; muchos etcéteras, porque son muchas, como se ve. Los sacerdotes que cuidan del templo tienen mucho de nuestros clásicos ermitaños y santeros; no hacen votos ni estudios de ninguna clase. Mañana y tarde, los domingos, vestidos de blanco, hacen su ofrenda de flores y frutos en el altar y recitan una oración en alabanza de la divinidad, tocan una campanilla o un gong, hacen un par de reverencias, dan dos palmadas, y se acabó la ceremonia. El sintoísmo no tiene grado, ni libros sagrados, ni prohibiciones; es el culto de la historia y de los héroes. Por eso también cae bajo la jurisdicción del Mikado.

Cualquiera creará, después de leído lo anterior, que es el país de mayor fe. No acertará mucho, aunque no se distancie mucho de la exactitud. Expliquémonos. El japonés culto, por lo general, es descreído. No siente la necesidad de creer en nada de ultratumba, no siente la curiosidad, el ansia de investigar la verdad teológica. Estudia, investiga, analiza y busca una causa científica y justa de la existencia. Ante cualquier dogma religioso, lo examina con atención y no se declara preferentemente por ninguno. Es la influencia del gran escritor Yutuchi Fukuzawa, director del Jiji-Shimpo y de la Keio-Gijuku, la mejor Universidad japonesa, el cual solía decir: «No halló diferencia entre las religiones. Es necesaria alguna: cristianismo, budhismo u otra, pues sin una no hay paz ni seguridad en los pueblos. El te, siendo verde o negro, siempre es te. Cada comerciante alaba el que vende. Lo único que debemos exigir es que la mercancía sea de buena calidad.» Cómo se ve, por esta metáfora, que estamos en el país del te, la leyenda de cuyo origen es poéticamente religiosa: la aromática planta es hija del milagro. Un piadoso eremita llamado Dharma, de época muy remota, había hecho voto de no dormir nunca, para no interrumpir sus oraciones. Rendido de sueño, quebrantó su voto, pues se quedó dormido como un lirón. Para evitarse la recaída en tal quebrantamiento, se arrancó heroicamente los párpados. Al día siguiente, en el sitio donde habían caído se vió unos arbustos cuyas hojas produjeron al solitario, que se las llevó curioso a la boca, una excitación tan extraordinaria y alegre, que le predispuso a orar con mayor fervor y le mantuvieron siempre despierto.

La indiferencia, mejor dicho, la falta de parcialidad por una religión determinada, manifiesta en las frases reproducidas antes del gran universitario japonés, se explica, sobre todo, teniendo en cuenta los injertos que la nacional, el primitivo sintoísmo, ha sufrido de otras religiones, empezando por la de Confucio, el gran filósofo cuya cuna se enorgullece de ser el Celeste Imperio, que le considera como la figura más grande del género humano, aunque no lo tenga por profeta, sino como lo que fué: un gran reformador religioso y político, creador de un sistema de moral práctica tan elevada y pura, que en muchos puntos se parece a la cristiana. Seis siglos antes de Jesucristo ya había dicho él má-



Varios centenares de las 33.333 imágenes de dioses otorgadores de las más variadas mercedes que pueda apetecer la imaginación, en el templo de Kioto

ximas como esta: «Obrar con nuestros semejantes como quisiéramos que se obrase con nosotros mismos, es lo que se puede llamar la doctrina de la Humanidad: nada hay más allá.» Y antes de que Cristo predicara el presentar la mejilla izquierda a quien hubiera golpeado la derecha, había dicho Confucio: «Imita al sándalo, que perfuma el hacha que le hiere.» Sin embargo, el no creerle dios ni semidiós, ni siquiera profeta, el pueblo chino, no impidió a la leyenda aureolarlo con un origen milagroso: su madre, fecundada por los rayos del Sol, no sabía cómo explicarse su embarazo. Sintiendo que éste tocaba a su término, abandonó su aldea y caminó hasta caer rendida de cansancio, a orillas de un gran lago, donde dió a luz a Confucio, a quien depositó en una corola de flor de loto recién abierta, que se cerró de nuevo, y en cuyo perfumado lecho halló el niño abrigo y sustento abundante hasta que llegó a edad de poder emprender sus predicaciones. Tampoco demostró Confucio conceder gran importancia por las cosas del más allá. Tan poca, que interrogado acerca



Lago y pagoda de Nikko

madre de Buda, con su hijo en brazos. El sacerdote, magníficamente vestido de blanco, hace genuflexiones cada vez que pasa ante el altar, y reza unas oraciones en una lengua que a veces ni él mismo entiende. Tras del altar hay una fuerte caja de caudales para las limosnas. Aunque Buda, como Confucio, no pretendió fundar ninguna religión, sus discípulos y sus sectarios lo edificaron; y, trocado ya en divinidad, le erigieron y consagraron templos y crearon los bonzorios, instituciones muy parecidas a nuestras comunidades religiosas, y una liturgia tan parecida a la católica, que no es extraño que San Francisco Javier, sorprendido y horrorizado por aquel parecido, no pudiera menos de exclamar: «Todo esto no es más que artimañas de Satarás! Se ha traído a este país los ritos de nuestra santa religión!»

No es extraño, pues, que el pueblo japonés tenga supersticiones muy parecidas a algunas creencias nuestras, como ocurre con la que ha motivado este artículo, ni que, en realidad, sobre todo la clase culta antes mencionada, sea, por lo general, descreída. Al japonés culto el cristianismo le parece una doctrina digna de respeto y de estudiar, sobre todo su influencia en el mundo. Hasta la secta de Sin Yodo, monoteísta y combatiente, se acerca mucho al cristianismo: no cree en milagros ni en nada que se salga de los límites científicos; respeta a Cristo como a un hombre bueno, y lee con atención los Evangelios para citarlos en sus sermones.

Los misioneros cristianos han hecho muchos prosélitos; pero no es ése su mayor triunfo; el mayor es el haber infiltrado el cristianismo en el espíritu japonés, hasta el punto de que se nota hace ya mucho tiempo en algunas clases ilustradas creyentes la tendencia a formar una filosofía con los preceptos de Buda, Confucio y Jesucristo. El cristianismo, pues, es el último injerto que recibe el sintoísmo.

Después de leído lo cual por quien lo ignorase, tampoco extrañará que a principios del presente siglo se tratase seriamente en el Consejo Privado de la posibilidad de convertir al Japón oficialmente al cristianismo. El Príncipe Ito, decano de los consejeros y el verdadero gobernante del Japón, era el promotor del asunto, y en su plan entraba el lanzamiento de un edicto adoptando el cristianismo como fe oficial. Eran los tiempos de la evolución y del progreso con que el Cíngalo asombró a poco al mundo. Y este propósito de cristianarlo es un fenómeno que no se estudió bien a su hora, porque abortó por oposición del propio Mikado. Pero su causa no debió estar en la persuasión adquirida de ser el cristianismo la verdadera religión. La fe debió jugar bien insignificante papel en aquello. Probablemente el Príncipe Ito creyó que su proyectada proclamación oficial de fe cristiana ayudase mucho a las ambiciones imperialistas niponas recién despertadas. Y no es menos probable que el Mikado se opusiera a tal proclamación precisamente por creer que para realizarla convenía más dejar al espíritu nipón en el piélagos de sus revueltas creencias religiosas, tan mezcladas, que por eso mismo han vuelto descreído o indiferente al japonés culto.

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE

(Fots. Orríos)



TRES VIÑETAS DEL BAR ARISTOCRÁTICO



PUESTO que usted ha dicho que la vida va limitando nuestros pasos hasta impedirnos conocer la ciudad en donde vivimos, y además ha escrito acerca de los *cocktails* palabras ligeras, venga a tomar uno a este bar, que ya tiene más de dos años de existencia, y que, sin embargo, usted no conoce. Está situado en una calle a la vez quieta y céntrica, de esas de remanso, y que a las horas del aperitivo y del té se llena de gente distinguida. Podrá usted observar algunos tipos. Los hombres crean los lugares; pero después, los lugares influyen en ellos y, como las profesiones, los reforman, los

moldean. Ya existe la fauna de bar. No se ría. La actitud instintiva es reírse de lo desconocido. Mire usted. ¿Le gusta? No se deje engañar por el aspecto de plácido hogar vasco y por la presencia de señoritas y señoritas: es un bar donde se bebe de firme. Ea, voy a pedir dos brebajes, y mientras bebemos bucee usted por debajo del rumor de las conversaciones; quite de los rostros demasiado sonrientes o demasiado serios las máscaras que pueda, y agrádeczame la invitación.

EL BEBEDOR Y EL BORRACHO

Sólo en un par de mesas pueden identificarse bebidas simples. Todas las demás que irradian luces de rubí, de ópalo, de topacio, sobre el mostrador y ante los bustos curvados de los contertulios, son mezclas. Los trocitos de hielo y las pajas con que se beben les dan inofensivo aire de refresco; pero apenas las copitas se vacían, las pupilas se llenan de luces, y un carnúñ real pugna por expulsar el mentido de las mejillas y de las bocas de las mujeres.

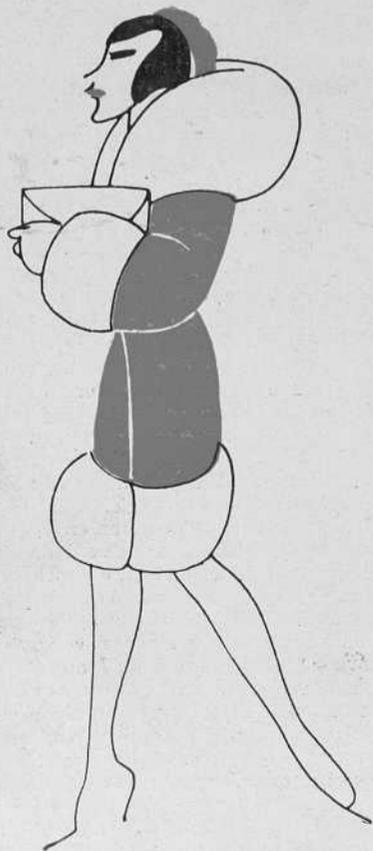
Basta una ojeada para situar el espíritu de cada mesa. He aquí la conversación frívola de todos los días. He aquí las que juegan a parecer más pícaras de lo que son. Allí están los que tratan un negocio y afinan con el líquido explosivo sus exigencias y sus resistencias. Más allá, una mujer flaca, de marchitas ojeras, pesca con la leve cañita una cereza, y con el mirar tiende una red, donde de seguro caerá alguno. Hay niñas y niños *bien*, que turban con su parloteo la voluptuosidad recogida de los bebedores. Hay borrachos de espesa cortesía. Para unos es el *cocktail* zancadilla, y para otros espuela. Las fruslerías saladas multiplican la sed. Enseguida se separan las categorías. Los frutos vivos del tedio, de la necesidad, de la costumbre, toman fisonomías propias. Y bajo la luz discreta, en el ambiente casi doméstico, el bebedor y el borracho ensayan a formar un *cocktail* humano cuyos componentes, a pesar de todas las agitaciones, no logran nunca, al menos para el buen observador, amalgamarse.

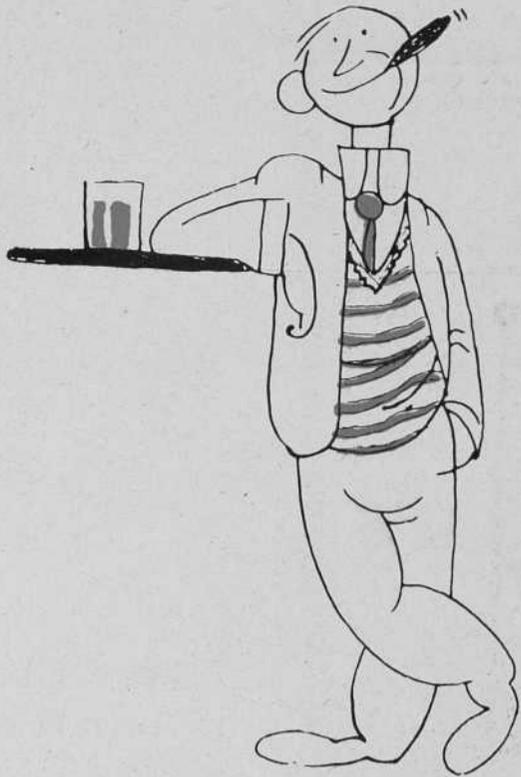
LA INOCENTE

El *barman* y los criados son extranjeros. Algo congestivo, obsequioso y un poco lejano los delata. Pero la nena que cuida del guardarropa y recoge a la entrada los sombreros pregona, con su carita anémica, que no ha salido nunca de la ciudad, y que no hubiera venido aquí sin que la trajese de la mano la madrastra Miseria. Es muy linda, muy modosa. Sonríe con la vista baja

y no lleva sobre el fragante rostro pintura ninguna. Y, sin embargo...

Sin embargo, es lo más impuro del bar. La que atrae más deseos, la que recolecta propinas más pingües. ¿En un pepló de gasa pura una bacante se envolvía? No; sobre la frágil estatua pura los deseos colectivos echan un velo de bacante. Su inocencia en el ambiente





pura. Y entonces las mujeres del bar, las que perdieron la batalla durante un minuto, tendrán su desquite.

DRAMA

Aquella anciana sentada sola en un rincón lleva escrito su oficio en las ropas muy usadas, en los tacones un poco torcidos. Y su intranquilidad se revela en gestos frecuentes, que tienen mucho de sobresalto. ¿Por qué mira el reloj tan a menudo? ¿Por qué alza el visillo para otear la calle? Sin duda espera a alguien, y no es a un galán. No puede ser una cita de amor. Además, si hemos visto en su pobreza resistente su profesión,



artificialmente atrae y turba. Es la fruta en agraz. Los finos conocedores que llevan allí muchachas distinguidas, de esas que han sido maceradas por los bailes de moda, y los que tienen citas con las mundanas de noches subastables la contemplan a hurtadillas como a verdadero oro sexual. Y ella, con su simplicidad de colegiala, recoge abrigos, entrega fichas y tiende su manita, aún no afilada por la manicura, a los exagerados óbolos que por ser joven y elemental le ofrecen cuantos ya necesitan de una excesiva complicación o de una sencillez de retorno, también extrema, para saborear el gusto de la vida.

Ni una vez, al pasar, su cuerpecito elástico toca otro cuerpo; ni una vez sus manos se detienen en otras al entregar las prendas. Vestida con tocas monjiles no tendría mayor aire de novicia. ¡Hay que verla ir y venir cargada de abrigos, de sombreros, de bastones y de deseos! Un secreto combate se libra entre ella y todas las demás mujeres del bar, y hay un instante en que ella es victoriosa.

Con ella lo sería también la moral absoluta si hora a hora, como en el retrato de Poe, los colores de las demás, las ideas alcohólicas de las demás, la calculadora e ígnea sensualidad de las demás no se fueran transfundiéndose a su alma. Esa pureza que por pasear su candor y recoger unos objetos recibe a diario lo que su padre ó su madre, si son trabajadores, no ganarán en un mes, concluirá por adquirir de la virginidad una idea im-

la certidumbre de a quien espera no admite titubeo: se trata de una pobre dama de compañía.

Ya hace rato que la copa de Oporto que le dió ánimos está vacía, y un miedo animal la aprieta la garganta saliéndole al rostro. Ha sido vano resistir. Fué adulada, coaccionada. La alternativa que cada tarde se presenta



a su espíritu es la de dejar marchar a la muchacha confiada a su custodia o perder el puesto. La muchacha sabe ser dominante y mimosa. A sus temores opone una risita breve y la afirmación de que «ella sabe mucho y no la engaña nadie». Pero... Hoy tarda más que nunca. Hace ya media hora que debían estar de regreso en la casa. ¿Qué dirán al volver? ¿Cómo resistirá ella, a sus años, las miradas de los padres cuando le pregunten? ¡Ah, no debió consentir! ¡No! Mejor la miseria a esta responsabilidad, a este martirio. Bien sabe que si ella se despidió, la muchacha tendrá otra carabina, necesitada como ella, débil como ella, para plegarse a sus órdenes. No importa. Preferible todo a esto. Un día puede ocurrir lo inapelable, y todos le dirán con razón... ¡Ah, no! ¡No! Cuando venga la loca esa va a oír, va a oír por primera vez.

Pero la loca llega de pronto, con prisa, y no admite reconveniones. Tira sobre la mesa el dinero y le impide esperar la vuelta. Es rubia, nerviosa, con boca de ventosa y dedos duros de empuñar la raqueta. Se explica que bajo el tirón de cinco de esos dedos que arrastran a la pobre vieja hacia la salida, el brazo sarmentoso se contraiga, y que al choque de las palabras despóticas dichas por los labios de presa, la boca razonable y miserable no logre oponer ni una palabra sola.

A. HERNANDEZ-CATA

(Dibujos de Rivero Gil)



Una entrevista con un personaje militar de la República de China



Un aspecto del puerto de Cantón (China), uno de los más importantes de la gran República, invadido por los millares de típicas embarcaciones al regreso de la pesca

El teniente general chino Moo-Song Whang visita España, y se va encantado de nuestro Ejército y de las españolas

LEGACIÓN de China. Es tarde. Abre la puerta un hombre pequeño. No han llegado. Han asistido a la disertación de la señorita Marcela de San Juan, que en la Biblioteca habló sobre Arte chino. Díaz Casariego me pregunta en voz baja:

—¿Será chino también éste?

Y yo, que le conozco, respondo:

—No. Es de Burgos y se llama Agapito.

Estamos en un recibimiento donde grandes espejos con molduras anchas y caladas de oro, reflejan muebles chinos y cuadros de China, entre los que se destacan algunas estatuas occidentales.

Díaz Casariego, que es un hombre curioso, quiere absolutamente saber cosas de Agapito. Hablamos:

—Salí del servicio—nos cuenta Agapito—, y como hay que ganarse la vida, pues busqué trabajo, y vine a parar aquí, a la Legación de China.

—¿Hace mucho de eso?—le pregunto.

—No, señor...—contesta Agapito con la mayor naturalidad—, solamente cuarenta años.

Díaz Casariego abre más sus ojos redondos y me mira con expresión vacilante, porque no está seguro de si Agapito habla en serio o se divierte funambuleando con el vocablo. Pero yo, que conozco a Agapito, exclamo:

—Agapito pasa de un ministro a otro con el inventario de la Legación.

—¡Ah!... ¿Le recomiendan á usted los ministros al marcharse?—pregunta con curiosidad el popular fotógrafo.

Y Agapito exclama muy convencido:

—No, señor, no me recomienda nadie; pero debo ser del agrado de los señores ministros cuando estoy todavía aquí. Y eso que una vez, como yo soy cocinero también y he aprendido la cocina china, y hasta he preparado un banquete para veinte cubiertos al estilo chino, pues me quise marchar con un ministro que me quería llevar a Oslo con él, y entonces el otro ministro de aquí, de Madrid, le telegrafió al de París y se cruzaron varios telegramas entre ellos. En fin...

Díaz Casariego le interrumpió para preguntarle:

—Dígame, Agapito, ¿por poco hay un conflicto diplomático por su causa, verdad?

Agapito movió la cabeza. Y antes de que pudiera reponerse del efecto de las palabras del fotógrafo, Díaz Casariego volvió a preguntarle:

—Y ahora que estamos solos, ¿puede usted decirme, ya que usted sabe condimentar los platos de la cocina china, cómo se preparan los perritos asados?

Agapito miró al fotógrafo con desconfianza, y muy serio exclamó:

—No, no, señor... Eso no es verdad. Los chinos comen a base de verdura y pescados salados en conserva y carnes en conserva... ¡Si lo sabré yo que me estoy pasando aquí mi juventud!

—¿Cuántos años tiene usted, Agapito?—le pregunté.

—Sesenta nada más, señor—me respondió el buen burgalés muy tranquilamente.

La puerta se abre. Entran tres personas. Nos saludamos. El señor Lingoh Wang, encargado de Negocios de China en España, me presenta al teniente general del Ejército chino Moo-Song Whang, que visita Madrid en el viaje que está realizando por Europa. A las órdenes del teniente general ha estado el teniente coronel diplomado de Estado Mayor don Antonio de la Escosura, a quien saludo, y que me cuenta las visitas que el general Whang ha hecho durante estos días en los ambientes militares.



Pasamos a un salón decorado a la europea. Un sa-



Desaparecerá la costumbre de encerrar los pies de las mujeres en cajitas que impiden su desarrollo

lón como todos esos salones de las Embajadas y Legaciones, que conservan la uniformidad de un aspecto severo, sobrio e indeciso. Nos sentamos. Hablamos, en inglés, de varias cosas. El teniente coronel De la Escosura amablemente me explica el interés que el general Whang ha demostrado al visitar Toledo, y a mis preguntas, aquel hombre que ha sido uno de los caudillos más arriesgados del Ejército chino, que dió la victoria al Gobierno actual de Nankín, me dijo:

—El Gobierno actual en China es un Gobierno nacionalista, que cuenta con el apoyo de la mayor parte del país.

—¿Cómo está constituido?—pregunto.

Y el general Whang me responde:

—El Gobierno completo se llama *Kuomintang*, y comprende cinco *Yuans*: el *Yuan* ejecutivo, el *Yuan* legislativo, el *Yuan* judicial, el *Yuan* de examen y el *Yuan* de censura. Esos cinco *Yuans* representan los ministerios siguientes: Interior, Relaciones exteriores, Hacienda, Tráfico, Ferrocarriles, Administración del Ejército, Justicia, Higiene, Instrucción, Agricultura y Minas e Industria y Comercio.

—¿Hay Parlamento?

—Todavía no. Pero lo habrá.

—¿Elecciones?

—Ahora no. Pero las habrá.

—¿Constitución?

—Aún no. Pero la habrá.

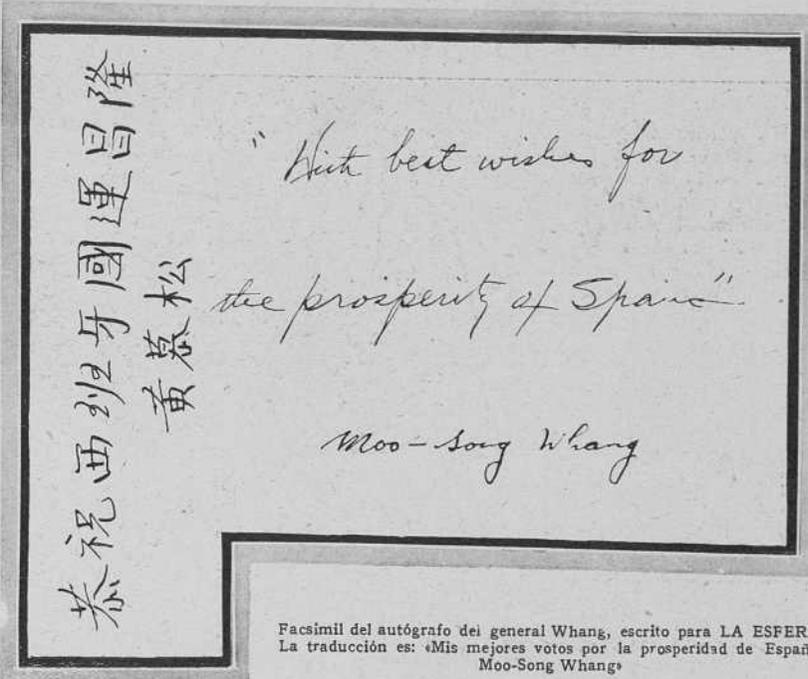
—¿Entonces hay Dictadura?

El general Whang me responde muy convencido:

—No. Porque la Dictadura quiere decir el Poder concentrado en una determinada persona, sin control. Nuestro Gobierno nacionalista es un Gobierno del pueblo. Cada ciudadano tiene derecho a exponer sus ideas y criticar los actos del Gobierno, y cada observación es tomada en cuenta y estudiada detenidamente por el *Yuan* a que corresponde. La evolución lenta, pero segura, hacia un Gobierno republicano moderno es la confirmación de la no existencia de la Dictadura.

—¿Y de los disturbios que a diario, según los telegramas, ocurren en China?

—No tienen importancia. En China hay cerca de ochocientos millones de habitantes. China es la nación más grande del mundo. Solamente en el Norte, en la Mandchuria, hay verdaderos disturbios de origen comunista. ¿Qué puede representar la minoría de un par



Facsimil del autógrafo del general Whang, escrito para LA ESFERA. La traducción es: «Mis mejores votos por la prosperidad de España. Moo-Song Whang»

de millones de rebeldes contra la masa enorme del país que está al lado del Gobierno?

—¿Entonces usted cree?...
—Que antes de tres meses terminarán los disturbios en China. El Gobierno tiene poder bastante para sofocar todos los movimientos, aunque la propaganda comunista eche leña al fuego entre las masas ignorantes, y sobre todo entre las multitudes que en determinadas regiones de aquel país tan grande sientan necesidad, porque muchas veces es más fácil la lucha de los hombres contra los hombres, que la lucha de los hombres con la vida.

Una pausa. Cambio de conversación, y le pregunto: —Y su viaje a Europa, ¿a qué obedece?

—Quiero estudiar de cerca la constitución de los ejércitos europeos. He estado en Alemania, en Suiza. He asistido en Ginebra, representando a mi país, á la Conferencia del Desarme. Ahora, desde España, iré á Portugal, para embarcarme con rumbo a Londres.

Callamos. El general Whang volvió a insistir:

—Ya verá usted cómo antes de tres meses hay un orden perfecto en China. El Gobierno es muy fuerte, y todas esas bandas de malhechores que mantienen viva la inquietud en aquel gran territorio están cayendo en poder de las fuerzas gubernamentales, y el pueblo quiere tranquilidad para desarrollarse.

Cambiando el tono de la voz, pregunté al general:

—¿Qué hay de capitulaciones?

—Por ahora, los cónsules continúan juzgando a sus súbditos; pero muy pronto también cesará ese sistema que menoscaba la soberanía china.

—¿Y entonces?
—Los extranjeros, al delinquir, serán juzgados como los súbditos chinos.

—Pero, ¿y el Código Penal chino? ¿Y las penas de muerte atroces? ¿Y los tormentos?

—El nuevo Código Penal chino ha de ser reformado a la manera general de los Códigos vigentes en todas las naciones occidentales.

—¿Entonces las penas?
—Ya se ha construido una Cárcel Modelo con arreglo a los planes más modernos.

—¿Y respecto de religión?

—El pueblo chino es budista en general.
—¿Y Confucio?
—Kung-Fu-Tseu fué el más célebre filósofo de China, que fundó una religión de ideal muy elevado, basada en el culto de los padres, y escribió unos libros que todo chino conoce, llenos de sabia Filosofía, y que comprenden los principios de Moral y Bondad. Tradición y concepto de familia que todo chino debe saber y practicar.

—¿Entonces?...
—Que habrá una libertad de conciencia general. Todas las religiones serán permitidas y respetadas, sin violencia alguna, en favor de determinada religión.
Yo entonces le pregunté:
—Dígame, general: Kemal Pachá, en Turquía, ha cambiado las costumbres; ha desgarado los velos que ocultaban los bellos rostros de las turcas; ha suprimido el fez; ha implantado el frac, el smoking, la melenita y las faldas cortas... ¿Cambiará también China sus costumbres?

El general Whang me contestó:

—Cambiarán las costumbres, suprimiendo de ellas lo perjudicial. Por ejemplo, la costumbre de encerrar los pies de las mujeres en cajitas que impiden su desarrollo. Pero a un país de tantos millones de habitantes, cuya civilización milenaria se pierde en el recuerdo de los historiadores, no es posible bruscamente imponerle otras costumbres tan contrariamente opuestas a la tradición de tantas generaciones.

—¿Qué hay del odio secular de los chinos hacia los

blancos, a quienes denominan *los diablos blancos de Occidente*?—pregunté con gran aplomo.

Sonrió el general, y me dijo:
—Ese odio secular... no ha existido nunca. Pero si a una persona, otra, con medios violentos, en forma de superioridad, la trata mal, ¿cómo puede quererla?

—¿...?
—A China le sucedió siempre así. Las grandes potencias trataron a China con carácter de dominadoras. A los chinos se les consideró por los extranjeros blancos como seres inferiores. No se les respetó ni familia, ni religión, ni hogar, ni propiedad... Y eso, a través de los años, cristalizó. Pero, ¿odio secular de raza?... No, no, señor.

Hizo el general una pausa, y continuó diciéndome:

—China está dispuesta á celebrar Tratados de paz, amistad y comercio con las naciones que así lo deseen y la respeten, considerándola como un país moderno, con todas las cualidades de otro país de raza blanca.

—¿...?
—Pero no se dejará subyugar por potencias extranjeras, por fuertes que sean. Defenderá su soberanía por todos los medios a su alcance. Respetará y cumplirá los compromisos internacionales que contraiga...

Y después de una pausa corta, el general terminó:

—China aspira a ser un país más en el concierto mundial, sin prejuicios de raza que limiten su independencia.

Yo entonces le pregunté:
—¿Es fuerte el ejército chino?

Con su sonrisa peculiar, el general Whang me contestó:

—Sí, señor. Ante todo, es muy numeroso; puede decirse que es quizá el ejército más numeroso del mundo, porque pertenece también a la nación más numerosa de la tierra. Y está organizándose con todos los adelantos de la técnica militar moderna. Por eso he venido yo a Europa a estudiar los ejércitos occidentales. Sus tácticas, sus armamentos, sus estrategias y sus adelantos.

—¿...?
—Como queremos la paz, debemos estar preparados para la guerra.

El teniente coronel De la Escosura añadió:

—El general Whang lamenta mucho no tener mas tiempo para vivir en España. Va encantado de nuestro país, de nuestro carácter. Dice que los españoles le gustan mucho.

Y yo, sonriendo, exclamé:
—Y supongo que también las españolas.

El general Whang sonrió feliz, y me dijo algo en chino que, claro, no comprendí; pero adiviné su significado.

Y es que cuando se habla un idioma extranjero quiebra el equilibrio de nuestra voluntad la subconsciencia.

Por eso, hablando en otro idioma, si no es el propio, surge espontáneamente la lengua materna, idioma, cuando se reza, se cuenta, se maldice y se ama.



El general chino Moo-Song Whang, con el teniente coronel de la Escosura, durante su estancia en Madrid (Fot. Díaz Casariego)

La calle. La noche. Al subir a un automóvil, una sombra femenina se desliza junto a nosotros, murmurando algo incomprensible, y pasa.

Díaz Casariego me pregunta malicioso:

—¿Qué ha sido?
—Nada —le respondo—. Como estamos ambientados de China, le diré que me ha parecido ver a *el doble dragón*...

ADELARDO

FERNANDEZ ARIAS



FIGURAS FEMENINAS
DE LA PANTALLA MUNDIAL

Jeannete Mac Donald

Jeannete Mac Donald es, en el cuadro de las actrices cinematográficas, de las que no necesitan presentación. Su nombre solo es ya su cédula. Su mejor elogio. Jeannete Mac Donald, fina, inteligente, expresiva, bellísima, es una de nuestras grandes figuras del «film». Ved aquí su rostro armonioso y perfecto, su pelo de oro, luminoso aun en la fotografía... Ese rostro que en la pantalla—tela blanca de países muy distintos—ha encendido admiraciones múltiples y fervorosas...



estampas
cubanas

el yanqui de jiguani

por Alfonso Camín

El yanqui de Jiguani,
ancho sombrero tejano
y justa de «manatí»,
sobre su potro alazano
y a la cintura el «Smith»,
sale hacia el confín lejano:
nariz roja, pelo cano
y olor fuerte a «Bacardí».

Un negro como un totí
cruza el llano:
el sombrero a lo «mambi»,
hecho de yarey cubano;
machete de ancho tahalí
y un gallo fino en la mano.
Muerde el negro una guayaba.
Para en seco su alazano

el yanqui de Jiguani:
—¿Qué lleva el negro en la jaba?
—Boniato, azúcar y aji.
—Pues no es camino el potrero.
—Verd' usted: es que se casa
la hija de Juan Romero...

—Blanquita, pero con pasa.
Pues no quiero
en mi potrero

ver más totí con yaguasa.
Parece que está de guasa
el yanqui de ojos de acero.
—¿Y qué más, caraball?

—Que no se gana dinero
con estos negros de Haití...
—Mucho Maceo,
poco Martí.

—El Señor nos hizo así.
El yanqui le habla en villano.
—También hizo así al marrano.

Tú ser un perro huevero,
pariente de «Pitillí».
Quiebra el potro maromero
y,

con el fino «manatí»,
le tira al negro el sombrero.
El negro caraball

muestra fiero
sus dientes de iabali.
¡El, que fué un gran mache'ero
en Peralajo y Rubí,
clavado está en el sendero,
como si fuera un jiquí!

—¡Ay!, señor, no ser madero
para tanto berbiquí.

Y el negro coge el sombrero.
El yanqui de Jiguani,
montes de fina maderá
y acciones en Daiquirí,
crucevos en Caimanera
y azúcar en Manatí,
que juzga suyo el lejano
confín que llega a Maisí,
vuelve a picar su alazano.

Caracolea en el llano
su potro y luce la «Smith».
Vuela rauda una guinea.
El potro caracolea
y el yanqui la tiende allí.

Parpadea
el negro caraball.
—Tú no tener de esto idea.
Mucho Maceo,
poco Martí.

No dice el negro que sí.
¡Pero ai-ado cacarea
en la jaba el gallo fino!

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

¡Borracho de «Bacardí»,
el yanqui sigue el camino
y el negro halaga el tahalí!

El excelentísimo señor, cruzado el pecho por dos bandas, la nítida pechera destacando del severo frac *made in London*, plegadas las manos sobre el magnífico abdomen, dormía... mientras el ministro iba destilando su discurso, gravemente.

Dormía, como tantas veces durmiera en la Academia, en las sesiones del Consejo del Banco, en su sillón del Senado, allá por los años venturosos del viejo régimen. Cuando consiguió la senaduría vitalicia, un conocedor de su espíritu práctico extrañó que hubiera intrigado hasta lograrla. El di-

jo: «Siempre me pareció el Senado un buen sitio para dormir.» Desde entonces, cada día, después del almuerzo, exclamaba: «Me voy a mi sillón a echar una siesta.» La elocuencia acunaba su espíritu; le mecía, haciéndole cerrar los ojos. Y entre los oradores tenía sus preferencias; decía: «Fuláñez es un estupefaciente capaz de dormirme, aunque rabie de las muelas; pero Mengáñez me arrulla tan bien!... Perengáñez es el gran hacendista, me canta la *nana* como una nodriza...»

A los propios oradores decía bromeando, con el campechano cinismo a que le daba derecho su caudal formidable: ochenta millones de duros. Y al excelentísimo señor, académico y ex ministro y gran cruz, y presidente de diez Sociedades financieras, y etcétera, etc., etc., le gustaba ser grosero, porque era... el *Burro de oro*, como le llamaban en el mundo de la Banca.

Su brutalidad triunfó siempre; para dar pátina a su oro, demasiado joven, solicitó a una dama linajuda. Había el inconveniente de que la sangre de la damita era azul como el azulete, y la suya roja como el vino. «Bueno—dijo—, me dará un tinte.» Compró un título de conde en buen uso; en el escudo mandó poner un becerro dorado y a sus pies una mitra, una espada y un corazón con los ojos de mujer...

Decía: «No hay nada serio en la vida, más que el dinero; lo demás, puro juego!» Y también: «¡Hay que pegar duro! Hay que ser Uzcudun; pero un Uzcudun del espíritu. ¡Boxear!»

Y así, boxeando, el hombre fué minero a los quince años; a los sesenta, era el primer capitalista español.

Como un gran pulpo, sus tentáculos abarcaban la sociedad; y la sociedad se le rendía, como mujer deslumbrada por el oro. Cuando unas galerías de sus minas se hundieron, sepultando a más de cien obreros, un periódico nuevo, romántico, inició una campaña contra «el coloso vampiro».

Se presentó al director: un mosquetero.

—¿Qué vale esto?

—¿Qué?

—El periódico y tú; todo.

—¡Ah, yo soy pobre, señor, pero soy honrado!

—Puedes dejar de ser pobre y honrado, hijo.

¡Vamos! ¿Qué vale tu honradez?

—¡Señor!

—¿Cincuenta mil duros?... (Siempre contaba por duros.) ¿Tú sabes lo que son duros?... ¡Mira!

Se quedó con el diario. El mozo mosquetero hubo de huir, pero el capitalista recompensó su honradez nombrándole director de sus explotaciones del Muni. Allá, el periodista, echó un talento de colonizador enorme; les daba a los indígenas civilización, es decir, aguardiente, erotismo y pólvora, y les sacaba lo que buenamente podía: trabajo y trabajo, y alguna vez los hígados; pero los hígados sólo por una vez, a ninguno se los sacó dos veces.

diante por delante cuento por

R. Martí Orberá



La explotación triplicó su valor gracias al «honrado subalterno», su amo le llamaba así, sin ironía; para él se era honrado hasta... tanto; una honradez de cien mil duros, ya es algo muy respetable...

Tal era el hombre que, dispensándose de toda corrección, dormía tranquilamente, mientras el señor ministro hablaba con gravedad solemne...

En descargo del durmiente, diré que estaba metido a la larga en una caja de caoba, acolchada de raso.

Porque mi excelentísimo habíase dormido en el sueño eterno, y precisamente, aquel discurso era la apología necrológica de sus gestos: el señor ministro, inflamado en noble ardor, que unido al ardor solar perlabo de rocío la calva gubernamental, perora ante el silencioso concurso, que a pie enjuto y las cabezas descubiertas, aguanta heroicamente la oración fúnebre y los rayos del astro rey, triunfador en el cielo de primavera.

Pasó una mariposita azul: un momento aleteó sobre la nariz del orador, que tomaba por una amapola... En las pausas oíase cantar los pajaritos, oíase un golpe de azadón...

El ministro ponía por modelo al luchador caído. Siempre, en estos casos, el oyente ingenuo piensa: «Yo debería imitar al muerto», pero el oyente humorista piensa que, quizás, como se hace *aquel* discurso, pudiera hacerse el contrario; donde se dice voluntad, debe entenderse soberbia, y al oír «laboriosidad, patriotismo, honradez», va traduciéndose «avaricia, cuquería, tartufismo». Estos discursos *in memoriam* pueden volverse del revés: «He aquí una voluntad que forjó su propia grandeza a golpes de mazo! ¡Desde el arroyo se levantó a las más altas cimas! ¡Su puño llamó tan fuerte, que se abrió las puertas del destino!...»

«¡La puerta del destino!... La ironía es patrimonio de pobres diablitos escritores; esta ave no suele anidar en las graves testas gobernantes; de otro modo el ministro hubiese visto que las puertas del destino eran éstas de la cripta del panteón de nuevo millonario, en uno de cuyos muros había un huequico que vendría holgado al excelentísimo señor...»

Ello debía saberlo aquella lagartija que levantaba el hociquillo burlón, mirando con sus ojitos oblicuos al orador, mientras él, en su manía didáctica—todo gobernate «buena persona» es un poco maestro de escuela—sacaba de la historia del finado la moraleja que más convenía a su política. (Un político no pierde la ocasión de hacerse el reclamo.)

—Este hombre—decía en vida mi excelentísimo—es capaz de desvelar a un muerto.

¡Vaya, como que lo desveló a él, sí, señor!

Despertó, y oyó como un mosconejo lejano... «Me he dormido—pensó—, estoy en el teatro.» Porque el *Becerro de Oro*, que profesaba la fór-

mula «A Dios lo que es de Dios», etcétera, etc., asistía todas las noches de abono a su palco; dormía dulcemente, y al final de la comedia su secretario le tiraba de la manga. El despertaba y decía: «¿Ya se han casado esos tontos? Vamos.»

(En su madurez protegió el arte en forma más directa, en forma de segundas tipes, de muy buenas formas; después de los cincuenta lo protegía así, durmiéndose dignamente; pero cuando la fuerza del aplauso le despertaba, él, como hombre de orden, de las derechas, aplaudía también.)

Ahora, oyendo

el rumor de la gente, creyó que el público salía del teatro, y era cierto, el público salía de su comedia, y como en ésta igual que en las otras suele ocurrir—todo fueron virtudes, ideales y bellas mentiras—, terminada la farsa, dejábase oír la verdad, la cínica verdad en las murmuraciones de los amigos.

Fué a incorporarse para desfilar también, y el excelentísimo señor se dió un cescorrón. ¡Caramba! Abrió los ojos... ¡Cómo era esto! ¡No veía!... ¿Soñaba, pues? ¡Sí, debía dormir aún!...

De pronto, a despecho de su modorra, entróse muy bien de que le levantaban; lo dejaron sobre algún sitio, pero de un modo tan extraño, tan estúpido como si el excelentísimo fuese un mueble. ¡Eso es!... Sintió un golpe en todo su cuerpo, luego empujaron *aquello* arrastrándolo... ¡Qué era *aquello*, en que estaba empotrado, donde se sentía su ser como debe sentirse el caracol en su concha!...

Dijo: «¡Vamos qué pasa!», y oyó perfectamente su voz, y oyó *fuera* otras voces, pero no eran voces discretas de criados, hechas a la penumbra de los salones, a la penumbra de la obediencia; eran voces fuertes, como de pechos que viven a plena luz y hablan porque quieren; voces como las de sus obreros, que nunca oyó, pero esta vez las escuchaba, poniendo en los oídos el alma. ¡Y ahora que quería oír a los obreros, no los entendía!

Oyó ruido de ladrillos... Y súbitamente, con aquel golpe de intuición práctica que fué su fuerza, que le hacía abarcar la realidad, comprendió. «¡Me he muerto y están enterrándome!»

El primer grito del instinto fué decir: «¡No quiero estar muerto!», pero enseguida dióse cuenta de que su protesta era imbécil; si había muerto, debía aguantarse. Y pensó, tristemente: «¡Ochenta millones de duros no impiden que uno estire la pata, como un asno.» Por vez primera se dijo que el dinero tampoco era una cosa seria...

Un zumbidito, como reír burlón, le hizo escuchar estirando el pescuezo... Sí, alguien se reía allí mismo; notó en su nariz un cosquilleo... Pensó: «¡Qué asco!» «¡Mis gusanos!» ¡Y otra vez se dijo melancólico: «¡Con ochenta millones de duros! ¡No hay clases!...»

Pero *aquello* no era gusano, porque al levantar él la diestra, huyó, con un zumbido burlón.

¡Ah, el duende era una mosca! Una mosca que habían enterrado con él; estaría la próxima dándose un festín a costa suya, ni más ni menos que él se los dió a costa del mundo, y, al tapar la caja, se quedó dentro. Agitó las manos, espantándose las moscas como en vida, y pensó: «¡Luego no estoy muerto! La muerte es no sentir nada, y yo siento... ¿Dónde estás, mosquita? Hazme compañía, mujer...» Movía pies y manos, y la mosquita volaba, y el excelentísimo, oyendo su zumbido, se enternecía hasta saltarle una lágrima.

¡Estimaba más a esta buena amiga que le había seguido al sepelio que... ¡que a ninguno de aquellos que vinieron comentando chismes detrás del coche fúnebre, y ahora apresurábanse a huir, porque ya eran las dos y sentían hambre. «Id, lobos, id a llenar la tripa», y gritaba: «¡Egoístas, farsantes!»

Ahora caía en la cuenta de que antes ya despertó, pero volvió a dormirse la voz traidora del ministro, que sonaba como el bordón del viento. Su instinto le gritó: «¡Imbécil, calla! ¡No digas más mentiras! ¡Di que me abran!»

Pero no le abrieron: le enterraban vivo. Sus asesinos habían hecho bien las cosas; lo tenían dentro de un macizo ataúd, con guarniciones de plata, fuerte como caja de caudales, y un momento pensó si lo habrían enterrado en una de sus cajas del Banco, irrompibles, eternas como la muerte.

Daba voces y patadas, gritando: «¡Abrid!» pero nadie respondía más que la mosquita, volando alocada. Ya no hablaban fuera.

Pensó: «¡Moriré aquí, imbécilmente, si no me oyen!» Y con un llamamiento a todas sus energías dió golpes con manos y pies. «¡Abridme, canallas!» Respondió el silencio. «¡Abridme!»

¡Era absurdo! Disponía de miles de obreros; un ejército de hombres fuertes, porque su voluntad lo mandó, abría a esta misma hora las entrañas de la tierra en sus minas, y no había unas manos que abriesen *aquello* para darle aire, luz, lo que tiene un mendigo, un perro!...

«¡Abridme, por piedad, hijos!» Pensó: «Acaso tengo que pedir perdón», y sin saber a quién, pero seguro de que alguien había de perdonarlo, comenzó a suplicar: «¡Perdón, perdón!»

Pero nadie respondía. Estaba concienzudamente enterrado; condenado a morir así. Entonces, el excelentísimo señor lloró como una criatura. Ya sin odio. Oyó el rumorcito, la mosquita buena. Aquel rumor era la vida y le daba sensación de compañía.

«Moriré por falta de aire», se dijo; y pensó que la mosquita respiraba con él, robándole oxígeno; un momento quiso matarla; fué un egoísmo último; arrepintióse diciendo: «Perdona, hermana mosca; no te haré ningún daño.» Y pensó en aquellos obreros suyos que tiempo atrás murieron sepultados, y en los cientos de hombres que se envenenaban lentamente en sus minas, y en los miles de desdichados salvajes, bestias esclavas allá en su feudo colonial... ¡Tuvo en su mano la felicidad de muchos seres, pudo hacer el bien y no hizo más que dinero, dinero!...

Recordaba, veía un grupo lamentable de hembras miserables; era como un borron negro y en aquel borron la cara amarilla y blanducha, de gusano, de un pequeñito, que una de ellas traía colgando del largo pecho. Pedían más jornal para los maridos; tenían muchos hijos: una cinco, otra seis, ésta de la criatura fofa, ocho. El la dijo: «¡Por qué retozáis tanto!» «¡Yo no tengo ninguno!» Las mujeres rieron con esa risa adulatoria del miserable que sonríe al mismo que odia, porque no tiene derecho a odiar en voz alta. La del pecho de cabra se hizo roja, bajando los ojos. El dió un golpecito con dos dedos en la mejilla del pequeñito y le puso en la mano un billete de cien pesetas; el niño se lo llevó a la boca.

«¡No, hijo, caca!» exclamó su madre, apartándole la manecita.

El pensaba fríamente: «Para qué esta infeliz querrá que viva *eso*. ¡Si ha de sufrir,

mujer, y luego se te morirá.» La criatura lloraba con leve rumor de carcoma seguido...

«Este rumor era la mosquita? No, la mosca callaba, pero él oía la vocecita sollozante y veía la cara amarilla que le miraba fijamente, con esos ojos que tienen los niños cuando sufren.

El, sin orgullo alguno, dijo:

«¡Hola, amiguito!»

«¡Hola, excelentísimo señor!»

«¿Te acuerdas de mí?»

«Me acuerdo muy bien. Tú eres el que no

—Mira, me hablas como nadie me habló nunca... Sin embargo, no me enfado. Te agradezco que me hagas compañía; insúltame, pero no te vayas.

—No me iré, mientras vivas.

—¿Estoy vivo?»

—Aún. Te vas muriendo poco a poco.

—¡Sufriendo!»

—Soy yo quien te hace sufrir más.

—¿Tú! ¿Quién eres?»

—Tu alma.

—¡Tan pequeñita!»

—Es que acabo de nacer.

—¡Ahora!»

—Hay quien no halla su alma hasta la hora de la muerte.

—¡Y he de morir así!»

—Así.

—¡Enterrado! ¡Sintiendo morir!»

—Diente por diente. Es el castigo.

—¡Ay!... Almita, si pudieras al menos sacarme las botas... ¡Se me han hinchado los pies y me atormentan horriblemente! *(El alma calla)* ¡Pero qué se remedia con mi dolor! ¡Para qué sufrir!»

—¡Hay preguntas que son blasfemias!»

—¿Por qué?»

—A ti no te toca preguntar, sino responder.

—¡Si al menos supiera cuál fué mi maldad!»

—¡Tu corazón seco y artero!»

—Es que... No lo digo para excusarme. Es que yo pensé siempre que favorecer al pobre, era hacer pobres: la caridad alarga la vida al miserable, y así se perpetúa la miseria...

—Así habla tu egoísmo hipócrita.

—Mi razón. Dar li-

mosna me parecía una sensiblería cruel o una bobada.

—Los bobos que dan sin pensar ni preguntarse «por qué» son los más sabios.

—No entiendo.

—No.

—¡Ayúdame a pedir socorro, almita!»

—No han de oírte.

—¡Es horrible!»

—¡Diente por diente!... Fuiste un espíritu sordo. Nunca oíste el dolor. Así, ahora, has de clamar y llorar y retorcerte en las tinieblas, mientras los hombres, allá arriba, hablan todavía de tu poder, que temen aún después de haberte enterrado. Hoy en los Bancos de todo el mundo se cotiza tu muerte.

—Caca... ¡Si pudiese siquiera sacarme las botas, pero no me alcanzan las manos! ¡No puedo levantarme una cuarta del suelo!»

—¡Pesan sobre ti ochenta millones de duros!»

—¡Qué montón de basura, Dios mío!»

Respiró con hondo sollozo, como si sintiera gravitar sobre su pecho la montaña de oro; toda su vida trabajó, como esclavo, encorvada la espalda, acarreado metal, sin alzar una vez la vista al cielo; así se sentía tan fatigado... «¡Ah Dios mío!»

El alma callaba.

—Oye, almita, parece que te veo menos amarilla; estás más clara...

—Es que tú estás llorando; empiezas a resignarte y te dueles de tus iniquidades, excelentísimo.

—¡Perdón, Señor, yo sólo fui un malvado! Y el pobre hombre se estiró dentro de su frac, hizo una mueca nada correcta, echando por la boca una espuma, no precisamente de champán, que le manchó la banda, y se murió definitivamente.

Después...

(Dibujos de Benet)



quisiste subir dos reales cuando la huelga.

—Comprendo, hijo, los dos reales para ti eran eso, cincuenta céntimos, nada. Para mí eran muchos miles de duros...

—Caca, señor.

—¡Sí, es verdad! Ahora lo comprendo. Verdaderamente uno es tonto hasta que se muere. Se porta como un idiota... Te aseguro que yo, por mí, hubiera hecho algo; pero los compañeros de consejo se opusieron. Dice que no se podría repartir el ocho por ciento de dividendo... Dice que era el triunfo de los huelguistas, después de perdida la huelga... Que ese aumento de jornal era para el tabernero, para el vicio..., que si el obrero no jugase, ni fuera al cine le sobraría. Así, con sofismas, narcotizáis la conciencia, os envenenáis, es verdad... Te juro que si volviera al mundo sería de otro modo.

—Serías lo mismo, excelentísimo señor. Un canalla.



UN EPISODIO COMPLETO DE LA VIDA DE ANICETO

HISTORIETA INFANTIL
TEXTO Y DIBUJOS DE ECHEA

3ª PARTE EPISODIO 15



UNA vez instalado Aniceto en su nueva residencia, el Palacio de Verano, que tan gentilmente había puesto a su disposición el Soberano de los zapilongos, se dispuso a hacer una breve inspección del menaje y de las condiciones higiénicas de la vivienda. El edificio, si así podía llamarse, estaba levantado sobre cuatro estacas y se componía de una sola habitación, cuya techumbre estaba cubierta de bálago. La planta baja era el espacio libre comprendido entre las cuatro estacas, y se utilizaba en las horas diurnas, cuando la sombra protectora de la casa le defendía de los abrasadores rayos del sol. Por la noche, la planta superior ofrecía más garantías de seguridad retirando la escalera de mano que durante el día le servía de acceso. Las puertas, ventanas, cortinas, etc. eran de uso desconocido en aquellos parajes; de manera que la libre circulación de toda clase de insectos alados y mofiferos estaba suficientemente garantizada. El lecho lo formaban varios haces de hojarascas, y algunos cazuelos de madera completaban el mobiliaje de aquel recinto. Aniceto, después de contemplar someramente su nueva instalación, pensó inmediatamente de qué modo podría abandonarla lo más pronto posible.

La empresa no era nada fácil, con sólo reparar por el momento en el chambelán que se le



mante Batikolo. Huelga el decir que en cuanto sospechó la clase de ceremonia que se iba a verificar, el bravo de *Chuleta* se agregó resueltamente en calidad de convidado espontáneo. El festín fué verdaderamente regio. Aniceto hizo constar que era vegetariano, desdiciendo toda clase de carne; pero, en el fondo, temeroso de poder devorar los restos de algún explorador o de cualquier abnegado prisionero. La fiesta transcurrió en una forma por demás cordial, y Aniceto agasajado de modo encantador por la princesa Caralampiolé. Pero el que sacó una impresión deslumbradora de la fiesta y el estómago repleto hasta la hartura fué *Chuleta*, cuyas mandíbulas, fatigadas en extremo, le hacían tener la boca abierta. En su vida había visto tantos huesos juntos. Después, y como digno remate de aquel festival inusitado, hubo música y danzas. Una renombrada tropa de bailarines ejecutó lo más selecto del repertorio nacional, que fué acogido con los más calurosos aplausos. Aniceto, sin embargo, no se encontraba tranquilo; los acerados ojos del gran sacerdote no se apartaban de él. Sentía en aquella mirada un odio reconcentrado, precursor de alguna secreta venganza. Y Aniceto se prometió ser cauto en lo sucesivo. Terminado el festín y entrada la noche, Aniceto se retiró a su albergue; pero en vez de quedarse allí dispuso las cosas de otra manera.

Acomodó a *Chuleta*, que, ahito, sentía grandes deseos de dormir, en su lecho;

había puesto a sus órdenes y que esgrimía con gran desenvoltura un descomunal machete, que seguramente, a juicio de Aniceto, estaba envenenado. Aunque consiguiese burlar la vigilancia de este sagaz guardián, Batikolo I disponía de una nutrida falange de ágiles guerreros que darían pronto con el paradero de Aniceto, así estuviese oculto en las entrañas de la tierra.

La prudencia, pues, le aconsejaba desistir de toda intempestiva huida y utilizar con preferencia la astucia o la habilidad en cuanto la ocasión se presentase. Dando vueltas a su imaginación se hallaba Aniceto combinando un plan de evasión, cuando fué llamado de parte de Su Majestad.

Atender a un requerimiento regio era de la más elemental cortesanía, y Aniceto, fiel á este precepto, partió sin demora al encuentro del Monarca. Desde que frecuentaba las reales moradas había adquirido una especial soltura perfectamente palatina. Entraba y salía en los regios alcázares con altivo talante y marcial continente, pero ahora más que nunca, desde que había sido el salvador de la vida del Rey. Esta hazaña, en la que fracasaron los más sabios sacerdotes y curanderos; le había hecho alcanzar la veneración más decidida por parte de los zapilongos, incluyendo en primer término a su adorado Soberano, y el odio mal contenido de los curanderos, en particular del gran sacerdote, que veía en Aniceto un peligroso rival.

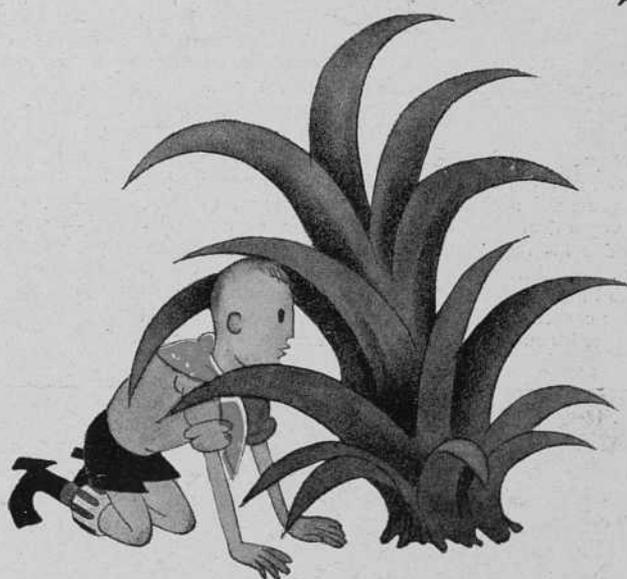
Se le esperaba para celebrar un banquete en su honor por la pronta y radical curación del fla-





le cubrió de hojarasca y le puso su sombrero encima, dando de esta forma la impresión de ser él mismo el que se encontraba descansando. Después, con gran sigilo, se descolgó por la ventana y fué a ocultarse detrás de una planta muy semejante a la pitera, y se puso en acecho. Nada sospechoso percibió por el pronto. El mayor silencio reinaba por todas partes. La tribu, fatigada con los festejos, yacía dominada por un profundo sopor. Sólo algunas bestezuelas nocturnas daban señales de vida en su atareada actividad en busca del diario alimento. Aniceto permaneció así un largo rato. La noche era oscura y difícil de divisar cualquier forma fugaz entre las densas sombras. Sin embargo, al poco creyó adivinar algo que se movía confusamente. Esta sospecha se hizo pronto certidumbre cuando reconoció en aquella vaga aparición la túnica abigarrada del gran sacerdote. Sus presunciones se habían realizado, y no se equivocó al temer un ataque a traición de su feroz enemigo, que, en verdad, tenía unas trazas espantosas.

Aniceto siguió esperando algo que ya tenía por descontado y que le producía la más regocijada de las risas. Efectivamente, el gran sacerdote se



dirigió hacia la casa, trepó con pasmosa agilidad, a pesar de sus años, hasta el dormitorio de Aniceto y entró en él con el mayor sigilo. Aniceto, con el corazón saltándole en el pecho, aguardaba el desenlace previsto. Este no se hizo esperar. El gran sacerdote salió como alma que lleva el diablo en una carrera desenfrenada. Detrás de él, y a sus alcances, *Chuleta*, despertado de su plácido sueño, ladraba furioso y corría sin descanso. Pronto terminó aquel sorprendente espectáculo. Los dientes de *Chuleta* habían hecho presa en una pantoquilla sacerdotal.

(Continuará en el próximo número.)



LA MUJER QUE SE HIZO SOCIÓLOGA

UN pequeño gabinete de tonos claros, reducido, moderno. Al fondo, un *buró* de señora. Sentada ante él, garrapatea unos números, torcidos y desentallados, la mano blanca y tibia de una mujer joven. En la cara de ésta, pálida y armoniosa, donde brillan dos ojos muy rasgados, hay un esguince de malhumor. La damita se revuelve inquieta en el silloncito sedoso. Suma, vuelve a sumar, escribe nuevas columnas de guarismos. Nada; no le sale la cuenta. Y el temblor de sus labios carnosos, que enrojeció la barrita perfumada de carmín, delata un miedo que se va apoderando de aquella alma poco a poco.

Lentamente, silenciosamente, se abre la puerta que comunica con el pasillo. La cara sonriente de un hombre de noble porte e inteligente expresión, va entrando despacio, como si temiera hacer ruido y despertar de su abstracción a la mujercita que calcula. Este caballero es su marido. Apenas hace dos años que se casaron. Sus vidas enlazadas se aprietan cada día más con un cariño fundente. El es lo que de público se llama un sociólogo. Los sociólogos de estos días no usan barba enmarañada, ni descuidan su indumento; se peinan, se acicalan, hablan de cosas entretenidas, rien, y de cuando en cuando dejan ver un fondo de sapiencia cargado de realidades y pragmatismo.

El sociólogo se ha ido acercando a su esposa, hasta darla un susto con su primera caricia. El susto le ha servido de pretexto para repetir las caricias profusamente. Pero hoy, la mujercita no corresponde a ellas como otros días. El marido lo nota y pregunta:

—¿Qué tienes? Te encuentro distraída.

—Estoy muy disgustada. Fíjate en esas cuartillas. Toda la mañana haciendo números, y no encuentro el remedio que busco.

—¿Y qué es lo que buscas?

—La manera de amoldar nuestros gastos a nuestros ingresos.

—Realmente, mi sueldo es corto, mis colaboraciones y libros tampoco logran fuertes cantidades.

—No es eso, querido. Bastante ganas y de sobra tendríamos si el coste de la vida no subiera de continuo y en tanta proporción. Todos los días nos sorprende una noticia de encarecimiento. Que han subido la carne, que han subido el pescado, que han subido las verduras, que han subido la fruta. Hoy le ha tocado el turno al aceite. También han subido el aceite.

Sonríe complacido el sociólogo, y contesta:

—Si es solamente lo que has dicho, buen remedio tiene y en vuestra mano está. Empleándole, no tardarás en ver sus efectos salvadores, aunque no enseñada y repentinamente.

—Eso no me importa; unos meses, un año, no me apura seguir así; tenemos resistencia económica para ello. Pero no creo en lo que dices. Yo he dado mil vueltas al problema, y estoy muy desanimada.



DON BARTOLOME VALENZUELA

Vicepresidente de la Cooperativa de Olivareros de Jaén

—Porque le miras desde un punto de vista familiar, hogareño, que tiene un campo de visión muy chiquito. Yo te enseñaré a solucionar tu conflicto; y, además, lo que voy a decirte lo llevaré a la Prensa, para decirse-lo a todas las deliciosas mujercitas que se hallen en tu caso. Hablabas del aceite. Hoy se ha subido el aceite. Pues bien, querida; mientras tú has de pagarlo más caro, los cosecheros apenas cobran por tal producto el dinero que les cuesta obtenerlo, y están hambrientos los

gañanes de las zonas olivíferas. Pero es que entre el labrador y tú hay intermediarios, que encarecen esta grasa tan sabrosa. Y parte de ellos pueden y deben desaparecer, y así habrá ganado algo más el labriego y tú comprarás el aceite más barato. Precisamente ahora los cultivadores de aceitunos han formado en Jaén una Cooperativa y tratan de crear para dentro de pocas semanas una Cooperativa Nacional. Por aquí buscan el contacto directo con el consumidor. Es uno de los cabos de la cooperación, que ha de rematar en vosotras, que seréis el otro cabo.

—Empiezo a ver más claro. Explicame eso.

—Las Cooperativas referidas pondrán cerca del consumidor aceite alarado por la exclusión de mediadores y por la perfección que trae de cortejo el sistema cooperatista. Pero es preciso que el consumidor, vosotras las amitas de casa, ayudéis a esas Cooperativas al comprar el óleo que necesitan vuestras cocinas. Claro está que la cifra mensual del aceite apenas tiene importancia, envuelta entre las numerosas y más crecidas de vuestro presupuesto, pero todo comienza por el principio y las casas han de levantarse después de bien sentado el cimiento, y esta cooperación aceitera debe ser la base de todo un ancho sistema cooperatista que vaya sucesivamente abarcando el vino, el arroz, la fruta, la hortaliza, la carne, el pescado, etc., etc. Y cuando esto haya sucedido, alentados unos y otros por el ejemplo de la primera actuación, la del aceite, la suma de pequeñas cifras ahorradas te dará la solución que buscas.

—¿Qué hay que hacer para ello?—dice enardecida la mujer.

—Propaganda. Hablar a tus amigas, y que éstas hablen a las demás, y desoir el canto de sirena de quienes viendo que se les va una riqueza...

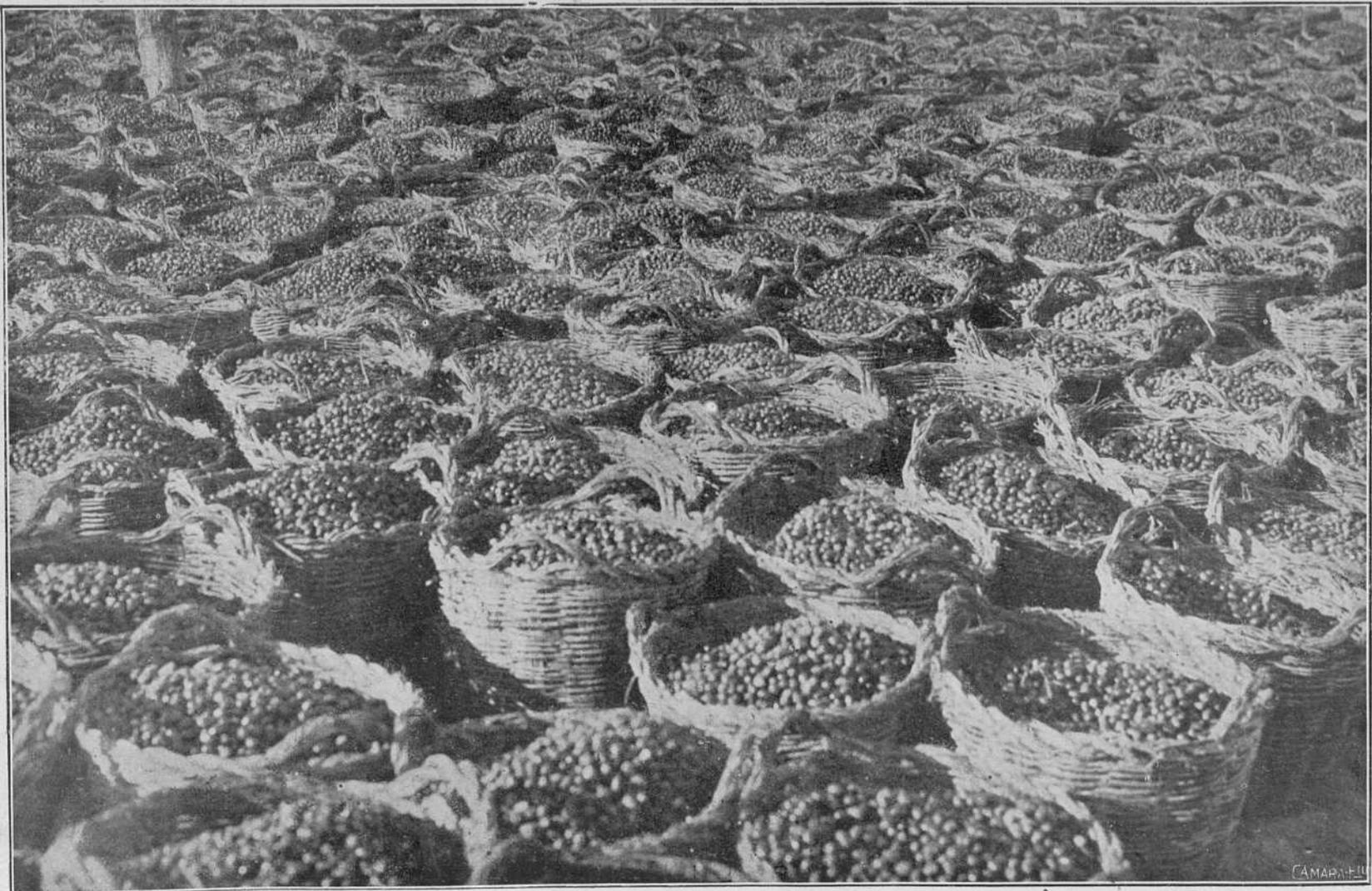
—¿Los intermediarios!

—Justo, los intermediarios tratarán de echar abajo la obra de cooperación ofreciéndoo más barato el aceite u otros artículos para volvéroslos a subir de continuo, una vez inutilizados sus contendedores.

—Me voy a hacer socióloga, marido.

—Pues te advierto que ganarás para la casa más que yo, y saldremos de apuros, que tal están las cosas que es más fácil buscar nivelaciones presupuestarias rebajando gastos que aumentando ingresos.

COLOMA



Los cestos a millares, llenos de aceitunas preparadas para la molienda

(Fot. Serrano)



CERVANTES EN CÓRDOBA

CÓRDOBA tiene también—para eso es pueblo de solera y de tradición—su Mesón del Sevillano. Una posada típica de la plaza del Potro se ufana de haber prestado plato y lecho al príncipe de nuestros ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra, que era, por cierto, de ascendencia cordobesa. El mismo cita en *Don Quijote* este lugar del Potro como sede de la picardía y universidad de las malas costumbres. Y una lápida, empotrada en los muros del Museo de Bellas Artes, recuerda piadosamente la ocurrencia.

Si de Colón ya no puede decirse, después de los estudios de Pereira y de Marius André, que fué huésped de un mesón de la misma plaza, no hay, en cambio, inconveniente alguno en aceptar la tradición cervantina.

Miguel, en Sevilla vive en casa de un posadero, amigo suyo: Tomás Gutiérrez; en Valladolid, junto a una casa de trato llano y de puerta asequible a todo el mundo; en Salamanca, en una calle poco recomendable por su vecindad; en Zamora y en Plasencia, en mesones ruines que después ha de describir muy bien y entre Jua-

nes Palomeques, que ha de pintar de mano maestra. En Bolonia y en Milán ya sabemos que frecuentó las *trattorias* alegres y bulliciosas, y que en Nápoles hace vida de cuartel. Para saber lo que es un cuartel en Nápoles en el siglo XVI, hay que leer el capítulo que consagra Benedetto Croce a *La vida militar* en su libro *España en la vida italiana del Renacimiento*, magníficamente traducido al castellano por José Sánchez Rojas. Aceptamos, desde luego, la tradición cervantina del mesón cordobés de la plaza del Potro, y hasta la encontramos gustosa y puesta en razón.

En el *Quijote* aparece varias veces Córdoba, con su luz y con sus patios, con sus anchas casonas labradoras y con su fragancia nocherniega. Recordemos los episodios de Cardenio; el soto de Sierra Morena, con la bella Luscinda, que es cordobesa, rubia y muy hermosa. Las pláticas de amor, a la reja y en Córdoba, tienen en la prosa de Cervantes un hechizo singular. Doro-tea, perdida por las cercanías de Andújar, es también prototipo de la bella cordobesa. Debajo de don Fernando el duque, desdeñado de Doro-

tea y desdeñado, al fin y a la postre, por Luscinda, que vive en el barrio de la Ajarquía, se esconde un prócer cordobés de limpia prosapia, nada menos que el joven duque de Medina Sidonia, según las comadres de entonces, a las que siguen concienzudamente los eruditos de hoy. Las referencias de Córdoba revelan la presencia en la ciudad de Cervantes, que fué mucho a Sevilla, con sus alcabalas y tributos; que recorrió Sierra Morena desde Despeñaperros a Córdoba, de donde procedían sus abuelos.

Hay más. Hoy, que se hila delgado en el estudio de la prosa cervantina, se advierten en ella infinidad de locuciones andaluzas, más que sevillanas, cordobesas. El pueblo de Ambrosio de Morales, de Pablo de Céspedes, de Luis de Góngora, de Juan Valera, de Angel Saavedra, ha hablado siempre el castellano con inusitado decoro. Los que tienen conciencia de esta solera literaria de Córdoba han hecho muy bien recordar el paso del pobre y desvalido Miguel por la plaza del Potro, que es el camino natural del Rastro y de la Ribera.



Una obra maestra de escultura del siglo de Pericles, extraída del fondo del mar

LAS aguas de los mares griegos, celosamente guardadoras, durante siglos y siglos, de magníficos tesoros de arte, parecen cansadas de su guarda y dispuestas á mostrar sus joyas a la admiración de los humanos.

Hace cuatro o cinco años, del fondo de la bahía de Maratón fué extraído un magnífico bronce: la estatua de un efebo, que las incrustaciones marinas y los fecundos moluscos habían convertido en un bloque amorfo, y que, convenientemente limpia de aquellas adiciones defraudadoras, constituye actualmente una de las mejores joyas del Museo Nacional de Atenas.

Ahora, como si aquel feliz hallazgo hubiese sido el comienzo de una serie, las aguas del Egeo, en una

Los secretos del mar

UNA MAGNIFICA OBRA DE ARTE

rada que dominan las ruinas del templo de Artemis, han entregado también sus tesoros.

Unos pescadores que habían tendido sus redes en el lugar donde combatieron por primera vez los navíos griegos con los persas, sacaron en sus artes una mano de bronce. Aquel hallazgo hizo pensar a los arqueólogos en la posibilidad de que en aquellas aguas existiesen ejemplares interesantes; y un mes después eran extraídos sucesivamente otros bronce.

El más importante de ellos es una gran estatua, a la que pertenecía la mano primitivamente pescada. ¿Es un Poseidón que manejaba su tridente, o un Zeus que lanzaba el rayo? Faltan los brazos, y no es fácil colegirlo; pero, desde luego, puede asegurarse que la antigüedad de la estatua se remonta al siglo V antes de Jesucristo. Tiene, pues, 2.500 años de existencia.

La cabeza de esa estatua, reproducida en nuestro grabado, muestra en el pelo y la barba su arcaísmo. Los otros dos ejemplares son también de la mejor época del arte griego, y representan un corredor y un gran fragmento de un caballo.

Los tres son dignos de la admiración de los artistas.

EL ARTE DE HOY

La pintura ejemplar de Sunyer

DE cuando en cuando, pero siempre de tarde en tarde, Joaquín Sunyer abandona su afable masía de Sitges para exhibir en Barcelona, Bilbao o Madrid algunos cuadros con el ademán sencillo y tranquilo de un masovero que ofrece lo escogido entre su cosecha última. Luego torna al refugio suburense, recoleto y placentero, que el Mediterráneo acuna y los claveles ciñen, para seguir pintando rostros familiares, desnudos de campesinas, la roja tierra de los viñedos y el plumón gris de los olivares bajo el cielo hermano en diaphanidad cerúlea del que oyera el zumbar de las abejas y de los versos clásicos en la remota Grecia.

Es, ciertamente, un arte nacido del buen sosiego y la cariciosa luz este de Joaquín Sunyer, definidor, al fin, de catalanía en cuanto se despojó del francesismo inicial. Un arte sabroso a Naturalaza y a mujer, sin tosquedad ni lujuria. Cada día más claro de concepto y más puro de expresión. A cada obra mejor definido en el propósito esencialmente pictural.

Los temas vienen reiterándose con una persistencia infatigable e infatigosa. Lo nuevo está en ese abondar del sentimiento y ese porfiado buceo de la sensibilidad que no abandona al artista frente a los motivos homogéneos.

Más de una vez se ha comparado este arte de Sunyer al de Juan Maragall, y se acudió a estrofas o prosas del autor de *Visions y Cants* para elogiar la bella veracidad catalana de los cuadros de este pintor.

Y ha de ser así, porque la visión serena del artista y la dicción serena del poeta son de una íntima afinidad espiritual. Las almas de ambos reaccionan con idéntica nobleza de expresión y pareja limpidez emocional frente a la tierra nativa. Las figuras de mujeres que pasan por las páginas de Maragall son como las mujeres que a lo largo de la obra pictórica de Sunyer encontramos: adolescentes desnudas, de una recia ancestralía clásica, madres humildes y fuertes, campesinas, marineras y payesas saturadas del hálito salobre.



«Maternidad»

Y también los íntimos retratos de la amada que se siente madura y de las hijas que se ve crecer en la calma hogareña.

De aquí la condición de ejemplaridad que nunca dejamos de descubrir en Joaquín Sunyer. En medio de la ferial algarabía de arrivistas improvisados o testarudos mediocres como invaden ahora los lugares de exposiciones artísticas, se sosiegan ánimo y mirada en los raros e infrecuentes ejemplos como el de Joaquín Sunyer.



Han bastado treinta obras bien mesuradas de tamaño y propósito para reiterar la didascalia estética del artista catalán en nuestro Museo de Arte Moderno: dos o tres paisajes, dos bodegones, varios retratos femeninos e infantiles. Y desnudos.

Las maternidades y los desnudos definen a Sunyer. El sentimiento de la ternura y el ritmo fresco de la juventud física, dichos en un lenguaje sobrio, ajeno a toda estridencia y retumbancia. Venus y María, las dos personificaciones eternas de la mujer, encuentran en este pintor acento peculiar para no caer en un misticismo enfermizo ni en una paganía cruda.

Sus *Madres* tienen cierto calor de ruralía dulce y fuerte. Una grandeza no imperativa ni arrogante, sino brotada de lo entrañable y sagrado del motivo. No siempre evocan la iconografía mariana en la actitud lactante o con el infantilico desnudo sobre el regazo. Acaso esto importa menos como asunto instrumental al artista que reflejar la solicitud maternal de las mujeres de su raza, diferente de aquellos estáticos que el cristianismo venera. Vemos a la madre partir la hogaza familiar sobre la mesa humilde para repartirla entre sus hijos; la vemos arrodillada ante el niño dentro de



«Los hermanos»



«Hogar»

la bañera o vistiéndole; la vemos velando el sueño filial o cubriendo de besos el rostro semejante al suyo.

¡Y qué infinita caricia expresa también el arte de Sunyer en la interpretación de las figuras infantiles! Lo mismo en aquellos niños de rasgos finos y carnes blancas, ataviados a la burguesa, que en los de más humilde condición, tosca fisonomía, carnes curtidas y traza inconfundiblemente popular, Joaquín Sunyer pone sutileza de color, delicados ritmos lineales y una cierta fragancia de cuento de hadas, cuyos personajes nada tienen que ver con el refinamiento empalagoso de los príncipes encantados. Son, simplemente, «los hijos del hombre que alegran la vida», como decía Galdós.

Testimonios de ese género de obras, al cobijo sentimental de la maternidad, había en la reciente Exposición Sunyer, algunos muy característicos. Páginas del poema del hogar encaldecido por los tonos graves, austeros, o armonizado en suaves modulaciones de grises. Y de una gran variedad fatural también, que venía desde *Niña con las vacas*—esquemática síntesis del motivo y los colores—hasta *Hogar*, ver-



«Mi hija»

dadera joya a la manera de ciertos interiores y ciertas escenas de sentimental realismo gratas a la pintura flamenca y holandesa de otro tiempo, pero vista con la soltura de estilo de las modernas tendencias.

También sería oportuna la reminiscente alusión al elogiar los dos bodegones del *Palomo* y los *Pescados*. Este, sobre todo, tiene el escrúpulo, la honestidad del verdadero pintor, dejándose arrastrar por el tema y su brillantez rotunda, sin acordarse el artista de su temperamento gustosamente vocativo por las gamas tiernas y las armonías tranquilas.

Revefamos entre los nuevos comentarios plásticos a los rostros de la esposa y de las hijas—¡oh, ese franco y sincero retrato de la adolescente cubierta la cabeza por una boina!—, cuadros ya conocidos, y que se hizo bien en recordar, como el del niño esbelto e ingrúvido, de insuperable aristocracia tonal, y que es una de las más deliciosas obras de Sunyer.

Pupilas de campo y de mar se asomaban entre las figuras humanas. Paisajes de vigorosa contextura terrenal o de flúidas transparencias acuáticas. Los pinos y los olivos y los viñedos que dan la sombra, el aceite y la malvasía de la fecunda Sitges, o las glosas ma-



«El niño»

(Fots. Cortés)

rítmicas que el artista quiso poner a sus estadas en Vasconia. (Preferibles desde luego los primeros.)

Pero lo que más y mejor definía el nuevo matiz, la acentuada eficacia de la ejemplaridad de Sunyer, en esta nueva incursión a la heteróclita vida artística madrileña, eran los desnudos.

Duele que la hipócrita rijosería española y ciertas torzosamente atendibles exigencias del público, que—¡todavía!—finge escandalizarse de los cuadros de desnudo, no consienta reproducir aquí las más bellas obras de la reciente exposición de Sunyer.

Reposo en el campo, principalmente. Clásico y actual. Molicioso y casto, que el Giorgione amaría y Modigliani admiraría. Extraordinaria y profunda lección de pintura digna de un buen Museo.

No estaba sólo en valor y en número ese desnudo de Sunyer. Había, además, otros como el ambarino, el áureo titulado *Delante del espejo*, como el de clara y optimista fusión de las dos pubertades—la femenil, la campesina—, titulado *Primavera*, que hacía pensar en un Renoir espiritualizado. Había incluso este *Desnudo* del ramo, inocente y cándida interpretación de una intimidad humilde, en la que Joaquín Sunyer obtenía la máxima condición ejemplar de su pintura a la hora presente.

José FRANCES



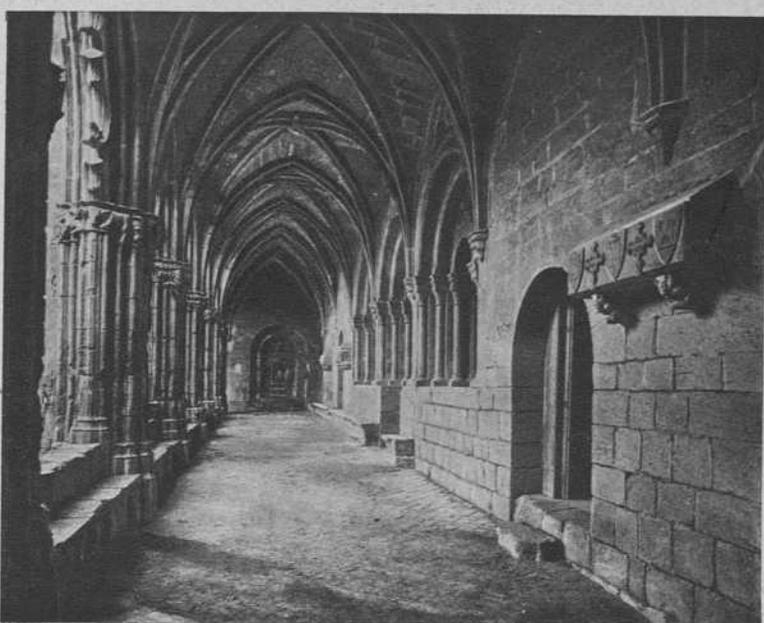
Puerta Real del magnífico claustro de Santa Cruz

LA MARAVILLA DE LA PIEDRA

SANTAS CREUS Y SUS SEPULCROS

YA la plaza de San Bernardo, que es como un patio de armas del Monasterio de Santa Cruz, sobrecoge el ánimo con su silencio y con las tonalidades de sus muros. Bien sea la sombra que proyecta la fachada real del claustro—piedras del siglo XII—, bien sea el espíritu que infunden á todo lo que les rodea estos monasterios españoles, el hecho es que el viajero se hunde en un mundo desconocido é inquietante, en el que la civilización presente no cuenta, ó, á lo sumo, es como un rumor distante que allí no llegara jamás.

¿Qué poder sobrenatural tienen estas piedras animadas por la fe y el arte que así paralizan la corriente ascensional de la vida y llevan al espíritu apetencias de renunciamento y ascetismo? No es ese sedimento religioso que se alberga en toda conciencia lo que con más fuerza lucha contra esos torpes poderes que señorean sobre el alma del hombre; es más bien una sacudida violenta y pagana, que poniendo á nuestro sentimiento frente á la Verdad desnuda, le revela el hondo sentido de una vida en la que todo es pura excelstitud humana, porque toda ella está forjada en la gran libertad de la Naturaleza. Entre estas dos augustas soledades de cielo y tierra, el arte enseña to-

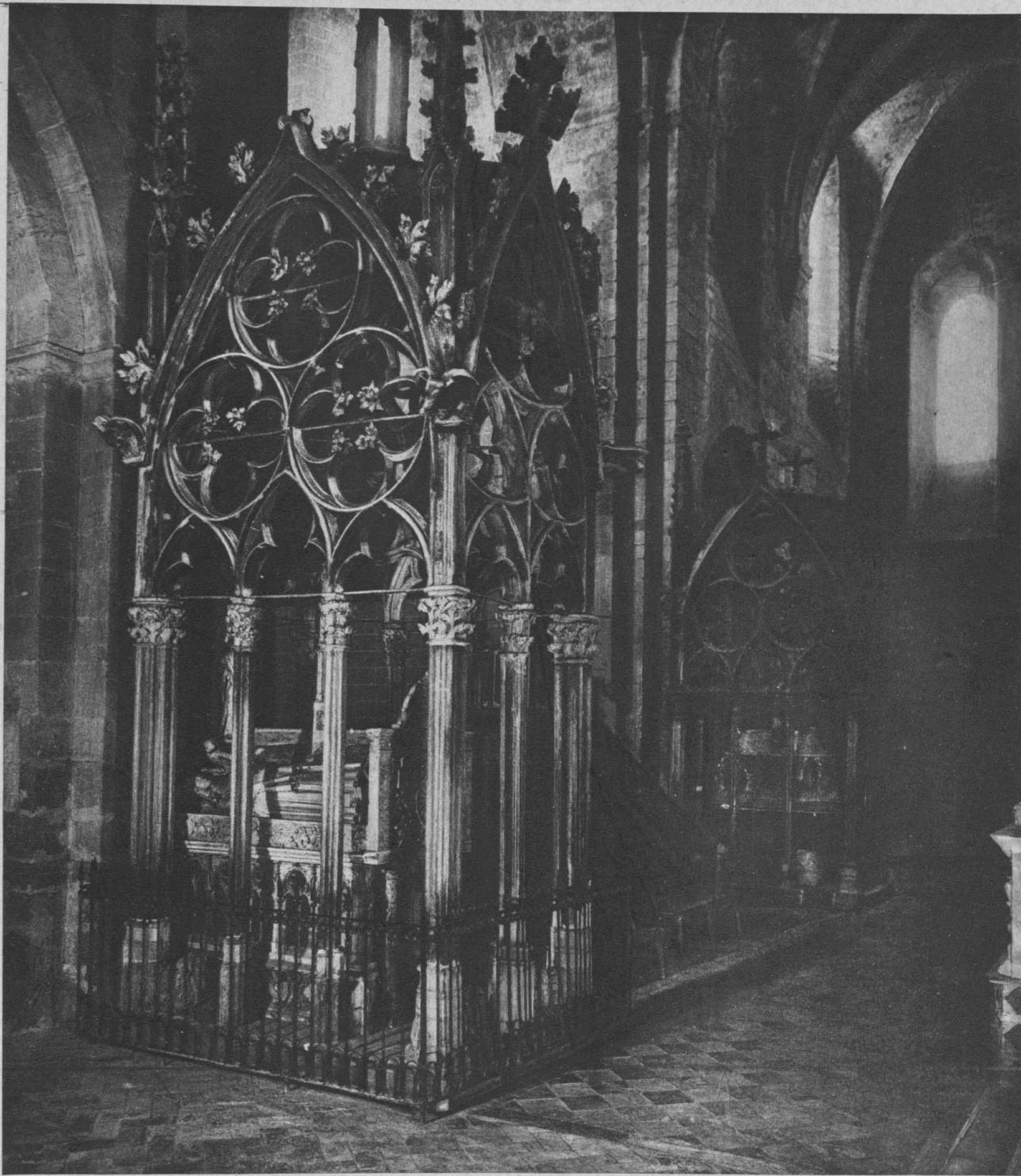


Nave de la sala capitular

das las doctrinas de religión y filosofía, y es el diálogo que el hombre entabla con su propia divinidad.

Fero he aquí que en la entraña de esta piedra, entre las columnas de sus grandiosas naves, unos sepulcros de mármol florecido nos hablan del gran misterio de la muerte. Nombres de bellas y virtuosas damas, de preclaros varones, de reyes, grandezas que causaron espanto, yacen bajo la pesadumbre de títulos y dignidades que apenas si cupieron en las enormes losas que apisonan sus cenizas, que eso son los títulos nobiliarios: unas pocas sílabas más para un epitafio.

¡Don Jaime II y doña Blanca de Anjou! ¡Don Pedro III de Aragón y Roger de Lauria! He aquí en qué vino á parar la gloria del gran navegante y guerrero Roger de Lauria, de quien revite la Fama: «Ningún marino, ningún soldado le ha superado, antes y después, en virtudes y prendas militares, en gloria y en fortuna. Nadie le igualó en magnificencia y nadie pudo contrastar con él el esfuerzo y la grandeza.» A los pies de un Rey siguen las cenizas, en último tributo de humildad, de quien dió á los Reyes, con el esfuerzo de su brazo, tanto poder y tanta gloria.



Sepulcro de Don Jaime II de Aragón y de Doña Blanca de Anjou

¡Bellos monasterios españoles abandonados y casi en ruinas! Sois la historia, aún viva, de aquellos días de fervor religioso y guerrero, en los que el hombre era una hoguera de fe y de pasión. Hablan estas fortalezas construidas en el siglo XII de aquellos días en que Europa hacía temblar al Asia; en que España iba acosando á los infieles con Alfonso VII, en el mediodía; con las armas de Aragón, en el Norte; con Berenguer IV, en el Oriente... Hablan también de la tremenda crueldad que representaron aquellos poderes hoy extintos. La fe que impulsó estas obras de ensueño fué la misma que alimentó el ansia de poder y la que cohonestó crímenes espantosos. ¿En qué edad que no fuera aquella

podría existir un Rey como Don Pedro *el Ceremonioso*, que tenía, para aquellos á quienes llegaba á aborrecer, venenos como el que quitó la vida al conde de Urgel; campos de batalla como el de Lluchmayor, en que pereció el Rey de Mallorca; jaulas de hierro como la en que había encerrado al Infante don Jaime, á fin de que en ella se pudiese; puñales secretos para hacer morir en el fondo de una cárcel á hombres como Jiménez de Gurrea; asesinos públicos para matar á quien le estorbaba, como sucedió con su hermano, el Príncipe don Fernando, y cadalsos en que hacer rodar la cabeza de varones como don Bernardo de Cabrera, aun cuando le hubiesen prestado grandes é impagables servicios?

Estas ruinas evocadoras quiebran el ritmo de nuestra vida, arrastrándonos á un mundo moral que estremece y asfixia. Por estas naves románicas se nos antoja ver discurrir á una humanidad de titanes en cuyo cuerpo no hay todavía más que un corazón disforme revolcándose en una conciencia llena de tinieblas. Y ya fuera frente á la Naturaleza, cara á cara á nuestra civilización y á la libertad de que está hecha, huyen los ascetismos que quisieron sobornarnos al entrar, y sentimos fervientemente el deseo de ponernos en contacto con la vida.

EMILIO PALOMO

PERFUMERÍA
GAL
MADRID
BUENOS AIRES
LONDON
NEW YORK

VERITAS



*Nuestra
Belleza
de cada día*

*Un librito
para su tocador*

El jabón es el primer paso en todo moderno tratamiento de belleza. Por eso, es muy importante que sea:

HENO DE PRAVIA

Su espuma es una crema. Hecho a base de aceites de oliva, limpia y alimenta el cutis al mismo tiempo.

La piel queda firme, jugosa y fresca. Preparada así la cara, es cuando empieza esa larga serie de pequeños cuidados que forman la «toilette» diaria.

En el folleto «Nuestra belleza de cada día» hallará usted resueltas todas sus dudas sobre el maquillaje exacto que corresponde a cada color de piel y de ojos, sobre el tono personal de los polvos que debe usar, sobre la perfecta igualdad del cutis y la distinción de las manos, sobre la elegancia del tipo y la armonía de los movimientos, porque al redactarlo se han tenido en cuenta cuantos detalles constituyen el perfecto refinamiento.

Tenga Vd. la bondad

PERFUMERÍA GAL
ISAAC PERAL, 10.-MADRID

Deseo guardar en mi tocador y les ruego que se sirvan enviarme a título de obsequio, el librito «Nuestra belleza de cada día» con su gráfico anexo «Ejercicios de belleza».

Nombre: _____

Domicilio: _____

Población: _____

Provincia: _____

Fecha: _____

Firma: _____

de cortar y enviar este cupón



Dos vestidos de paseo en «crêpe marocain», y dos abrigos, uno en lana inglesa, propio para «sport», y otro de «crêpe» satin, con piel de «renard»

Elegancias

HABRÁ hombre o mujer jóvenes que no gusten de practicar el bello deporte de la nieve? Acertaremos si decimos que no. Deslizándose por las nevadas montañas en sus *skis* parece que los muchachos corren vertiginosamente en pos de su ventura...

Gredos, la cumbre imponente y majestuosa, nos ofrece la emotividad de sus paisajes bellísimos; el Guadarrama nos brinda sus montañas, más «modestas», pero más asequibles, en las que se puede cultivar este sano deporte de la nieve, que da vitalidad a los músculos, perfecciona nuestra línea y deja respirar a nuestros pulmones el aire puro de la Sierra.

Para la mujer, y también para el hombre que cuida de su *allure*, constituye una preocupación el vestuario deportivo.

Las crónicas de la moda ofrecen las opiniones más diversas en lo que a éste se refiere. Hay quien dice que cuanto más luminosa, más elegante resulta la *toilette* para practicar el *ski*; por el contrario, otros aconsejan los tonos neutros o, por lo menos, muy apagados. Los que han de elegir entre una y otra tendencia no saben, en realidad, lo que hacer. A nuestro juicio, en un buen término radica lo acertado, y no deben elegirse ni los

abigarrados tonos de la paleta luminosa ni aquellos otros que la palidecen; hay en la escala de los *beiges* y de los grises, así como en la de los azules, gamas verdaderamente seductoras, que luego armonizan a maravilla con las pieles que sirven de guarnición a los abrigos, capas y chaquetas.

Una novedad que ha tenido enorme aceptación ha sido la chaquetita corta hasta el talle, confeccionada toda ella en piel *rasé*; por su aspecto juvenil nos parece un verdadero acierto, y además, por su escaso volumen, resulta muy práctica.

Se hace también este modelo en pirineo de pelo muy corto o en *mouflon* de lana; las dos calidades son sumamente bonitas.

La combinación de blanco y negro pone una nota de máxima elegancia sobre el nevado fondo. Hemos visto algunos trajes en estos tonos que hacen muy esbelta la silueta, porque la recorta muy graciosamente, estilizando los contornos y la línea.

Generalmente se llevan los pantalones negros y la chaqueta blanca. El tocado es una boina o casquete, bajo el que se ocultan los cabellos casi por completo, para que los rizos no se deshagan con la humedad ambiente.



Abrigo de «sport» en lanilla inglesa de tonos grises



Lindo vestido de noche en «crêpe» satin color malva



Vestido de «crêpe marocain» azul marino, con biéses blancos

Hay otros modelos en que el pantalón es negro y blanco, combinado por medio de sabias incrustaciones, que resultan sumamente graciosas. Lo mismo se hace en la chaqueta y, a ser posible, en la boina, para que el conjunto resulte más perfecto.

La hechura del traje deportivo para la nieve debe ser muy sencilla. El pantalón al estilo de Noruega es el más aceptado, porque facilita todos los movimientos.

Su amplitud es uno de los factores principales de su éxito. Para llevar los útiles de su maquillaje, de los cuales la mujer no prescinde por nada en este mundo, lo más práctico, mejor que cartera o saco, es llevarlos en algún bolsillo de la chaqueta o pantalón, pero como con los movimientos del deporte pueden perderse, lo prudente es asegurarlos con esas cerraduras corredizas de acero, tan de moda y tan cómodas y bonitas.

El *sport* de la montaña exige selección y cuidado en lo que respecta al vestuario y sus accesorios. Una falta de buen gusto puede malograrnos un grato placer: el que significa gozar un día entero de la Naturaleza cuando la nieve se ofrece ante nuestros ojos como el más delicioso regalo.

ANGELITA NARDI



Traje-abrigo de terciopelo inglés «beige» claro, adornado de caracul marrón
(Modelo M. Rouff)

Traje de «crêpe» de China gris, moteado de terciopelo gris y negro
(Modelo Regny)

Traje de lana marrón y blusa de jersey «beige» y marrón
(Modelo M. Rouff)



Traje de noche en puntilla rojo vivo, con écharpe haciendo juego
(Modelo Premet)

Traje para «jeune-filles», de «crêpes» de China blanco, con volantes de organdi de seda blanco
(Modelo Billioque)

Traje de terciopelo «aubergine», con gran écharpe sujeta al traje
(Modelo Seni:f)

LAS TENDENCIAS DE LA MODA

PASADAS las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, hemos vuelto otra vez a ocuparnos de la Moda, esta tirana que nos esclaviza y nos encanta a un tiempo. De nuevo nos hemos entregado al placer de ver *trapos* en las Casas de *alta costura*.

Enero nos reserva muy gratas novedades, una de ellas la exhibición de modelos firmados por los *ases* de la moda vienesa, magníficos conjuntos que muy en breve las damas españolas aceptarán muy complacidas, vistiéndose indistintamente con creaciones francesas o austriacas.

Lo verdaderamente sensible es que en España no haya aún una moda propia, teniendo como tenemos tantos medios para crearla, pues lo más esencial es que haya quien la cotice, y esto no puede dudarlo nadie. Además, para su creación tenemos dibujantes y mejores obreras de la aguja que en otros países donde la moda tiene su origen.

Pero mientras esto no sea un hecho, hemos de conformarnos a que un Wisental o un Patou lancen los trajes que han de realzar nuestra belleza, ahogando este sentimiento de patriotismo que nos anima.

Wisental crea modelos maravillosos, principalmen-



Vestido de noche en puntilla «beige»

Abrigo de terciopelo negro, con piel de «renard»

te para la noche; sus trajes parecen algo inmaterial, por lo vaporosos y sencillos. Patou, en los trajes para el día, derrocha ese ingenio productor en creaciones lindísimas.

¿Podremos, pues, negarnos a libar el divino néctar de elegancia que ambos nos ofrecen?

Antes, una mujer de buen tono limitaba su vestuario a las creaciones de un solo modisto; hoy, por el contrario, la diversidad de las firmas es la nota característica de la dama *snob* y elegante. En España se había admitido hasta ahora en un mismo guardarropa varias firmas francesas; hoy se admite la intromisión de otras Casas extranjeras, como la cosa más natural del mundo.

El eclecticismo impera y se acata la novedad sin protestas, aunque la moda vienesa y la parisina difieren bastante en concepto y en la línea general de la silueta.

La única nota coincidente es la de la largura de las faldas, más corta en los trajes para el día que en los destinados para la noche, que son largos hasta el tobillo y algunos cubriendo casi por completo el pie.

Con la moda vienesa la feminidad se exalta hasta lo máximo, y esta es la principal razón de su éxito en todo el mundo.



SEGURIDAD ANTE TODO

Los productos Ford gozan de garantía indefinida. Todo Agente Ford autorizado cambiará cualquier pieza en que se compruebe defecto de construcción, y cuidará asimismo de desmontarla y montarla de nuevo sin gasto alguno para el propietario. Esta garantía se aplica en cualquier momento de la vida del coche y debe usted exigirla por escrito al adquirir su coche o camión

Al conducir un coche FORD por primera vez, uno de los puntos que atraerá más poderosamente su atención será el de la acción instantánea y eficaz del sistema de seis frenos. Este sistema garantiza un grado máximo de seguridad. Los frenos de pie a las cuatro ruedas y el freno de mano son absolutamente independientes, del tipo de expansión interna, con las superficies de fricción perfectamente encerradas y protegidas contra el barro, el agua, la arena... La superficie total de frenaje es de 1.454 cms. cuadrados. Otra característica exclusiva es la de centrarse automáticamente los cuatro frenos de pie. Este mecanismo permite que la superficie total de las zapatas se ponga en contacto con los tambores en el preciso momento en que se oprime el pedal, y, eliminando los rechinamientos y chirridos, asegura continuamente un funcionamiento silencioso.

PIDA LAS CONDICIONES DE
VENTA A PLAZOS

Ford Motor Iberica
BARCELONA

LINCOLN  Fordson

CURIOSIDADES GRÁFICAS

COSAS RARAS QUE PASAN EN EL MUNDO

Los fotógrafos, admirables cazadores de notas curiosas de actualidad, las encuentran de una diversidad encantadora en los más diferentes países y en los más contradictorios temas.

En un solo día nos envían, entre otras, las tres divergentes que damos en esta plana: un tanque hidráulico alemán; dos truchas gigantes, pescadas en un mar canadiense, y un bar de típico *snobismo*, que atrae estos días al público parisino, extraordinariamente novelesco, como nadie ignora...

El tanque es, contra la tradición de los de su especie, un artilugio de paz. Está construido y manejado con el fin de calmar los ánimos y reducir a la obediencia a los exaltados en caso de manifestaciones callejeras, y desde luego es más piadoso y menos cruento que los medios usados antes: las cargas de la policía montada ó de á pie, las descargas de fusilería y el famoso *pasage a tabac de les sargents de Ville de Paris*.

El medio no es nuevo. Los alemanes no han hecho sino copiarle de franceses ó ingleses, que más de una vez disolvieron manifestaciones empleando mangas de riego, y agrandarle, *kolosalizarle*, como á su tradición corresponde.

En lugar de las miserables mangas de riego, utilizan el magnífico tanque de su invención, que reproducimos: lanzadas de agua á presiones elevadísimas, y á cuyos efectos no hay exaltación que no se rinda.

Las truchas gigantes, de las que mejor que de otras puede decirse el refrán castellano de que no se pescan á bragas enjutas. La pesca de tan extraordinarias truchas no es, ni mucho menos, fácil, y sólo puede hacerse con mucho trabajo en el lago de los Esclavos, al norte del Canadá, donde la curiosa variedad del sabroso pez, tan amador de los ríos leoneses, tiene su *habitat* particular.

No es de suponer que en ella, y para tan enormes dimensiones, logre la finura que nuestras truchas nacionales, y es, en cambio, lógico que esas truchas enormes no tengan la viveza ni la travesura que ha hecho á los españoles prestar su nombre á una variedad de la especie humana.

La cual especie tiene caprichos de una variedad encantadora y muy divertida, que son fundamentalmente demostraciones de la fatiga producida por el abuso de los placeres. Eso es lo que significa el establecimiento de degustación, como allí dicen, al que sería más pro-



Un bar de nuevo género en París ó el queso como pretexto para beber...

pio denominar *Bar Quesen*. En él, efectivamente, aunque, naturalmente, se beba, no es, como en los bares ordinarios, «á cuerpo limpio», como diría uno de nuestros baristas clásicos, sino con la justificación de un bocadillo de queso.

Cada uno tiene su vino particular apropiado, y be-

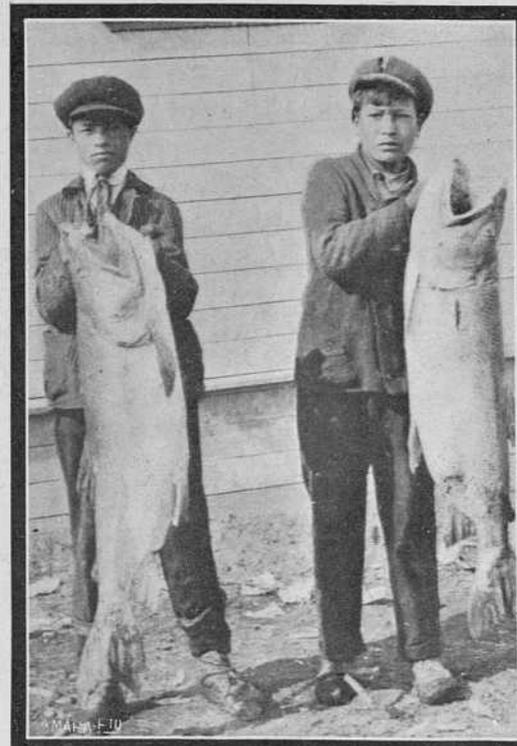
berle con justificación es una de las maneras de «pasar el rato», misión única de algunos seres, que, con todo eso, se aburren extraordinariamente en este pícaro mundo.

Para muchos de los seres á quienes su inacción aburre, el hallazgo de un nuevo placer sería la felicidad suprema, y como esa felicidad es difícil de lograr, se conforman con dar aspectos y modalidades nuevos á los placeres viejos. Beber es vicio airoso más que secular y que tiene abolengo bíblico inclusive; la humanidad lo disfraza en las más diversas formas para seguir bebiendo y hacerse la ilusión de que la bebida es lo de menos. Unas veces bebe en honor de un hombre ó de una idea; otras, decora artística ó caprichosamente los lugares en que ha de beber, y otras, como en ese novísimo bar parisino, justifica la bebida con expedientes diversos; pero en el fondo, como dijo el filósofo, todo es uno y lo mismo.



TANQUE CONTRA MANIFESTANTES

La policía alemana ha perfeccionado, «kolosalizándoles», el sistema disolvente de manifestaciones que emplearon antes los mangueros de París y Londres



Dos magníficos ejemplares de truchas canadienses (Fots. Agencia Gráfica)

TEMAS DEL DIA

La familia en peligro, y su defensa

CON ser tan grave la prostitución sexual, hay otra infinitamente peor, y es la prostitución espiritual. Prostitución de las conciencias, que subvierte todas las instituciones y que empieza subvirtiendo la institución familiar, base y eje de todas ellas. Prostitución de los sentimientos, de las ideas y de las voluntades, que, en proporción aterradora y en movimiento rápido, invade y arrastra al mundo. Es algo así como la apetencia de una Humanidad *desfamiliarizada* por propia voluntad, sin la extorsión de las cargas y obligaciones domésticas, y hecha a imagen y semejanza del hombre primitivo, a lo Rousseau, que, inhibido de toda asociación, ejercita su actividad erótica sin límites ni trabas. Y he nombrado a Rousseau, no sin motivo, sino a intento, porque la idea de que la Humanidad, por sí sola y por movimientos espontáneos, puede llegar a la perfección—idea que no resiste al más ligero análisis—, se funda en la tesis del filósofo ginebrino de que el hombre es naturalmente bueno, cuando lo acertado es no considerarlo ni bueno ni malo, pero sí perfectible por la educación, es decir, por la dirección que le dé la familia. Lo importante, como ha dicho el profesor Besteiro, es saber cómo ha de regenerarse la Humanidad y qué medios deben emplearse para garantizar esa vía de regeneración. Fuera de la familia no encontraremos vía alguna que no sea o incompleta, o confusa, o desorientada. Bien lo comprenden los demagogos sociales de nuestros días, y por eso dirigen contra la familia todos los fuegos de su fanático encono. Pero el desenlace de tendencia tan innoble sería trastornar por completo nuestra civilización y quizá, incluso, destruirla.

Renán, en su agonía, nos dejó esta solemne advertencia: «Hay que temer para Europa nuevos siglos de barbarie.» La profecía ha empezado a cumplirse. Las consecuencias de la pasada conflagración mundial han abarcado a la Humanidad entera, difundiendo el desaliento y un verdadero miedo a las contingencias

terribles que amenazan a todas las naciones del Globo. Y es quizá la familia la institución social que ha salido peor librada del universal desquiciamiento. Malos vientos corren hoy para el matrimonio cristiano, y aun para toda especie de matrimonio. ¿Podremos esperar fundadamente que esas temerosas nubes se disiparán mañana? No son, ciertamente, motivos de confianza el pesimismo desconsolador y la apatía enfermiza que por todas partes cunden. Los que no creen en la familia, ni la aman, nada encuentran ni descubren en favor de la Humanidad, y apenas si dejan de su paso por el mundo otro recuerdo que el de su estéril existencia. En el naufragio que amenaza a nuestra sociedad, entre la inmensa legión de escépticos y desesperados, que niegan que la virtud corresponda a un orden eterno, y que, incapaces de contemplar las cosas de una manera desinteresada, miran la familia como algo irritante y absurdo, no queda a los hombres de buena voluntad más que un modo de sostenerse en pie, de no deshacerse en polvo, de no encenagarse en el olvido de sí mismos y en su propio desprecio: substraerse a todo y decir, con Dumas (hijo): «Ha llegado la hora de decidirse. Los tiempos anunciados se acercan. Dios ha vuelto a visitar a Noé. Necesario será permanecer con los hombres en el diluvio, o con el hombre en el Arca.» Esta arca no puede ser otra que la familia. Pero, ¿resistirá al empuje del mar embravecido, en cuyo oleaje corremos el riesgo de perecer todos? Porque no hay que hacerse ilusiones de incauto optimismo. La anarquía actual, confiada en su poder terrible, lucha por doquiera y arraiga, enseñoreándose del mundo. Ella adelanta como una borrasca preñada de exterminio, asolando nuestras más caras instituciones, pervirtiendo nuestros más preciados sentimientos y sepultando debajo de sus olas nuestras vidas en imponderable desolación.

Y en medio de este trastorno, máquina y confusión de cosas, todos los valores transmutados y todas las creencias perdidas, ¿qué misión han de imponerse los

PARA TODA CLASE DE TRABAJOS



UNICAMENTE
LAPICEROS NEGROS Y DE COLORES
MARCA "CASTELL" DE A.W. FABER

hombres de buena voluntad? Ante todo, considerar la causa de la familia, al convertirse en defensores suyos, como una de esas causas eternas por las cuales es preciso vivir y morir. Luego, adaptar el esfuerzo a la realidad, exaltando, en su apostolado, cuanto sostiene y embellece la vida, pero conservando siempre la pureza del alma, la idea del deber, la austeridad de la conducta. Finalmente, creer con firmeza que la familia prevalecerá contra sus enemigos y que continuará dignificando al hombre y enseñándole, en santa lección de pureza, a refrenar los impulsos del apetito carnal, oprobio de los deshonestos animales, pero dejándole reproducir normal y noblemente la especie, y haciéndole responsable de la salud física y moral de la prole. Tal es el sencillo programa a que deben adaptarse cuantos quieran evitar la decadencia y desaparición de la sociedad doméstica. Por eso, cualesquiera que sean los destinos que la Providencia nos tenga reservados, esperemos que la familia se sobrepondrá a las mayores convulsiones y que hasta en el caso de que este bajo mundo de miseria y de luchas se convierta en un sucio caos, una voz sobrehumana gritará en las limpias alturas: «Paz a los hombres de buena voluntad! ¡Sólo para ellos renacerá la Humanidad, y el mundo saldrá de sus ruinas!»

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

Libros nuevos

El árbol de Navidad.—Un interesantísimo libro para niños, por José S. Santonja y Federico Torres, con un prólogo de Antonio Robles, dibujos de Limendoux y Oscar, y tres páginas de música de los maestros Jacinto Guerrero, Enrique Estela y Ricardo Boronat. Editado por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. 5 pesetas.

Mister Ramosi.—Novela de Valentine Williams, traducida del inglés y publicada por la Casa Editorial Seguí en su colección «La Novela Emocional». Aunque desde la primera página se revela el género de viajes y aventuras a que pertenece esta obra, debe señalarse en ella una perfección de estilo y finura de observación dignas de una novela psicológica. El ideal de instruir deleitando parece haber sido la divisa del autor en esta obra, una de las más interesantes y entretenidas que han aparecido recientemente.

Flores del alma.—Poesías, por María Faura Cots. Delicioso ramillete de inspirados versos, en los que la autora vierte a raudales la inspiración de su numen poético. «Al presuntuoso semidiós», «A un sabio filósofo», «Maya», «Diafanidad», «Calvario», «Tristeza», «Esperanza», «Lo insondable», «Temible filosofía», «Fatalismo», «Precocidad», «Enigma», «Luz», «Mundo falaz», etc., son otros tantos títulos de bellísimas estrofas, en las que la autora alcanza las altas cumbres de una filosofía poética que deleita y hace pensar al mismo tiempo.

Leyendo cosas tales se comprende la eternidad de la forma poética, aun en nuestro mundo actual, escéptico y positivista.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones :: 150 baños :: Orquesta
Precios moderados :: El más concurrido

Yo también!



¡Con qué atención y amabilidad debo recibir al cliente y cómo tengo que esforzarme en serle agradable y cómo debo sonreírle para dejarle contento! ¡Y cuán difícil resulta a veces esto cuando una se siente enferma! Sin embargo desde que tomo

CAFIASPIRINA

apenas si recuerdo lo que es el dolor, puesto que este remedio no sólo elimina los dolores de cabeza y muelas, jaqueca y neuralgia, sino que, ante todo, reanima y levanta las fuerzas, sin afectar al corazón ni a los riñones.

Tome Vd. también CAFIASPIRINA.



No afecta al corazón ni a los riñones.

CCC



**ROGAMOS
UNA PESETA**

AL MES, PARA LA

FERNANDO-VI-6-MADRID

CONCERTADO APARTADO

ALBERT'S BRASSERIE
Restaurant. - 54, Rue Vacon
MARSELLA SE HABLA ESPAÑOL

**INGENIERIA Y
CONSTRUCCION**

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE **PEDRO CLOSAS**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS
Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



BAUME BENGUÉ
Curación radical de
**GOTA - REUMATISMOS
NEURALGIAS**

De venta en todas las farmacias y droguerías.



**2.000
Fonógrafos
regalamos**

a título de propaganda a los dos mil primeros lectores de

La Esfera

que hayan encontrado la solución exacta al jeroglífico indicado al pie y se avengan a sus condiciones.

Hay que reemplazar los puntos por las letras que faltan y formar el nombre de tres capitales españolas.

**BU..OS
M.D.ID
B.LB.O**

Enviar la contestación a los Establecimientos PALMA 99, Boulevard Auguste-Blanqui PARIS (FRANCIA)

Adjuntar a la respuesta un sobre con su dirección.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

**AGENCIA
GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571 MADRID

TELÉFONOS DE PRENSA GRAFICA

REDACCIÓN:

50.009

ADMINISTRACIÓN:

51.017

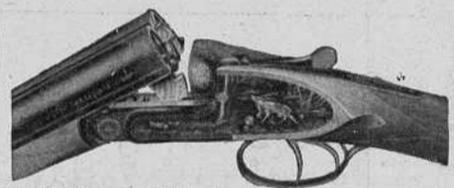
NO DEJE USTED DE LEER LOS VIERNES

**NUEVO
MUNDO**

Hermosa Revista literaria de arte, ciencias, deportes, cinematografía, teatros, toros, etc.

Recoge semanalmente la actualidad extranjera

50 céntimos ejemplar
:: en toda España ::



Escopetas finas de caza y tiro de pichón.

VICTOR SARASQUETA EIBAR

SOLICITEN CATALOGO GRATUITO

Exclusiva de las publicaciones de **Prensa Gráfica** EN LA

**ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

Y

LIBRERÍA CERVANTES, Avda. de Italia, 62

HABANA

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID